

LUCIANO
el
BRUTAL

RUTHLESS MAFIA KINGS 4

SARAH STERLING

LUCIANO EL BRUTAL

De enemigos a Amantes

Guardaespaldas

Romance Mafioso

[Ruthless Mafia Kings 4](#)

Sara Sterling

Copyright © 2025 por Sarah Sterling.

Reservados todos los derechos. Esta copia está destinada únicamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse o distribuirse en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto citas breves en una reseña de un libro.

Contenido

Capítulo 1 - Bianca

Capítulo 2 - Luciano

Capítulo 3 - Bianca

Capítulo 4 - Luciano

Capítulo 5 - Bianca

Capítulo 6 - Luciano

Capítulo 7 - Bianca

Capítulo 8 - Luciano

CAPÍTULO 9 – Bianca

CAPÍTULO 10 – Luciano

CAPÍTULO 11 - Bianca

CAPÍTULO 12 - Luciano

CAPÍTULO 13 - Bianca

CAPÍTULO 14 - Luciano

CAPÍTULO 15 - Bianca

CAPÍTULO 16 - Luciano

CAPÍTULO 17 - Bianca

CAPÍTULO 18 - Luciano

CAPÍTULO 19 – Bianca

CAPÍTULO 20 – Luciano

CAPÍTULO 21 – Bianca

CAPÍTULO 22 – Luciano

CAPÍTULO 23 - Bianca

CAPÍTULO 24 - Luciano

EPÍLOGO - Bianca

Capítulo 1 - Bianca

"¡Déjame en paz!"

Mi voz sobresalta al mesero a mi lado. En lugar de disculparme con él, gruño cuando mi teléfono vuelve a sonar. Lo ignoro y levanto la vista hacia el cielo. Es mediodía, pero el sol parece demasiado tímido para mostrarse y se esconde detrás de las nubes. Alzo la cabeza para captar más que un simple destello, sin importarme la posibilidad de quedar cegada cuando finalmente decida brillar.

"Paz," murmuro y exhalo con fuerza.

A mi alrededor, todo lo que veo es la belleza que la naturaleza tiene para ofrecer, además de algunas personas nadando, dos niños gemelos jugando en la arena y una pareja abrazada muy cerca el uno del otro. Sus risas reflejan lo felices que son.

Felicidad.

Ese único sentimiento real que anhelo, pero que de alguna manera no logro alcanzar.

Mi teléfono emite una serie de pitidos insistentes, pero lo único que hago es empujarlo más lejos de mí. Mi padre puede irse al infierno si cree que voy a regresar a casa cada vez que me lo ordene.

Un grupo de chicas sale del mar ayudándose unas a otras. Hablan en voz alta mientras se dirigen al área de descanso y se acomodan no muy lejos de donde estoy.

"Ni siquiera quiero ver esa película. Pueden ir sin mí," dice una rubia delgada al resto.

"Eso solo te hará una aguafiestas, ¿sabes?" le replica una de ellas. "Después de la película, iremos a la fiesta."

"No me molesta la fiesta." La rubia se encoge de hombros. "Las esperaré afuera."

Siguen hablando sobre sus planes, y mi corazón solo se siente más vacío mientras la soledad me devora. En toda mi vida, nunca he tenido amigos. He tenido que conformarme con la idea de salir con ellos en mi mente. La mayoría de los latinos tienen familias grandes llenas de primos con los que pasar el tiempo, pero yo no. Siempre ha sido solo mi padre, sus subordinados y yo en ese imponente castillo que llama hogar. ¿Estudiar? Siempre fui educada en casa.

Pero quiero más que eso.

Quiero saber lo que es estar entre personas de mi edad, inscribirme en la universidad, hacer las cosas estúpidas que hacen los jóvenes.

Mi teléfono suena esta vez, y la melodía de As Long as You Love Me de los Backstreet Boys se filtra por el altavoz. Miro la pantalla: es una llamada de Little, la única persona cercana a mi edad en todo el Castillo Moretti. Es mi amigo de la infancia y la única persona en quien confío completamente después de mi padre.

El único problema con Little es que sigue siendo leal al legado de Don Moretti, y ahora mismo, no necesito que me delate.

De todos modos, contesto la llamada.

"¿Qué?" escupo con enojo.

Little se ríe. Nunca se toma las cosas en serio. "No suenas intimidante, si eso es lo que intentabas hacer."

Pongo los ojos en blanco. "No intentaba nada. ¿Qué quieres?"

"Don Moretti te quiere de vuelta en casa." Su voz ahora es más afilada y seria. "Sabes lo peligroso que está todo, ¿no?"

"Sí..." susurro.

Incluso un niño sabe que todos caminan con cautela y mantienen los ojos abiertos. El mundo de la mafia puede estar tambaleándose, pero eso no significa que deba privarme de un buen día en la playa. No lo permitiré.

"Dime dónde estás. Iré a recogerte." Su tono es condescendiente. No me gusta que me hablen así, aunque casi todos los que trabajan para mi padre lo hacen.

"No. Estaré en casa cuando termine," respondo con frialdad.

"No entiendes, Bian—"

Cuelgo la llamada al instante y me obligo a sacar a Little de mi cabeza. Ya he tenido suficiente de preocuparme por los asuntos de Moretti. Debo concentrarme en completar las actividades que planeé para hoy. Echo un vistazo a la lista en mi aplicación de notas.

Ya he logrado salir de casa en el BMW vintage de mi padre, he ido a la playa y lo que me queda por hacer es conseguir materiales de pintura, pasar un rato en la librería junto a la tienda de arte y, finalmente, ir al club a festejar sola.

Debajo de la lista hay un recordatorio: No tomar más de un cóctel.

"No se preocupen chicos, estoy haciendo un esfuerzo consciente por mantenerme a salvo y viva."

Debo haber hablado demasiado alto, porque las chicas a mi lado giran la cabeza para mirarme brevemente. Se vuelve incómodo, así que recojo mi bolso, me pongo las sandalias y camino hasta mi auto sin mirar atrás. Guardo mis cosas, me acomodo en el asiento, enciendo el motor y salgo conduciendo.

Bajo las ventanillas del auto, inhalo la brisa fresca y dejo que su frescura me acaricie el rostro. El trayecto de la playa a la tienda de arte es corto, pero voy sin prisa, absorbiendo los altos edificios, los vestidos hermosos en la gente radiante y los lugares que me gustaría visitar en el futuro.

Phoenix siempre tendrá mi corazón.

Giro hacia el estacionamiento de la tienda de arte y toco la bocina para alertar a otro conductor que está retrocediendo. Según Google, la tienda debería llamarse D-Art Store, pero es evidente que la "D" en el letrero ha desaparecido.

Al buscar en la barra de Google, escribí: "tiendas de materiales de arte cerca de una librería." Créeme, no fue difícil encontrar una.

"Vamos a hacer esto."

Recojo mi camisa de lino blanca, arrugada, del asiento del copiloto y me la pongo. Huele a duraznos y cítricos con un toque de vainilla, mis aromas favoritos para cualquier ocasión. Tomo mi bolso y entro al edificio. Las brillantes bombillas me dan la bienvenida, y me detengo hasta que mis ojos se acostumbran a la luz.

"Bienvenida, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?" Un adolescente me recibe con una sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa. "Gracias. Quisiera comprar nuevos pinceles, tal vez algunas pinturas acrílicas y lienzos."

"Ha venido al lugar correcto." Me guía a través de la gran colección de estantes. "Tenemos el quinto modelo de pinceles inspirados en Basquiat..."

Mientras habla con entusiasmo sobre arte, lo escucho con atención. Es agradable oír a alguien hablar de un tema que no sean armas, dinero o ataques.

"Este lugar es impresionante. ¡Mira eso!" Señalo el ramo de flores de papel que se han entrelazado para formar una pieza central grande. "Lo voy a comprar."

"¿Nunca has estado aquí antes? Somos bastante populares en la zona. ¿Te mudaste recientemente a la ciudad?"

Niego con la cabeza. "No." Podemos culpar eso a mi padre sobreprotector, añadido internamente. Es casi como si no supiera lugares que debería conocer, a pesar de haber vivido aquí toda mi vida.

Después de un par de horas, me doy cuenta de que he pasado más tiempo del planeado en la tienda de arte y ya no puedo ir a la librería. Ayudo al joven a cerrar el local y le doy una generosa propina.

"¡Este es el mejor día de mi vida!" grita mientras cuenta el montón de billetes en sus manos. "¡Muchas gracias, por fin puedo comprarme esos zapatos para educación física!"

Me ayuda a colocar mis compras en el maletero del auto y me despide con la mano.

Desde el rincón de mi ojo, veo un destello, y alguien se mueve. No tengo miedo. En lugar de eso, alcanzo el cuchillo en mi bolso antes de sentarme al volante. Me mantengo tranquila un rato, observando en el retrovisor. No hay más movimiento, así que me dirijo al club para continuar con la fiesta. Esta vez acelero por las calles más rápido de lo normal.

La vida nocturna puede ser una locura. Entre toda la diversión, la amenaza de daño acecha en los rincones. Lo sé porque he pasado horas en la sala trasera del casino de mi padre. Un momento, todo va bien. Las carcajadas rebotan en las paredes y hay suficientes bebidas. Al siguiente momento, las mesas están volcadas, los cristales hechos añicos y la sangre fluye de heridas profundas y otros daños.

Mi teléfono pita, y esta vez abro el mensaje.

Vuelve a casa, mi amor, seguido de un mensaje más demandante y ansioso: Lo que sea que quieras, podemos llegar a un acuerdo. Pero ahora, las paredes tienen oídos, las calles son peligrosas para nosotros.

Y finalmente, Por favor.

Debido al poder que mi padre tiene, probablemente soy la única que alguna vez lo escucha usar la palabra "por favor". Generalmente, es su último recurso cuando tenemos problemas. Cuando era más joven, solía funcionarme de maravilla. Con solo escuchar "por favor", obedecía sin pensarlo ni un segundo. Pero hoy en día, esa palabra no tiene el más mínimo efecto en mí. Mientras sigo mirando la pantalla del teléfono, veo notificaciones de casi 50 llamadas perdidas. Apago el teléfono.

Hay un par de guardias de seguridad justo en la entrada del club. Después de hacer las comprobaciones necesarias, el guardia que lleva unas Timberlands blancas se aparta y me deja pasar. En contraste con la calma afuera, la música a todo volumen retumba dentro. Si los altavoces se suben un decibelio más, todos perderemos la capacidad de escuchar pronto. La pista de baile se está llenando, y la gente salta al ritmo de la música. Me siento en la barra y pido un sex on the beach para entrar en el ambiente festivo. No hará mucho, pero servirá ya que soy yo quien va a conducir de regreso a casa. Me desabrocho la camisa, dejando ver mi piel y el top de bikini amarillo. No estoy exactamente con ropa de fiesta, pero me siento cómoda.

"Aquí tienes tu bebida."

"Gracias," le grito al camarero, esperando que me escuche. Levanto el vaso y me tomo el cóctel de un trago sin usar la pajilla. Luego pago la bebida, me bajo del taburete y camino directo al centro de la pista de baile.

Como si fuera una señal, el DJ cambia la música, y Single Ladies de Beyoncé suena a todo volumen desde los altavoces. Sin perder el ritmo, grito a todo pulmón y me muevo con las caderas. Canción tras canción, no pierdo energía. Un par de amigos bailan a mi lado, y de repente, me jalen entre ellos. Cambiamos de pareja para bailar, cantamos juntos e incluso hacemos breakdance cuando suena Thriller de Michael Jackson.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me tomo un pequeño descanso y me dirijo nuevamente a la barra. Cuando llego, le pido al camarero un vaso de agua con gas. Él lo sirve rápidamente, y levanto el vaso para tomar un sorbo, con la garganta reseca.

"Te lo estás pasando bien, ¿verdad?" una voz gruñe profundamente en mi oído derecho. Una figura se alza sobre mí. Sé quién es.

Me congelo, y los pelos en la parte posterior de mi cuello se erizan. El vaso de agua reposa suavemente contra mi labio inferior mientras trato de procesar la situación en la que me encuentro. Antes de que pueda moverme, el dueño de la voz agarra el vaso y lo coloca en la barra. Luego tira algo de dinero y, de repente, mis piernas se levantan del suelo. Me lanza al aire y me tira sobre su hombro. Golpeo su espalda y le doy varias mordidas, pero me detiene su ropa. Es tan alto que tiene que agacharse al salir. El grupo de amigos con los que bailaba nos sigue afuera, exigiendo que me baje, pero él no escucha.

"¡Déjala!" Uno de los chicos le lanza una lata vacía de cerveza.

"Soy su guardaespaldas," gruñe él, sin inmutarse en lo más mínimo.

Les hago un gesto con la mano en señal de derrota, dejándoles saber que estoy bien. "¡Me divertí mucho esta noche!" grito, y todos me saludan, luciendo confundidos.

¿Qué pasa si esta es mi última oportunidad de hacer amigos? ¿Y si él acaba de arruinarlo todo para mí? Molesta, le doy una patada entre las piernas. Auullando, me deja caer en su camioneta, y trato de escabullirme.

"Quédate quieta," gruñe nuevamente en mi cara. Esta vez, me quedo callada, las lágrimas comienzan a caer por mi rostro.

"Deberías haberme dejado."

Él no responde. En su lugar, me pone el cinturón de seguridad y se dirige al lado del conductor.

"¿Por qué haces esto?" le pregunto, pero ni siquiera se digna a mirarme.

Con tristeza, me encojo en el asiento, mirando cómo los árboles se difuminan mientras la camioneta avanza hacia casa. "Te odio," susurro antes de cerrar los ojos.

El camino se siente largo, como si cada minuto pasara más despacio que el anterior. El aire fuera del vehículo se siente pesado, pero dentro de la camioneta todo está en silencio, un silencio incómodo que me atrapa en una burbuja de confusión. Cada bache en el camino hace que mi cuerpo se sacuda, y mis pensamientos siguen dando vueltas sobre lo que acaba de suceder.

Cuando llegamos a la mansión, el conductor no dice una palabra. La camioneta se detiene frente a la entrada, y el motor se apaga. Sin esperar, abro la puerta y salgo, casi tropezando con mis sandalias en el proceso. Ni siquiera me molesto en mirarlo.

"Gracias," digo con desdén, sabiendo que no lo escuchará.

Él permanece allí, inmóvil. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras camino hacia la entrada, con la sensación de que, aunque logré escapar, el problema sigue acechando. Mi padre está en todas partes, y ahora, más que nunca, las sombras parecen más oscuras y más cercanas.

Entro en la mansión sin mirar atrás. La puerta se cierra detrás de mí, y me siento atrapada nuevamente, no por la gente que me rodea, sino por el peso de todo lo

que está por venir.

Capítulo 2 - Luciano

"¡Saquen esas cajas ahora mismo!"

Los gruñidos de los hombres sudorosos se mezclan con los ruidos fuertes cuando las cajas caen de la camioneta de trabajo. Hemos estado viajando durante horas para traer estas cajas hasta aquí, y yo estoy supervisando su disposición.

"Tengan cuidado. No dejen que esos líquidos se derramen sobre ustedes, son peligrosos," les recuerdo una vez más.

Un hombre tambalea y casi cae sobre una caja, pero la tomo de sus manos inmediatamente. "Tómate un respiro, diez minutos."

Estamos transportando desechos químicos de una empresa en la que el jefe tiene algunas acciones. Para evadir los impuestos asociados con su disposición, se nos ha dado la orden de deshacernos de ellos. Las instrucciones fueron claras: agarren estos suministros, clasifíquenlos y desháganse de ellos de inmediato.

Al dejar la caja, me seco las gotas de sudor que comienzan a acumularse en mi frente.

"¡Luciano!" Hector me llama desde el almacén. No esperaba verlo aquí, así que inmediatamente me pregunto qué sucede.

"¡Señor!" respondo, corriendo para encontrarlo a medio camino.

Los años de experiencia de Hector son evidentes en sus rasgos faciales: fuertes, marcados, sin una sola línea de sonrisa. A pesar de su baja estatura, tiene una complexión bastante intimidante, aunque no me asusta. En cambio, admiro su disciplina y su arduo trabajo. Muchos de los chicos de Moretti esperan convertirse en Hector en el futuro: él es el más confiable, es el segundo al mando y es temido por todos sus compañeros.

"¿Por qué estás aquí?" me pregunta, sin indicios de enojo ni de simple curiosidad.

Una de mis muchas habilidades de primera categoría es aprender a leer las intenciones de las personas solo con mirar sus rostros mientras hablan. Puedo saber si alguien está mintiendo, siendo evasivo, escondiendo algo o intentando controlar sus emociones. Esa es otra razón por la que al jefe, Don Moretti, le gusta tenerme cerca cuando evalúa a la gente.

Con Hector, nunca he logrado leer sus pensamientos o intenciones. Así que he sido escéptico y cauteloso a su alrededor. Uno podría asociar su astucia con la de un zorro, pero eso ha ayudado a la banda de muchas maneras. Ha puesto muchos años de lealtad y servicio.

"Los desechos químicos que deben ser eliminados acaban de llegar. Estoy a cargo de supervisar su disposición adecuada," explico, pronunciando cada palabra cuidadosamente.

Hector asiente. "Entendido. Los Badgers acaban de perder a su líder en un tiroteo inesperado al oeste. Aumenta todos los detalles de seguridad al doble."

Mi boca se abre de par en par, pero me repongo inmediatamente. Los Badgers son sicarios contratados, los más astutos, algunos de los mejores. Si pueden ser infiltrados, definitivamente no hay razón para dejar cabos sueltos.

"Eso es bastante desafortunado."

"Quién lo diría," dice Hector, girando brevemente para dar instrucciones a uno de los chicos para que pase la información a los demás.

Mi teléfono de repuesto emite varios pitidos. Tres pitidos significan problemas, cuatro pitidos indican que hay un ataque en alguna parte. Hector se da cuenta del sonido porque su propio teléfono de repuesto emite el mismo pitido al mismo tiempo. Nos miramos con complicidad. Una llamada entra de inmediato, es Don Moretti.

"Jefe." Lo saludo, aunque él no pueda verme hacerlo. Los viejos hábitos mueren duro.

"Mi amor se ha negado a quedarse en casa. Mantén los ojos abiertos." Su voz está fría como el hielo, pero el temblor es fácilmente notable. El viejo está perdiendo poco a poco el control sobre su vida.

"Sí, señor."

"¿Qué pasa?" pregunta Hector. "¿Está bien el jefe?"

Asiento. "Sí. Bianca ha desaparecido nuevamente."

Hector levanta las cejas con preocupación. "Deberías ir a buscarla. Yo me encargaré de esta disposición." Mientras me doy la vuelta para irme, agrega: "Manténla a salvo, por favor."

Bianca Moretti, amada por su padre y adorada por los Moretti en general. Para mí, no soy un gran fan de ella, ni me afecta la belleza con la que todos parecen estar encantados. Es el retrato exacto de una niña consentida. Cuando la veo, solo veo una responsabilidad.

Me apresuro hacia mi camión, un regalo de Don Moretti para celebrar mi quinto aniversario con la mafia. Fue una sorpresa para mí, pero todos saben que a Don Moretti le gusta hacer ejemplos de la gente. En mi caso, soy el perro fiel que todos deben emular.

Hago una llamada a Ink, un subordinado. Él es el tipo de tecnología encargado de rastrear la ubicación de las personas.

"Compárteme todo lo que tengas sobre Bianca ahora mismo."

"Un momento." Escucho algunos clics en el teclado antes de que me responda. "Está en la playa y en una zona despejada." Oigo más clics. "Enviado."

Recupero mi otro teléfono del compartimento de seguridad y lo configuro para obtener una buena vista. La luz de seguimiento muestra que no está en movimiento,

sino que está en una posición estacionaria.

Solo quédate ahí.

"Gracias. Me voy para allá de inmediato."

"¿No estás como a dos horas de distancia? ¿Y en medio de la nada?"

"Lo sé. El jefe me ordenó ir tras ella."

"¿Hablaste con Don Moretti? ¡He estado esperando toda mi vida para hacer eso!" Está tan emocionado.

"Bueno, si su hija sigue desapareciendo así, probablemente lo conocerás muy pronto." Mi voz está teñida de desprecio. "Quién sabe, tal vez termines viviendo en el Castillo con ellos. O conociendo a Bianca."

"Tranquilo." Ink se echa a reír. Siempre se ríe cuando Bianca se niega a quedarse quieta. "Buena suerte encontrándola."

"Nos vemos, amigo."

Después de conducir por un espeso bosque, aparece una zona residencial. Miro ocasionalmente el rastreador para ver que la Señorita todavía tiene su teléfono encendido. Todavía no entiendo cómo le cuesta tanto comprender la situación que tiene entre manos.

La escena de las bandas está hirviendo en este momento, y solo hace falta un empujón para que todo explote. Las noticias sobre la enfermedad del jefe se han filtrado, a pesar de los esfuerzos de todos por mantenerlo en secreto. Ha habido un levantamiento entre los hogares poderosos, y las alianzas están comenzando a entrar en pánico. Don Moretti ha asegurado a todos los que están bajo su ala que todo está bien, pero aún así, eso no ayuda. Las familias rivales de la mafia están lanzando ataques, haciendo declaraciones, y hay más muertes y derramamiento de sangre. Como la aparente heredera, Bianca es vista como una debilidad. Si ella muere, eso sería el fin del legado de los Moretti.

Le debo mi vida a Don Moretti, y por extensión, también le debo a su hija.

Me detengo en una estación de gasolina para rellenar el tanque del camión y decido comprar algunos bocadillos para calmar mi estómago que ruge de hambre. No me toma mucho para aliviar el hambre.

"Joder." Maldigo en voz alta al ver que el rastreador rojo comienza a moverse. Bianca está dejando la playa y ahora se dirige a otro lugar. Piso el pedal del gas y continúo conduciendo en la dirección que ella está tomando. Actualmente estoy a 30 minutos de la ciudad. Para entonces, Bianca ya debería estar instalada en su nuevo destino.

Otra llamada entra de Ink, pero no la contesto. Simplemente me está avisando que Bianca está en movimiento.

Exactamente una hora después de salir de la estación de gasolina, llego justo

donde está estacionado uno de los autos de Don Moretti. Conduzco alrededor de la cuadra y aparco mi camión en un lugar apartado. Luego, camino de regreso al estacionamiento. Tomo una larga calada de un cigarro, miro hacia el edificio. Es una tienda de suministros para arte, nada sospechoso.

A través de la ventana, alcanzo a ver a Bianca. Su cabello negro azabache cae en cascada sobre su espalda. Por costumbre, se aparta el cabello de la cara y lo pone detrás de su oreja. Su mejilla finamente esculpida se muestra, junto con su nariz puntiaguda y su cuello de aspecto suave.

Decido no ir tras ella, sino caminar hacia la librería en el edificio de al lado. De niño, me gustaba leer y solo conseguía libros de Goodwill. Iba a la biblioteca local y me quedaba horas leyendo lo que pudiera. La bibliotecaria adoraba verme, pero un día volví y la biblioteca había cerrado. Decían que era por falta de fondos. Luego, me adoptaron, y ese fue el fin de los libros para mí.

"Buenas noches," saludo a la dependienta, y ella responde con calma.

"¿Qué tipo de libros necesita, por favor?" me pregunta.

"¿Te importa si solo miro por aquí? Sabré lo que quiero cuando lo vea."

Ella sonríe y señala una estantería por la que quiere que empiece. Aventura está escrito en letras grandes en la estantería, y es allí donde comienzo mi búsqueda. Después de escoger algunos libros durante 30 minutos, el rastreador del teléfono de Bianca sigue indicando que está en la tienda de suministros para arte. Procedo a pagar por los libros.

"¿Julio César, eh?" señala la mujer en la caja. "¿Por qué?"

"A todos les gusta un clásico." Me encojo de hombros.

Ella percibe que no estoy de humor para hablar, acepta mi pago y empaca los libros. Regreso a mi camión y disfruto de la buena vista que tengo de la entrada de la tienda de arte desde donde estoy estacionado. Abro uno de los libros antes de tirar el resto al asiento trasero. Soy consciente de que difícilmente tendré tiempo para leer, pero dado que toda la banda está agachada, tal vez haya algo de tiempo.

Antes de eso, marco el teléfono del jefe.

"He visto a la señorita Bianca, señor."

"¿Dónde?"

"En una tienda de arte, en el centro de la ciudad."

Suspira profundamente. "Déjala estar un rato. Cuando termine, veamos a dónde se dirige después. Luego, tráela de vuelta a casa," me indica Don Moretti.

"Sí, jefe."

Sigo observando mientras Bianca pasa más tiempo en la tienda de suministros para arte. A las 8 de la noche, las luces de la tienda comienzan a apagarse. Debe ser hora

de cierre. Salgo del camión y me apoyo contra un coche abandonado en el estacionamiento. Me mezclo con las sombras para que nadie me vea. Bianca se despide del chico y camina hacia su coche. Mi teléfono vibra, y deslizo el dedo rápidamente por la pantalla para ver de quién es el mensaje. Es de Hector, diciéndome que la disposición ha sido completada.

Bloqueo el teléfono y miro hacia Bianca justo a tiempo para verla sacar un objeto metálico que brilla en la oscuridad. Asiento en aprobación. Ella entra al coche y arranca poco después.

Salgo de mi escondite y susurro en la oscuridad, "Bien hecho, Bianca."

Sigo el coche de Bianca hasta su siguiente destino, preguntándome qué tan eficaz sería un cuchillo para defensa personal en comparación con una pistola. Pero un cuchillo es mejor que nada.

Ella conduce hasta un club nocturno, y yo sigo el mismo camino, asegurándome de que no me vea. Estoy haciendo esto para demostrarle que cualquier miembro de la oposición podría seguirla durante horas sin que se dé cuenta.

La observo entrar al club y me quedo esperando. De repente, el rastreador del teléfono emite un ruido. Bianca acaba de apagar su teléfono. Estoy más horrorizado que enfadado por lo que acaba de hacer. Cualquiera podría acercarse y secuestrarla. Sin avisar al jefe, me meto rápidamente en el club.

La encuentro fácilmente, bailando y cantando a pleno pulmón. Estoy molesto, pero dejo que se divierta, manteniéndome alerta sobre cada uno de sus movimientos. Baila tanto tiempo que empiezo a preguntarme de dónde saca tanta energía, pero cuando comienza a dirigirse hacia la barra, veo que es momento de actuar.

Aviso a los guardias de seguridad, luego entro rápidamente para sacarla del edificio.

Cuando la tiro sobre mi hombro, percibo el dulce aroma a vainilla. Huele tan bien. Podría pegar mi nariz a su cabello toda la noche. Apenas le digo una palabra, nunca lo hago. Sé que me costará explicarle que todo esto es por su propio bien. Intento pensar en cuántas horas he pasado siguiéndola, pero todo eso no parece importar en este momento, así que me callo. La prioridad es llevarla a salvo tras los muros seguros del Castillo.

Antes de arrancar el camión, envío la dirección del club a uno de los chicos para que recoja el coche de Don Moretti.

"Te odio," dice, con el cuerpo encorvado hacia el lado opuesto al mío.

Las palabras me golpean directo en el corazón y me duele. La última vez que escuché esas mismas palabras, había sangre corriendo por mis manos y aún más salpicada en mi rostro. Sacudo ese flash del incidente y conduzco en silencio hasta llegar a casa.

El camino de regreso al Castillo está lleno de silencio. El único sonido que se escucha es el motor del camión y el suave ritmo de la respiración de Bianca mientras

está sobre mi hombro. Puedo sentir su cuerpo tenso, las piernas ligeramente colgando, el peso de su cuerpo sobre mí como una carga que me recuerda lo complicado que es manejar a alguien como ella.

Su rostro está oculto, pero puedo sentir su incomodidad, su ira. A veces pienso que podría ser más fácil si ella estuviera más tranquila, pero ese no es el caso. Bianca es como su padre, inalcanzable, incontrolable, e indomable. Pero también es un riesgo, y ahora mismo, todo lo que quiero es ponerla a salvo.

Al llegar a la entrada del Castillo, veo a los guardias tomando sus posiciones, como siempre. El lugar parece tranquilo, como si nada hubiera pasado. Pero en mi mente, la tensión sigue creciendo. La situación está fuera de control y Bianca sigue siendo un objetivo.

Estaciono el camión y apago el motor, pero no me apresuro a bajar. Siento la necesidad de darme un momento, de respirar. Después de todo, he estado siguiendo a esta chica por horas, y todo lo que he hecho es para protegerla, aunque ella no lo entienda.

Finalmente, bajo del camión y, con Bianca aún sobre mi hombro, me dirijo hacia la entrada. El pesado portón se abre antes de que pueda tocarlo, y una vez dentro, veo a los demás que siguen atentos a cada movimiento.

La llevo hacia su habitación, el silencio en el pasillo es palpable. Al abrir la puerta, la coloco con suavidad sobre la cama, sintiendo la mirada de los guardias en mi espalda. Sé que esta es la parte más difícil: dejarla aquí, atrapada entre las paredes del Castillo, sin que nadie la toque, sin que nadie la amenace.

Me detengo un momento, observando cómo sus ojos están cerrados, su rostro marcado por la molestia y la incomodidad. En ese instante, siento una punzada de compasión por ella, aunque rápidamente la dejo de lado. No es el momento para tener dudas.

"Duerme tranquila, Bianca. Estás a salvo... por ahora," murmuro, sabiendo que no me escuchará.

Cierro la puerta suavemente, dejando que el silencio se apodere nuevamente del Castillo. Mi trabajo aquí ha terminado por ahora, pero la guerra sigue en marcha. Y yo tengo que estar preparado para lo que venga.

Capítulo 3 - Bianca

Un fuerte golpe en la puerta me sobresalta, y salto de la cama.

"¿Quién es?" pregunto, frunciendo el ceño mientras espero la respuesta.

La puerta vuelve a golpear, y esta vez, ya he tenido suficiente, así que la abro de golpe. Mis ojos se encuentran con un par de ojos marrones claros. Compartimos un momento intenso, y no desvío la mirada.

Con desprecio en la punta de mi lengua, pregunto amargamente, "¿Qué quieres?"

"El jefe solicita tu presencia en el estudio," responde Luciano de manera brusca. Su cabello está peinado completamente hacia atrás, donde se mantiene perfectamente. Rodeando esos ojos, está la cara de un dios. Mi cabeza se inclina hacia arriba mientras lo miro una vez más. ¿Cómo es que nunca he notado esos rasgos tan destacados de él?

Hace una mueca y tose ligeramente. Me gusta lo incómodo que se siente, así que sigo mirándolo.

"El jefe," dice nuevamente.

"Claro," respondo, cerrando la puerta de golpe en su cara.

Han pasado dos días desde la escena en el club. Me he negado a salir de mi habitación, ni he hablado con nadie. Tonia, una de las sirvientas, desliza mi comida por debajo de la puerta, pero la dejo intacta y en su lugar me como mi pila de bocadillos. Mi padre vino a golpear mi puerta dos veces el primer día. En lugar de responder, me di vuelta y escuché sus pasos afuera de la puerta. Después de un rato, oí sus pies repicar sobre las tablas del piso mientras se alejaba.

Las lágrimas caían por mi rostro y no las limpié. Lloré una y otra vez hasta que me agoté.

Hoy, decidí finalmente dejar de lamentarme y salir. En mi cabeza, el plan era ponerme un poco de maquillaje, vestirme y demostrarle a mi padre que no me importa. Pero descarté mis planes al ver a Luciano afuera de mi habitación.

Vuelvo a la cama para pudrirme y me pongo a revisar mi galería. Hay algunas fotos de la playa, el agua batiendo con el flujo de las mareas, así como de los estantes de D-Art Store. Pensándolo bien, aún no han subido mis compras a mi habitación.

Mi teléfono vibra, y es una llamada de Little. Contemplo rechazar la llamada, pero la acepto en su lugar.

"Hola," susurro suavemente contra el altavoz.

Little suspira aliviado. "Te he extrañado, Bianca. ¿Quieres dar una caminata pronto?"

"¡Sí! Me encantaría."

"¡Perfecto! Estoy haciendo un mandado, pero te avisaré cuando regrese al Castillo," me asegura, luego cuelga.

Me pongo una camiseta grande por encima de la cabeza, luego me pongo unos pantalones cortos de lino azules y las sandalias. Me dirijo a la cocina para tomar un vaso de agua que me ayude a despejar la garganta, que se ha quedado seca de tanto llorar. Los sirvientes inclinan ligeramente la cabeza para saludarme mientras paso. Apenas entro a la cocina, escucho una conversación.

"La señorita tampoco ha tocado su almuerzo. Lo mismo que el desayuno. Espero que coma algo de su cena," dice uno de los cocineros. "Me estoy empezando a preocupar de que se quede muy delgada a este ritmo."

"Vendrá alrededor."

En tono bajo, el primer cocinero agrega, "Escuché que el Don la ha puesto en arresto domiciliario por la escapatoria que hizo."

La sangre me sube a la cara de rabia, y giro sobre mis talones, subiendo rápidamente las escaleras hacia el estudio de mi padre. Paso rápidamente al lado de Little, que viene a mi encuentro.

"¡Bianca! ¡Bianca! ¿Estás bien?" me pregunta, corriendo tras de mí.

Sin mirarlo, entro al estudio y cierro la puerta de golpe en la cara de Little. He adquirido este mal hábito de cerrar puertas con fuerza este último mes, y probablemente no sea algo bueno para seguir haciendo.

"¡Padre!" grito.

El estudio no es la típica habitación austera con una mesa en el centro y estanterías a los lados. Es algo completamente diferente, muy diferente. Al abrir la puerta, hay una gran mesa de conferencias, lo suficientemente grande como para sentar a unas 20 o 30 personas. Al final de la sala, hay una enorme pantalla de visualización, y aquí es donde mi padre realiza sus numerosas reuniones secretas y de alto nivel.

Para llegar a donde mi padre estudia personalmente, hay que subir unas escaleras. Lo hago, saltando algunos escalones y subiendo de dos en dos. Allí están los libros, las estanterías, un sofá que se convierte en cama, un congelador, un estante con diferentes productos de tabaco y algunas bebidas alcohólicas. Finalmente, en el centro, está una mesa de estudio con una silla, donde mi padre se sienta cómodamente. No está leyendo nada. Más bien, está perdido en sus pensamientos, con la barbilla apoyada en ambas manos. Un suave suspiro escapa de mis labios entreabiertos al ver lo vulnerable y frágil que luce.

"¿Cómo pudiste?" le pregunto en voz alta, recordando por qué vine, y él se sobresalta cuando se da cuenta de que estoy justo frente a él. Realmente no sabía que estaba ahí.

"Mi amor." Se recuesta contra la silla de cuero, que comienza a balancearse de

izquierda a derecha. "¿Te sientas?" me ofrece, señalando con la mano temblorosa hacia la silla que está junto a él.

Niego con la cabeza. "No, no vine aquí para sentarme."

"No te he visto en días. ¿Quieres compartir algo?"

Niego con más fuerza esta vez. "No, padre. No vine aquí a charlar ni a compartir mis sentimientos contigo." No desde que no consideraste adecuado abrirte conmigo sobre tu mal estado de salud, quiero decir, pero esas palabras se quedarían atrapadas en mi pecho y rasgarían mi voz si me atreviera a decirlas.

Al principio del final, el día exacto en que padre se derrumbó completamente, había ido a montar a caballo con él. Solía ser nuestra actividad semanal compartida. No importaba cuán ocupado estuviera padre, siempre encontraba tiempo para eso. Apenas habíamos recorrido un poco del terreno abierto detrás de la casa cuando empezó a quejarse de dolor. Por suerte, ese día, Hector, mi padrino y el aliado más confiable de mi padre, estaba con nosotros.

Afortunadamente, pudimos ayudarlo antes de que cayera y el caballo lo pisara. En el hospital, me dijeron que padre llevaba mucho tiempo siendo hipertenso y lo estaba tratando. Sin embargo, sufrió un infarto parcial mientras estaba montando, lo que provocó un temblor en el lado izquierdo de su cuerpo.

"Bianca," me llama padre. Casi nunca me llama por mi nombre.

"¿Por qué me están poniendo bajo arresto domiciliario, padre?" gruño a través de mis dientes.

Él intenta sonreír y consigue formar una sonrisa torcida. "Te necesito viva. Necesitamos que estés viva. Los Moretti te necesitamos viva."

"¿Me necesitan? ¿Me necesitan?" Me echo a reír histéricamente. "Toda mi vida, nunca me ha importado que la gente me mire con admiración o que me necesiten. Lo que me importa eres tú. Yo te necesito." Mi voz sube un tono más alto.

"Lo sé."

"Si realmente lo supieras, padre, nunca habrías ocultado cosas de mí o, aún peor, me habrías colocado en un pedestal en el que no quiero estar. Si realmente lo supieras, vivirías mucho más tiempo y estarías aquí conmigo." No me molesto en limpiar mis lágrimas. El dolor ha estado guardado dentro de mí durante demasiado tiempo. Sigo, "'Tú y yo contra el mundo,' solías decir."

Padre suspira profundamente y baja la cabeza. No emite otro sonido. A pesar de que compartió todo conmigo—bueno, la mayoría de las cosas—padre nunca se lleva bien con los enfrentamientos. Sabe que tengo razón en todo lo que he dicho. Esta vez, no lo dejaré que lo despache todo con silencio.

"No hagas eso. No me ignores. Necesito respuestas." Me aparto de donde he estado parada en el medio de la habitación y me siento junto a él. "Di algo."

"Lo siento, Bianca," empieza padre, sin mirarme directamente. "Debí haberte dicho cuando lo descubrí. Supongo que una parte de mí esperaba que me mejorara en poco tiempo y que pudiéramos seguir viviendo nuestras vidas como si nada hubiera pasado."

Suena como un niño, uno que se ve obligado a admitir que mordió el pastel cuando no debía. Mi corazón se rompe en pedazos más pequeños y lucho por respirar.

"¿Realmente tomaste tus medicamentos como deberías?"

Él sonríe con una expresión culpable, con la culpa escrita en su rostro. "Hice lo mejor que pude." Extiende la mano hacia mis manos y las aprieta. Intento apretar sus manos a cambio, pero tiemblan tanto que me detengo.

"Eso no fue lo mejor que pudiste hacer."

"Mira, Bianca. Te he criado para este momento toda tu vida. Te he visto en tu mejor y en tu peor momento. Sé que tomarás la decisión correcta."

"No puedes decir eso. No puedes estar tan seguro." Sonrío tristemente.

"Pero lo estoy. Eres mejor siendo humana de lo que yo jamás seré."

"Gracias." Tomo el pañuelo sobre la mesa y me sueno la nariz. Tomo otro y me limpio las lágrimas.

"Entonces, para que vivas el tiempo suficiente como para manifestar la bondad de tu corazón, no tengo otra opción más que ponerte bajo arresto domiciliario. No puedes salir de los límites de esta mansión," ordena firme. "Luciano se encargará de hacer cumplir esta medida. Eso es todo."

"¿Cómo?" grito con rabia. Mi temperamento sube. Si me viera en un espejo, sé que mi rostro estaría tan rojo como el de Caperucita Roja. "No puedes mantenerme aquí."

No sé de dónde sacó padre la fuerza repentina, pero de repente se levanta de su asiento, mirándome desde arriba de manera amenazante. "Oh, sí puedo. Y puedo hacer mucho peor que eso."

Es aterrador cuando usa su tono autoritario. La rabia hierve dentro de mí. Sé que no puedo desafiarlo. "¡Que se joda este lugar y la maldita posición en la que te encuentras! ¡Que se jodan los Moretti, y que me joda yo también!"

Salgo disparada del estudio y bajo las escaleras a ciegas. Grito ruidosamente, sollozando repetidamente. Me encuentro con Little, que me agarra y me envuelve en sus brazos. Me lleva hasta la parte trasera de la casa y permanece en silencio mientras yo lloro desconsoladamente. Me deja llorar sobre su camisa y me limpia la nariz con ella. Mientras me consuela, me gusta que no me interrumpa con preguntas.

Finalmente, me quedo dormida, y cuando abro los ojos, ya es tarde y está bastante oscuro.

"Ya despertaste." No puedo ver a Little, pero percibo su sonrisa en la oscuridad.

"Sí."

"Mira las estrellas. ¿Recuerdas esa historia que te conté?" pregunta.

Pienso, tratando de recordar la historia que tiene que ver con las estrellas. "No lo recuerdo."

"¿No?" Little exhala asombrado.

Me río. "Cuentas muchas historias."

"Es cierto," acepta. "La historia en la que ambos escapamos y desaparecemos entre las nubes, viviendo felices como dos pequeñas estrellas. Como el Yin y el Yang, pero para las estrellas."

"Ojalá la recordara," digo. "Ya es tarde. ¿Deberías estar en casa, no?"

"Sabes que preferiría estar en cualquier lugar menos ese lugar," responde.

"Lo sé. Deberías quedarte." Le doy una palmadita en el brazo.

Little se levanta. "Lo siento, pero acabo de recordar que tengo que hacer unos mandados para mi papá."

"Oh, está bien." También me levanto.

Little me ayuda a caminar por la casa, y lo despido en la entrada. Lo observo caminar hacia la oscuridad hasta que ya no puedo verlo. Tal vez no debí haber sugerido que se fuera a casa.

Pienso profundamente en mi situación, cierro la puerta y me retiro a la cama, soñando con las estrellas bailando entre las nubes, solo que las estrellas se llaman Luciano y Bianca.

Me encuentro dando vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. Algo en mi interior me dice que estoy a punto de enfrentarme a algo mucho más grande que todo esto. Mi vida, tal como la conocía, está cambiando rápidamente, y no sé si estoy preparada para lo que viene.

¿Cómo podría estarlo? Toda mi existencia ha sido construida sobre las expectativas de los demás, sobre la protección que mi padre me ha dado, pero ahora esas protecciones están cayendo. Él está enfermo, y aunque su orgullo nunca lo admitiría, eso está claro. Pero yo... yo también soy prisionera en este castillo, atrapada entre las paredes de las decisiones que él tomó por mí.

Al abrir los ojos, la habitación está bañada en una oscuridad pesada. El silencio es absoluto, pero mi mente sigue girando, procesando todo. Me levanto de la cama, mis pies tocando el suelo frío. No tengo idea de qué esperar cuando salgo de esta habitación, pero sé que no puedo quedarme aquí mucho más tiempo.

Decido caminar por los pasillos del castillo. Mi mente necesita despejarse, aunque eso no haga desaparecer la sensación de claustrofobia que me está envolviendo. Cada paso que doy es más decidido, aunque mi cuerpo aún tiembla ligeramente por la

emoción y la ansiedad. Paso frente a la habitación de mi padre y me detengo un momento. La puerta está entreabierta, y la luz que se filtra por la rendija me dice que aún está despierto, que probablemente está sentado allí, solo con sus pensamientos, como siempre lo ha estado.

El miedo crece en mi pecho mientras sigo caminando. ¿Qué pasa si me detengo y trato de hablar con él ahora? ¿Sería diferente? ¿O seguiría siendo esa misma pared fría de la que nunca pude atravesar? Decido no hacerlo. No ahora. Necesito entender las cosas por mí misma primero.

Continuo mi camino hacia el patio trasero, el aire frío de la noche me golpea en el rostro, y por un momento, siento que el mundo sigue girando sin importarle lo que ocurra dentro de esas paredes. Es un alivio estar fuera, aunque sea por un momento. Respiro profundamente, tratando de despejar mi mente, pero lo único que se me ocurre es que hay algo dentro de mí que arde con furia, con dolor. La rabia por todo lo que he tenido que soportar en nombre de un legado que nunca pedí.

"Bianca."

Escucho su voz antes de verlo, y mi cuerpo se tensó automáticamente. Me doy la vuelta lentamente y allí está Luciano, de pie a unos metros, observándome con esa mirada fija que no puedo descifrar. Su expresión está tan imperturbable como siempre, pero algo en el aire cambia cuando me ve.

"¿Qué haces aquí?" pregunto, aunque ya sé la respuesta. Siempre está vigilando, siempre está observando, incluso cuando no quiero ser observada.

"Te estaba buscando," responde con su tono habitual, sereno pero con algo que no puedo identificar. Da un paso hacia mí, pero me mantengo firme, sin moverme.

"¿Qué quieres?" le pregunto, ya cansada de las intrusiones.

"El jefe me ha dado órdenes," dice, como si fuera una simple excusa.

"Sí, ya lo sé," respondo cortante, "No quiero hablar con nadie ahora."

Luciano me observa en silencio por un momento, como si estuviera evaluando si debo insistir o no. Finalmente, suspira y da un paso atrás, aunque no se aleja completamente.

"Está bien. Pero si decides salir de aquí, mejor ten cuidado. No todos están tan interesados en tu bienestar como crees."

Sus palabras son como una amenaza velada, pero no me afectan. He vivido toda mi vida rodeada de amenazas, de palabras que ocultan más de lo que muestran. Me he acostumbrado. Pero eso no significa que me guste.

"Lo tendré en cuenta," respondo, y giro sobre mis talones, dirigiéndome nuevamente hacia el interior del castillo.

De vuelta en mi habitación, me dejo caer en la cama, sintiendo el peso del día, de las emociones que he estado empujando hacia dentro. Cada parte de mí quiere explotar,

pero me encuentro demasiado cansada para hacerlo. El simple acto de respirar se siente como un esfuerzo, y cierro los ojos, intentando encontrar algún tipo de calma en medio del caos que me rodea.

A través de la ventana, la luz de la luna se filtra suavemente, y la habitación adquiere una quietud inquietante. Todo parece demasiado silencioso, como si estuviera atrapada en una burbuja, observando el mundo desde adentro sin poder alcanzarlo. Pero lo peor de todo es saber que ni siquiera sé a dónde pertenezco. Estoy atrapada entre el amor que siento por mi padre y la repulsión por lo que su mundo representa.

Mis pensamientos vuelven a Luciano. Algo en él me inquieta, algo que no puedo identificar, algo que va más allá de la simple observación. Ha estado cerca, demasiado cerca, y no sé si debo estar agradecida o molesta. Pero la verdad es que, en este momento, la única persona en la que puedo confiar soy yo misma. Nadie más parece estar dispuesto a escucharme, a entender lo que realmente está pasando dentro de mí.

Finalmente, el cansancio me vence, y antes de darme cuenta, me encuentro dormida, envuelta en las sombras de mi mente. En mis sueños, las estrellas siguen danzando en el cielo, brillando intensamente, pero esta vez, no son solo estrellas. Son luces que me llaman, luces que me guían hacia algo que aún no comprendo, algo que cambiará mi vida para siempre.

Capítulo 4 - Luciano

Ya está oscuro en la mansión Moretti, y me encuentro pensando en lo que mi vida se ha convertido en el transcurso de unas pocas semanas. Hace cinco años, si me hubieran preguntado dónde me vería, estoy seguro de que no me habría imaginado aquí. En el peor de los casos, tal vez mi cuerpo muerto estaría pudriéndose bajo un puente, o seguiría en las garras de García.

Aunque no me arrepiento de mi recorrido hasta este punto, desearía que las cosas hubieran sido muy diferentes. Sin embargo, sigo estando orgulloso del hombre en el que me he convertido. Soy refinado y excepcional en lo que hago. Ciertamente, la gente podría llamar eso arrogancia, pero yo lo llamo confianza. Sé quién soy, y supongo que eso fue lo que Don Moretti vio en mí. Le debo a Don Moretti mi vida. Él me hizo lo que soy hoy. Me acogió cuando fui abandonado y casi morí a manos de las mismas personas que una vez llamé familia.

Escupo al pensar en esa familia. "Nunca más."

Mi reloj de pulsera suena cuando la manecilla larga marca las 12. Es hora de poner fin a la noche e ir adentro. Desde la esquina de mi ojo, veo algo que parece una silueta. ¿O es solo mi imaginación? Me acerco, y veo una sombra que aparece justo como un hombre. Mi mano se desliza automáticamente hacia la Glock en mi bolsillo.

¿Hemos sido comprometidos, o las bandas rivales enviaron a alguien para infiltrarse en nuestras defensas?

Me acerco con la mayor sigilosidad posible hacia este extraño. Cuando casi estoy a una pulgada de distancia, salto hacia adelante y golpeo. Empujo al intruso al suelo y lo sujeto por el cuello. Este extraño deja escapar un grito bastante femenino, lo que me hace aún más curioso. Lo giro rápidamente y presiono mi codo sobre su pecho para mantenerlo inmovilizado. Le arranco la capucha, y resulta ser Bianca. Me siento rápidamente decepcionado y enfurecido.

"¿Estás de broma?" grito. "¡Casi te mato!"

Ella se estremece debajo de mí. Por un segundo, olvidé que estaba inmovilizando a alguien. Preferiría ver a un rival que a ella. No estoy listo para lidiar con estas tonterías, así que quito mi peso de encima.

"¡Quítate de encima!" me grita en la cara. Se pone a toser violentamente, ya que la había asfixiado, apenas pudiendo respirar.

A pesar de su actitud, me quito de encima y me sacudo. Ella también se pone de pie y se quita la capucha negra que tiene puesta. Por un minuto, realmente la miro bien. Lleva un vestido rojo de terciopelo muy corto. Decir que es hermosa es quedarse corto. Su cara preciosa hace que la gente se voltee solo para alimentarse de su belleza. Tengo que darle el crédito. Su cuerpo es lo que la gente describe como perfecto. Tiene un busto muy prominente que siempre muestra, un trasero redondeado y una cintura ceñida. Sin mencionar sus ojos, sus deslumbrantes ojos color azul océano.

"¿Me estabas mirando?" pregunta con una expresión arrogante en su rostro.

Ignoro su pregunta y le hago la mía. "¿Te has prometido morir? ¿Qué haces fuera a esta hora?" le pregunto con severidad, mirándola fijamente a los ojos. Ella tiembla, luego procede a abrazarse a sí misma, como si tuviera frío. Esto me da pena, así que agarro la capucha del suelo y se la pongo encima.

Permaneciendo cerca de ella y respirando el mismo aire, percibo un leve olor a alcohol.

"¿Has estado bebiendo? ¿Por eso estás fuera a esta hora?" le pregunto nuevamente.

"¿Qué sabes tú sobre ser piadoso?" responde ella.

Sé lo que está intentando hacer, pero no me lo creo.

"Responde la maldita pregunta, Bianca," casi le grito, perdiendo la paciencia. Su expresión cambia tan rápido que lo habría perdido si no hubiera estado prestando atención.

"¿Qué...? ¡Oh, no!" Agita su dedo en mi cara. "No importa si mi padre te da autoridad sobre mí. No tienes derecho a gritarme. ¿Oh, es porque tienes cuerpo de dios griego, con esos músculos y todo eso?" pregunta, casi tambaleándose.

Es el alcohol hablando, lo sé.

Voy a actuar como si no hubiera oído su comentario sobre mí siendo un dios griego, aunque sé que pasaré la noche pensando en ello. Algo cambió en mí esa noche después de que la recogí del club.

"¿Cuánto bebiste?"

"Un poco." Ella eructa. "Soy de poca aguante, pero solo salí a ver las estrellas," finalmente responde. Tal vez me equivoqué, así que levanto una ceja.

"¿Ver las estrellas? Estás de broma."

La observo en busca de señales de que está bromeando, pero se encoge de hombros, luciendo seria. Muevo mi mirada de ella al cielo y luego de vuelta a ella. No está bromeando.

"¿Ver las estrellas con ese vestido? Haz otro chiste. ¿A dónde vas?"

"Habla en serio." Ella cruza los brazos con firmeza. "No puedo creer que pienses que me pondría a hacer chistes contigo."

"Vas a decirme o voy a sacártelo a la fuerza." La miro ferozmente.

"Está bien, ilo voy a decir porque quiero que esta conversación termine, no porque te tenga miedo o algo así!" Con desdén en su rostro, dice: "El club. El mismo del que me sacaste a la fuerza. Planeaba ir al club, pero tu estúpido culo arruinó mi plan," me suelta, fulminándome con la mirada.

"¿Estúpido?" me río. "Creo que recuerdo que dijiste hace un momento que yo tenía cuerpo de... ¿cómo era? Ah, sí, un dios griego, eso era."

Ella abre la boca para defenderse. "Oh no, no lo hiciste..." Lucha por formar una oración. Se detiene y cubre su boca con las manos. "Oh, creo que sí lo hice."

"Fueron tus palabras, no las mías, solo las repetí," respondo con una sonrisa en el rostro.

Ella mira hacia otro lado, el color sube a sus mejillas. Luego se vuelve hacia mí, pero con una expresión diferente.

"¿Puedo irme?" me pide con cara de súplica, puchereando los labios.

"Oh no, no puedes," respondo. "Recuerda que estás bajo arresto domiciliario."

"No es como si no conocieras la ubicación. Además, esta vez puedes venir conmigo," intenta negociar. Sería una mentira si dijera que no reconsideraré mi decisión por un segundo.

"¿No tienes idea de la cantidad de peligro en el que te estás metiendo solo por salir de esta gigantesca zona segura?" le pregunto con una mirada seria. "Lo siento, pero no, te devolveré a tu habitación. Y lo digo en serio, así que regresa adentro."

Está a punto de abrir la boca para decir algo, pero la interrumpo.

"No te molestes en decir lo que sea que estés pensando. ¿Alguna vez piensas en alguien más que en ti misma? Es diferente si no te importa morir, pero ¿alguna vez has pensado en el dolor que tu padre sentirá si alguna vez te secuestran los rivales? ¿Quieres añadir más estrés físico y emocional a lo que ya está pasando? ¿Y a los demás? ¿Sabes lo estresante que es buscarte cuando deberían estar viéndote a ti? Porque todo lo que te importa es tú y tu 'libertad.'" Hago comillas en el aire. "La vida es más que todo eso. Deberías madurar y pensar en tu futuro. Eres la hija del Don, ¡y deberías empezar a actuar como tal!"

Mis palabras la alcanzan: las lágrimas comienzan a formarse en sus ojos. Tal vez mis palabras fueron un poco duras, pero alguien tiene que decir algo. Nadie se atrevió, así que lo hice yo. No la detengo cuando empieza a correr de regreso a la mansión. La observo irse. Debería sentirme bien porque acabo de hacer lo que nadie tuvo el valor de hacer, pero ¿por qué me siento tan pesado? ¿Y tan intranquilo?

El zumbido de mi teléfono me despierta, una llamada del propio Don Moretti.

"Buenos días, jefe," murmuro, aún sintiéndome somnoliento.

"¿Dónde estuvo anoche?" El tono de su voz me hace sentarme recto y ponerme más serio.

"En ningún lado, señor. Me aseguré de eso."

"El personal dijo que la vio anoche corriendo hacia su habitación como si acabara de llegar de algún lugar," aclara Don.

"Sí, ella planeaba salir, pero la alcancé justo a tiempo."

"Bien." La llamada termina.

¿Podré tomarme un descanso? Qué mañana. El día apenas comienza y mi primera conversación es sobre ella. Realmente me pregunto qué estará haciendo ahora mismo. No quiero preocuparme, pero necesito saber por su reacción a mis palabras anoche. Necesito quitarla de mi mente.

Más tarde, mientras hago ejercicio, siento la mirada fija de alguien sobre mí. Miro hacia atrás para ver quién es. De pie en una esquina del gimnasio Moretti está Bianca, jugueteando con una pesa. La está levantando de una manera bastante absurda. Es tan obvio que está poniendo todo su esfuerzo, pero no tiene ni idea de lo que está haciendo.

¿Qué está haciendo aquí? Me pregunto, pero de alguna manera apruebo su interés en hacer ejercicio.

Unos minutos después, siento un toque en mi hombro. Sí, es Bianca, respirando cerca de mi cuello.

"He venido a disculparme por mis acciones," murmura.

"¿Qué dijiste?" Estoy atónito. Después de retirarme a la cama anoche y despertarme esta mañana, no esperaba que Bianca Moretti se disculpara por hacer algo.

Lo repite, "Dije, lo siento."

"¿Por qué?" le pregunto.

"Ya sabes por qué. Lo siento por ser una persona difícil. Ayer, en general." Suena irritada.

"Honestamente, no lo sé." Me encojo de hombros con la expresión más inocente que puedo hacer.

"Vale, ya sé lo que estás haciendo, y no tengo tiempo para eso." Con un tono alto, dice: "Lo siento por no ser responsable y ser irracional con todo lo que está pasando. Sin embargo, no prometo cambiar pronto."

"Está bien, como quieras," respondo.

"Pero no puedo quedarme dentro todo el día. Necesitamos encontrar una manera de sortear esto o algo." Sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa. "Tú me rascas la espalda, y yo te la rasco a ti."

Me culpo a mí mismo por pensar que Bianca podría haber cambiado. Un leopardo nunca cambia sus manchas. "No hay nada que pueda hacer al respecto." Eso es todo lo que le digo.

"No tienes que discutir nada con mi papá. Puedes reportarte directamente a mí. Luego hablas con él o algo," dice. "En lugar de que solo te encargues de encerrarme, podemos aprovechar tu tiempo de niñera."

"No necesito todo eso," respondo firmemente. Esto no tiene ningún sentido.

"Puedes dedicar el tiempo a otras actividades que necesiten tu tiempo." Cruza los brazos. "Sé que hay momentos en los que has deseado poder tomarte un descanso y hacer algo que no sea trabajo relacionado con los Moretti."

"¿Y qué pasa contigo durante ese tiempo?" le pregunto.

Bianca no sabe quién soy. Cree que vivo para hacer todo lo que no sea servir a los Moretti. Si tan solo supiera de mi pasado y de dónde vengo. Si tan solo.

"Hago lo mío." Me guiña un ojo.

Su intento de hacer un trato no estuvo mal. Es bastante persuasiva y funcionaría fácilmente en cualquiera, menos en mí.

"No acepto esa oferta. Insisto en cumplir estrictamente con mis deberes de guardaespaldas dentro de los límites de tu habitación y, a lo sumo, los terrenos que pertenecen a Don Moretti."

Miro su rostro pasar de la sorpresa a la confusión, de la ira a la aceptación en un segundo. Es rápido y temporal. Don le ha enseñado varias habilidades a Bianca para este juego. Es bastante evidente en cómo se relaciona con la gente, y todo lo que necesita es perfeccionarlas para sacar lo mejor de las personas. En nuestros breves encuentros, he notado que puede ocultar sus verdaderas emociones, hacer cosas sin que nadie sepa sus próximos pasos, puede ser persistente y no se da por vencida fácilmente, aunque eso implique interrumpir mi paz.

"Vaya." Ella llega a la conclusión que muchos luchan por aceptar cuando se trata de mí. "¿No hay nada que te rompa o te haga cambiar de postura o de decisiones, verdad?"

"No."

Disimulo el temblor en mis palmas. Eso pasa cuando me enfrento a una circunstancia inesperada.

"Está bien, entonces. Lo haré a mi manera." Sonríe y se aleja.

Bianca es una maldita pesadilla. Después de nuestra conversación en el gimnasio, se ha propuesto frustrarme al máximo ideando nuevos métodos para escapar de la mansión, todo porque me negué a ayudarla a colarse fuera. Cada maldito día, ella crea un nuevo plan, aunque la mayoría de las veces fracasa. Todos están listos para sus payasadas, y rara vez consigue salir. Pero algunas veces, logra escapar de la mansión para estar por ahí, sin ningún destino claro. Honestamente, no puedo esperar a que por fin admita derrota, y eso es algo poco común en mí. Justo ayer, toda la casa estaba en alerta por Bianca. Sus teléfonos y todos los dispositivos rastreables estaban localizados en su habitación. Después de tres largas horas, salió caminando por su cuenta. Cuando le preguntaron adónde iba, simplemente dijo: "Dentro de la casa." Las sirvientas se rieron bastante, y juraría que la vi sonreír de vuelta con una mirada desafiante.

Solo quería "un poco de tiempo sola, lejos del caos constante que siempre hay en

la mansión", en sus palabras.

Una semana antes de este incidente, logró salir con éxito de la mansión. Cómo lo hizo sigue siendo un misterio para todos. La cámara de seguridad puesta para monitorear todo lo que pasa en los Moretti no registró ninguno de sus movimientos. Eso me preocupó aún más, porque si Bianca puede moverse sin que nadie la detecte, ¿qué tan seguros estamos todos en esta mansión? ¿Se desactivó la cámara o qué? ¿Alguien la manipuló? Ciertamente no Bianca. Ella sabe que no debe hacer eso.

Cada vez que la atrapaban, ella me miraba y me hacía un gesto obsceno con una sonrisa en su cara, como si dijera: "Esto es solo el comienzo". Se ha vuelto bastante malvada, y una parte de mí, divertida, espera sus trucos.

Capítulo 5 - Bianca

"Considera mi propuesta, por favor."

Pedirle a Luciano una y otra vez no estaba en mi lista de actividades que pensaba que sucederían. Pero sus palabras esa noche me tocaron. Sabía que el alcohol me había hecho decidir ir al club, pero aún así, debería tener control sobre mis acciones, independientemente de mi estado de ánimo. Además, la falta de emoción en mi vida tal vez me estaba afectando.

Sigo insistiendo. "Te gusta verme perseguirte, ¿verdad? ¿Es eso una inclinación tuya?"

Él se ríe en lugar de responder.

Ya no me canso de hablar últimamente. "Tu actitud muestra que no, entonces, ¿por qué no llegar a un compromiso conmigo?"

Su mirada cambia del teléfono a mí, luego vuelve al teléfono sin contestarme. Estar en esta maldita casa ha sido una tortura. Mi teléfono ha sido mi único compañero en estos tiempos difíciles. He experimentado el aburrimiento en su máxima expresión, pero hay algo más en esto. Mi única escapatoria ha sido hacerles bromas a todos en la mansión, y eso está empezando a aburrirme. Siento como si estuviera en prisión en mi propia casa.

Algo que también he disfrutado durante mis pequeñas escapadas ha sido ser cargada en el brazo de Luciano cada vez que él me toma o cuando hago berrinches. A pesar de su nivel de ira, me levanta con tanta delicadeza y gracia. He cultivado el hábito de mirar sus ojos cuando me sostiene en sus brazos. Sus ojos me atrapan en un trance, el efecto es electrizante.

El cuerpo de Luciano es una obra de arte cubierto de cicatrices y tatuajes, con músculos voluminosos de años de levantamiento pesado y entrenamiento físico. A pesar de sus cambios de humor y su severidad, hay una suavidad que lo acompaña.

No sé cómo se llama esta rara atracción, pero quiero aprender más, aceptarlo lentamente, a pesar de lo irreal que se siente. Ha pasado mucho tiempo desde que sentí algo por alguien. No desde mi ex, Miguel.

"Deja de mirarme, está empezando a incomodarme," murmura Luciano, sin levantar la vista de su teléfono.

Me pregunto qué lo tiene tan ocupado que requiere toda su atención en el teléfono.

"¡Así que hablas!" exclamo dramáticamente. "Por un momento pensé que eras mudo. Además, no te estaba mirando. Solo estaba observando y preguntándome cuán orientado a los negocios te ves con esa camisa y esos pantalones."

"Haha, muy graciosa," dice él, desinteresado.

Viendo que no se va a mover, me apoyo en la barandilla mirando hacia la escalera. Hemos estado de pie de manera incómoda fuera del estudio de mi padre durante más de una hora, y mis piernas empiezan a doler. Padre ha estado reunido con algunos guardias de seguridad sobre un tema relacionado con las medidas de seguridad, así que estamos esperando a que concluyan, ya que él pidió la presencia de Luciano y la mía. Me acerco a Luciano, invadiendo su espacio personal. Mirando por encima de su hombro, veo la pantalla de su teléfono, y resulta que ha estado jugando un videojuego. Los chicos y sus juegos. Mejor lo dejo con eso.

Los guardias salen. Sus cabezas se inclinan mientras reconocen tanto mi presencia como la de Luciano. Uno de ellos se queda atrás, y me parece familiar. Identifico esa familiaridad como si fuera uno de los guardias asignados a mí. No parece estar muy feliz de verme.

"El jefe está listo para ti," murmura el guardia.

"¿A quién te refieres exactamente? ¿A mí o a él?" le pregunto.

"Tú primero, señora. Luego Luciano en diez minutos."

Entro en el estudio de mi padre con una expresión seria, decidida a ponerle fin a esta pesadilla hoy mismo. El arresto domiciliario debe terminar. Necesito mi libertad, con tantas ganas. Solo disfruté correr un poco por ahí.

A medida que me acerco a mi padre, la triste ola de emociones que ha estado acechando en las sombras de mi mente me invade. Mi padre sigue viéndose débil. Apenas come y se mantiene encerrado en este maldito estudio, haciendo largas llamadas y llevando a cabo reuniones para tranquilizar a su gente. ¿No pueden entender que no está en su mejor estado y que no debería estar estresado por sus demandas innecesarias? Necesito tomar las riendas rápidamente. Mientras tanto, mi padre sigue muriendo lentamente día tras día, y eso me rompe el corazón.

"Mi amor," me llama mi padre en cuanto me ve, sonriendo de oreja a oreja. Me gusta cómo se comporta siempre que me ve. Es un bálsamo reconfortante que me recuerda el amor que tiene por mí.

"Mi papi." Le devuelvo la sonrisa y extendiendo los brazos para indicarle que voy a abrazarlo.

A medida que me acerco, él también comienza a extender los brazos, algo pálidos. Cuando llego a él, lo abrazo y disfruto el momento porque no sé cuánto tiempo más tendremos.

"Espero que no hayas estado metida en ninguna aventura últimamente, amor." Lucha por dejar escapar una sonrisa.

"Papá, ya te has asegurado de eso." Mi rostro se vuelve más serio. "He estado encerrada en mi habitación tanto tiempo como puedo recordar. Ni siquiera me permiten dar un paso fuera de la casa, y eso ha sido demasiado estricto."

"Eso no fue lo que escuché." Usa su peso para empujar su silla y mirar por la ventana. Se levanta y hace una mueca, aunque trata de ocultarlo. No puedo evitar notar

los pequeños gestos que ha comenzado a hacer por incomodidad, como las muecas, los suspiros constantes, el cambio aleatorio de posición al sentarse y el movimiento de las manos. Es tan difícil de ver.

"¿Qué escuchaste, papá?" le pregunto, observándolo mientras disfruta de las pequeñas vistas desde este lado de la casa. Quizás olvidé mencionar que el estudio de mi padre tiene la mejor vista de toda la mansión, flanqueada por un amplio espacio de pasto y un lago en el otro extremo.

"Escuché todo, todas las travesuras que has estado haciendo, mi amor. Eres tan obstinada, como yo cuando tenía tu edad. La única diferencia es que yo canalicé esa actitud hacia algo que triplicó este legado."

"Yo..." Empiezo, pero mi padre levanta el dedo, agitándolo en el aire para callarme.

"He tomado mi decisión."

Repito, confundida. "¿Tomaste tu decisión?"

"Sí," afirma mi padre con un tono sorprendentemente más fuerte y firme. "Vas a asumir el rol como la nueva líder con efecto inmediato. Entrenamiento adecuado, salir en misiones con los hombres, todo."

"Entiendo lo de tomar el rol de jefa de la mafia, pero ¿salir en misiones? ¿No es eso un poco extremo?"

"Soy culpable por no haberlo impuesto cuando eras más joven. Como líder, debes trabajar con tus hombres y ganar su confianza y respeto. El respeto no se otorga, se gana."

Entiendo perfectamente lo que mi padre quiere decir, pero me duele que no vea que lo que realmente quiero es una vida sin su legado. Si tuviera la oportunidad, desearía eso un millón de veces. Nadie quiere una vida que te muestre que la única forma de salir de ella es por medio de la muerte, una vez nacida en este mundo.

No vale la pena discutir. "Está bien, acepto. Haz conmigo lo que elijas."

"Sí, mi amor," asiente mi padre, se balancea de nuevo a su posición inicial y extiende la mano hacia la mesa para llamar al guardia que está esperando afuera. El mismo de antes me mira con desdén. Aún no sé cuál es su problema. Cuando nuestros ojos se encuentran, me aseguro de pasarle mi mirada más hostil, pero él permanece imperturbable.

Las instrucciones que mi padre le da no son muy claras para mí, así que no les doy mucha importancia.

"¿Puedo irme ahora, papi?" Una incomodidad me recorre el estómago, y no quiero quedarme más tiempo porque sé que no me gustará lo que venga.

"Solo un minuto, mi amor. Tengo algo que decirte..." La puerta que se abre lo interrumpe. Luciano está de pie justo en la entrada.

"¡Ah, ahí está!" exclama mi padre y le hace un gesto para que entre. "Justo a tiempo. Bueno, lo que quiero decirte es que te he asignado un entrenador personal. Estás viendo al hombre."

"Oh no, no Luciano, cualquiera menos él," declaro con una expresión de desdén.

"Sí, Don, estoy totalmente de acuerdo con tu hija," dice Luciano. "Preferiría no."

"¿Qué quieres decir con eso?" giro la cabeza hacia él.

"Estoy de acuerdo contigo." Aprieta los dientes con frustración.

"No tienes derecho a rechazarme." Pongo los ojos en blanco.

"Esto no está a discusión," responde mi padre, soltando una risa seca. "Nadie tiene voz ni voto en esto." Mirando a Luciano, mi padre dice, "Comienzas mañana."

"¡Papá, no!" Trato de ofrecer otras opciones, hombres de confianza que él no tendrá más remedio que considerar. "¿Qué tal Hector? El segundo al mando y definitivamente la mejor opción, ya sabes."

"No," responde mi padre tajante.

"¿Pero por qué? ¿Es mi padrino, no?"

"Exactamente por eso. Te malcría."

"¿Y Little?"

La risa de mi padre resuena. "¿Little? Oh, por favor. Es más bien un repartidor."

"Y Hector es el mejor," respondo.

"Luciano es el mejor. Para ti." Mi padre mira hacia otro lado, indicando el fin de la conversación. "Si me excusan, tengo que continuar con mi lectura."

Salgo furiosa. Una fracción increíble de mi ira es por el rechazo de Luciano. ¿Y por qué me molesta eso?

No puedes preocuparte si le caes bien o no, ¡Bianca!

Camino rápidamente por los pasillos, mi mente zumbando con pensamientos, y por alguna razón, mi corazón late más rápido de lo normal. No debería estar molesta por el rechazo de Luciano, no debería importarme lo que piense de mí. Pero, de alguna manera, lo hace. Al final del pasillo, me encuentro con el guardia que me había mirado con tanta indiferencia antes. Cuando me ve, simplemente asiente con la cabeza y sigue su camino sin decir palabra. A veces, esos gestos me irritan más que cualquier palabra, ese aire de desdén con el que todos parecen tratarme últimamente.

Mis pasos me llevan fuera del estudio y de regreso a las habitaciones. A medida que me alejo, mi mente no deja de girar. La decisión de mi padre ha sido tan repentina que apenas me ha dado tiempo de procesarlo. Ser la nueva líder, ser lo que todos esperan que sea, ¿realmente quiero esto? No puedo evitar preguntarme si alguna vez tendré la oportunidad de elegir por mí misma, de tomar el control de mi vida de una vez

por todas. La libertad que tanto ansío parece más lejana que nunca.

Al llegar a mi habitación, me siento en la cama, la ansiedad apoderándose de mí. Mis pensamientos me bombardean, pero de alguna manera, Luciano está en el centro de todo esto. ¿Por qué me afecta tanto su actitud? Quizás es su indiferencia, esa forma en que parece ser completamente ajeno a cualquier cosa que no sea su deber. Y, sin embargo, me arrastra hacia él, me hace desear algo que no entiendo.

Llaman a la puerta, sacándome de mis pensamientos. "¿Qué ahora?" murmuro para mí misma mientras me levanto y me acerco a la puerta.

La abro, y allí está, Luciano. Como si no fuera suficiente que me haya desbordado con su actitud, ahora se presenta aquí, como si nada hubiera pasado.

"¿Qué quieres?" le pregunto, ya cansada de todo.

"Solo quería asegurarme de que estuvieras bien después de todo esto," responde, y su tono es inesperadamente suave. Pero no me engaña.

"¿Bien?" me río amargamente. "Lo único que quiero es estar lejos de todo esto."

Luciano se queda en silencio por un momento, observándome. Su presencia, como siempre, es imponente, pero esta vez hay algo diferente en su mirada. Es como si estuviera viendo más allá de la fachada que he creado, algo que no quiero que vea.

"Voy a salir," digo, cruzándome de brazos. "Necesito un poco de aire."

Luciano se da la vuelta, dándome la espalda, y me sigue sin decir palabra. Es extraño cómo sus pasos parecen seguirme, como si estuviera acostumbrado a que las cosas sucedan de esta manera.

"Cuando regrese," murmura, "no salgas de la habitación. Estás bajo custodia."

No contesto. Simplemente lo dejo ir, mi mente ya tomando otros rumbos. Mientras salgo de la mansión, la fría brisa de la noche me golpea la cara, pero ni siquiera eso me alivia. A lo lejos, veo las luces titilando como pequeñas estrellas, pero ninguna de ellas tiene la calidez que busco. Solo encuentro oscuridad, y es ahí donde todo parece volverse confuso.

Capítulo 6 - Luciano

“No puedes golpear a alguien así, no sentirán nada,” respiro, visiblemente frustrado. “Hemos estado haciendo esto durante la última hora. ¿Sabes hacer algo más aparte de ser bonita?” Lamento la última afirmación en el momento en que sale de mi boca.

“¿Crees que soy bonita?” pregunta, con una mano en la cintura y la otra enrollando su cabello alrededor de un dedo. Desde que comenzamos estas sesiones de entrenamiento, Bianca ha intentado constantemente decir y hacer cosas para ralentizar el proceso de aprendizaje.

Me río en voz alta. “¿Podemos ponernos a practicar, o prefieres seguir perdiendo el tiempo?”

Ella finge un dolor en el corazón al poner su mano sobre el pecho, como si estuviera sosteniéndolo.

“Heriste mi ego, Lu.” Hace un puchero dramático.

Un apodo, eso es nuevo.

“Lo que sea, sigamos con el entrenamiento.”

“Pero estoy cansada, hemos estado haciendo lo mismo durante más de dos horas. Necesito un descanso.” Hace un puchero.

“Está bien, descanso de cinco minutos.”

“Házmelo de 15, por favor,” suplica.

“Claro.” Tomo la botella de agua que está junto a mí.

Bianca la agarra al mismo tiempo y nuestras manos se encuentran. Una chispa recorre mi cuerpo, y ambos nos alejamos. Agarro la segunda botella.

Por mucho que me guste pensar que todo este esquema de entrenamiento es un gran error, no puedo evitar admitir que está funcionando. Bianca puede dar un buen golpe, aunque no cause mucho daño. Aún no está tan dedicada como quisiera. Cuando entreno a las personas, tengo un estándar alto para ellas. Si soporta el estrés y persevera, superará ese estándar. Por ahora, parece que está a punto de rendirse pronto.

Bianca sale del gimnasio mientras yo hago algunos ejercicios de flexiones. Ella vuelve a entrar después del descanso, luciendo renovada con una nueva explosión de energía. No sé por qué mis labios se curvan en una sonrisa hasta que lo menciona.

“¿Estabas practicando cómo sonreír? Porque eso fue un intento fallido de una.” Se estira. “Si quieres, puedo enseñarte cómo hacerlo. Bastante fácil, por si no lo sabías.” No le hago caso mientras continúa con otra pregunta. “¿Por qué sonreías?”

“Creo que no estoy obligada a contarte todo. Y no estaba sonriendo,” digo. “Ahora, sigamos donde lo dejamos. Así es como se da el golpe más sucio de todos,”

enseño mientras nos ponemos al lado del saco de boxeo. Cruzo los nudillos, le muestro mis manos y formo los puños. La observo repetir el proceso. “Perfecto. Procede a atacar con fuerza,” añadió, atacando el saco de boxeo.

Ella asiente. En lugar de golpear, se queda quieta. Ambos nos quedamos en silencio.

“¿Bianca? No te quedes mirando. ¡Hazlo!”

Al escuchar mi voz, ella lanza sus puños contra el saco de boxeo. La animo a seguir sin detenerse. “¡Golpéalo! ¡Muestra cuánto odias estar encerrada! ¡Golpea ese saco!”

Bianca sigue golpeando con más velocidad y fuerza, y no se detiene incluso cuando yo dejo de hablar. ¡Realmente puede hacer esto! Y me equivoqué al pensar que se rendiría pronto.

“¿Eso estuvo bien, verdad?” pregunta con una sonrisa en su rostro.

Puedo decir que está contenta con lo que acaba de hacer. Lo hizo bien. Perfecto, iba a decir.

“Bien, pero puedes hacerlo mejor,” respondo sin mostrar ninguna expresión en mi rostro. ¿Por qué no puedo decirle lo impresionado que estoy?

Bianca se encoge de hombros, vuelve a hacer puños y sigue golpeando.

“Ahora sigue golpeando. No pares hasta que yo te lo diga,” instruyo.

Me aparto y la observo mientras sigue golpeando. Todo es perfecto, excepto su postura. Un leve giro y estará lista. Me agacho junto a ella, rodeo sus tobillos con mis manos y ajusto su posición de pie.

“Podría haberlo hecho yo misma,” dice entre jadeos.

“Sigue.”

“¿Puedo parar? ¡Estoy cansada!” grita.

“¡Más!” grito.

Ella no protesta. En su lugar, sigue golpeando con fuerza.

“¡Para! ¡Para!” repito, pero no cede. Bianca saca su ira contra el saco de boxeo una y otra vez. Nunca la había visto así.

De repente, deja de golpear y se va. Me muevo para seguirla.

“¿Bianca, estás bien?” le pregunto, corriendo tras ella. Ella sigue caminando hacia la mansión, y yo dejo de seguirla. Puede que la haya empujado demasiado.

Rápidamente corro hacia su habitación. A medida que me acerco a la puerta, el guardia encargado de vigilar su apartamento me detiene.

"No quiere visitas," dice el guardia.

"Dile que soy Luciano." Me inclino hacia él.

"Oh, lo siento, señor. Soy nuevo."

Una vez que entro, no puedo evitar notar lo hogareña que es su habitación. Hay plantas cerca de las ventanas, algunas brotando flores y otras de un verde nutrido. También tiene varias pinturas, tanto en carbón como en colores.

Ella coloca una bolsa de hielo sobre sus nudillos.

"Lo siento," digo, acercándome a la bolsa de hielo.

Las moretones fueron causados por la fricción de la constante abrasión de sus nudillos contra los guantes.

"A pesar del interés de mi padre en perfeccionar mi entrenamiento, no creo que le guste ver esto." Extiende los puños, y coloco las bolsas de hielo sobre ellos.

"Te conseguiré unos guantes nuevos," prometo.

"Está bien," asiente.

Decidido a hacerla sentir mejor, le pregunto qué le gustaría hacer a continuación.

"¿Cualquier cosa?" pregunta.

"Cualquier cosa."

"Vamos a disparar."

Hoy es mucho mejor que ayer. Enseñarle no está yendo tan mal.

Primero, le enseño cómo sostener el arma, colocando mis manos sobre las suyas para ayudarla a envolver su dedo alrededor del gatillo. Aprende muy rápido. Experimento un episodio de tortura estando detrás de ella, en esos pequeños pantalones cortos que lleva. Estar tan cerca de ella me provoca una batalla de olores entre el durazno y la vainilla. Su cabello también huele increíble. Ella se recuesta cómodamente contra mí a pesar de que yo mantengo cierta distancia, tratando de no estar tan cerca del cuerpo de ella. Su efecto en mí es magnético, y quiero hacer todo lo posible por hacerla sentir segura. Quiero protegerla y cuidarla del mal.

La dejo ir, y ella aprieta el gatillo, retrocediendo levemente. Ha dado un tiro tan limpio.

"¿Lo viste?" pregunta, sonriendo de oreja a oreja. "¡Acerté en la cabeza del muñeco, eso fue un tiro perfecto!" Vuelve a intentar, y este tiro es más preciso. "¡Lo logré!"

Grita, y yo aplaudo. Bianca salta a mis brazos, y ambos nos congelamos antes de separarnos de manera torpe.

"Lo hiciste bien," suelto.

"Gracias." Ella sigue disparando antes de que regresemos a mi camión para dejarla en su casa.

"¿Por qué querías ir a disparar? Ya es obvio que eres bastante buena."

Bianca se encoge de hombros. "Estaba oxidada. Solía ir de caza con Papi y Hector cuando era más joven."

"¿Por qué dejaste de ir?"

"Lo superé, y ellos también dejaron de invitarme."

Caemos en un silencio, y enciendo el camión. Apenas estamos en el camino cuando suena mi teléfono.

"Hola, Spider. ¿Qué pasa?"

"Recogida. Tienes los detalles." La llamada se corta.

Los miércoles son días de recogida. Por "recogida", nos referimos a la entrega de armas y municiones en puntos estratégicos.

"Supongo que hoy es tu día de suerte," anuncio, acelerando el motor y dando un giro en U en la dirección contraria.

Bianca se detiene. "Déjame adivinar." Y de repente grita, "¡Hay una misión, verdad?"

"Afirmativo. Hoy vamos a llevar tus sesiones de entrenamiento a otro nivel."

"¿También aprendo las rutas y puntos de entrega, no?"

Asiento, observando el brillo de felicidad incontrolable en su rostro.

"¿Qué me estás enseñando ahora?" pregunta, con su cuerpo ligeramente inclinado hacia mí.

"Primero, señales de advertencia en nuestras rutas. Las colocamos para guiar a nuestros hombres cuando lleguen por las recogidas."

"Cuando veas las mangueras amarillas, no vayas. Son señales de advertencia plantadas por los cazadores locales."

"Están pagados, estoy seguro."

Sonrío. "Claro que sí. ¿Cómo crees que obtuvieron su licencia de caza? Nosotros cumplimos con nuestra parte del trato, y ellos lo corresponden. Cualquier error, los denunciaremos por caza furtiva."

"Lo imaginé."

"Mira afuera." Señalo, y ella obedece.

"Esa es una manguera amarilla."

Freno el camión para echar un vistazo, y tiene razón.

Bianca se gira abruptamente. "¿Eso significa que las mangueras verdes indican puntos de entrega?"

Inclino la cabeza para mirarla y asiento en señal de respeto. "Aún no hemos visto ninguna."

"Lo sé, pero el verde es el color de nuestros sellos secretos, los que la gente no conoce. El distintivo original de los Moretti."

"Listilla." Mirando hacia otro lado, me rindo y tomo la decisión de no seguir guardando mi distancia con ella. Ha sido buena hasta ahora, y he empezado a encariñarme con ella. Bianca realmente es una persona admirable.

"Aquí," anuncio nuestra llegada.

Nuestros camiones ya están en el punto de encuentro, y los chicos esperan mi aprobación. Es mi deber verificar la autenticidad y el número de las entregas recibidas. Al ver a Bianca, la saludan inclinando la cabeza y quitándose los sombreros.

"Mira las mangueras verdes." Ella me agarra del brazo superior mientras señala. Una manguera verde asoma debajo de un montón de basura, mientras que otra yace al lado de un árbol.

"Lo hiciste bien."

Me acerco a donde están las mangueras verdes. Despejo el montón de basura con mis botas.

"Ven, excava esto."

Los hombres se apresuran con sus herramientas para desenterrar las cajas enterradas bajo el suelo. Repetimos los mismos pasos para la manguera verde junto al árbol. Abro las cajas para verificar su contenido.

"¡Todo claro!" afirmo.

"Buen trabajo, chicos." Ella sonríe a todos y se une a ellos mientras comienzan a cargar las cajas en los camiones. Todos están tranquilos a su alrededor. Ella realmente es una persona agradable.

Justo cuando comenzamos a trabajar, se escucha un ruido en los arbustos. Lo descarto como roedores que se alejan al ver humanos.

De repente, se oye un fuerte disparo que hace que los pájaros en los árboles vuelen. De pronto, me encuentro en el suelo, rodeado de pasto y hojas caídas. Ignorando el dolor de cabeza que me recorre, veo a Bianca aún de pie mientras otros están en el suelo, escondidos tras árboles o rocas. Me acerco a ella, y ella se agacha. Sus ojos recorren todo a su alrededor, y saca el arma que estaba escondida junto a mis botas. Dispara repetidamente, haciendo que el tirador huya. Bianca no se detiene ahí: persigue al tirador.

"¿Qué demonios?!" maldigo, corriendo tras ella.

Corre tan rápido que estoy seguro de que le ganaría a Usain Bolt. Se ve tan intrépida y valiente, disparando y corriendo activamente. La alcanzo y trato de agarrarla mientras cruza el punto de entrega de otro territorio. Errores como ese pueden provocar guerras y muertes.

“¡Bianca!” grito, pero está demasiado concentrada.

Acelero y finalmente la alcanzo. Está a punto de agacharse bajo una rama de árbol cuando la agarro por la cintura. Su cuerpo se gira y casi me da un golpe en la cara. Sujeto sus nudillos para detenerla.

“Tranquila, tigresa,” me río. “¡Vaya!”

La dejo ir, y ambos comenzamos a acercarnos antes de que un crujido en los arbustos nos haga separarnos.

“Tienes una sonrisa increíble.” Se detiene a decir más.

“Fuiste increíble.”

Nos quedamos mirándonos durante un rato antes de apartar la mirada torpemente.

“Deberíamos volver.”

Asiento en acuerdo.

En el camino de regreso a la mansión, hablamos libremente, como si fuéramos amigos desde hace mucho tiempo. La tensión entre nosotros ha sido reemplazada por otra, acompañada por deseo.

“¿Qué más haces aparte de todo esto?” Me señala el camión, ella misma y las furgonetas frente a nosotros.

“Nada, en realidad.”

“¿Ningún hobby?”

Mis ojos se iluminan cuando me doy cuenta. “Oh, hobbies. Pensé que te referías a trabajos secundarios. Leo o trato de hacerlo. Volví a leer recientemente, pero no he avanzado tanto como quisiera.”

“Oh, lo siento. Ahí estoy yo para ocuparme, ¿no?”

Le resto importancia con un gesto. “Nah. Siempre he estado ocupado con una cosa o la otra.”

“Los libros son tranquilos.”

“¿Y tú?” Estoy interesado en saber más sobre ella.

“Pintura. Eso es lo que más me gusta. Planeo ir a la escuela de arte pronto. Y horticultura. Diría que las plantas en general.”

“Oh. Eso explica tu habitación. Y la visita a la tienda de arte.”

“¿Estuviste ahí?” Sus ojos se abren sorprendidos.

“Sí. Ahí fue donde conseguí los libros.”

“Jamás pude ir a la librería allí por falta de tiempo. Lo haré pronto,” dice.

“Bonita defensa con el cuchillo esa noche. Un arma de fuego es más rápida y mejor, aunque.”

Bianca suelta una risa. “Tú fuiste el que me observaba.”

Asiento.

“Deberías venir alguna vez. A mi habitación, digo. Te mostraré cada planta y las describiré. Lo mismo con las pinturas.”

“Claro. Gracias por ofrecerlo.”

“Cuando quieras.” Se coloca el cabello detrás de las orejas.

No puedo evitar robarle miradas. Todo lo que puedo pensar es en su postura mientras enfrenta la muerte. Bianca está en el nivel que exijo a mis aprendices. Lo que logró hoy definitivamente le ganará respeto en la banda Moretti. La sucesora del Don será temida por todos.

Capítulo 7 - Bianca

“¡Agáchense!”

El caos a mi alrededor es instantáneo—gritos, pies que corren, cuerpos cayendo al suelo. El agudo crujido de una bala corta el aire, demasiado cerca, la brisa de su paso susurrando por mi mejilla. El instinto toma el control. Empujo a la persona más cercana a mí al suelo, mi corazón golpeando contra mis costillas.

Luciano.

Sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura, tirándome hacia abajo a su lado, su agarre fuerte, terrenal. Su pecho sube y baja rápidamente, imitando el ritmo errático de mi propia respiración. Pero no hay tiempo para quedarnos en el momento—el peligro aún acecha en las sombras. Mis ojos bajan, fijándose en la funda de su bota. Sin dudar, alcanzo su arma, mis dedos cerrándose alrededor de la empuñadura.

Me doy vuelta sobre mi costado y disparo ciegamente en la dirección de donde vino el disparo, el retroceso sacudiendo mi brazo. El silencio que responde no se siente bien. Necesito ver quién está detrás de esto. Mi pulso late descontroladamente mientras me empujo desde el suelo, mis botas hundiéndose en la arena, impulsándome hacia adelante.

Esto es imprudente, Bianca. Detente.

Pero no lo hago.

Veo un destello del tirador—un adolescente flaco, nada más que huesos y desesperación. Mis dedos tiemblan en el gatillo. Él duda por una fracción de segundo antes de echar a correr, desapareciendo en el espeso manto de árboles.

“¡Bianca!” La voz de Luciano retumba detrás de mí, el peso del mando en ella.

Los pasos retumban por el terreno, los hombres gritando, dispersándose. Apenas registro las voces que me dicen que me detenga, mi enfoque se estrecha hacia la persecución. Me agacho bajo una rama baja, mis pies levantando tierra mientras me deslizo por la maleza.

Entonces—impacto.

Una fuerza me embiste desde atrás, brazos musculosos rodeando mi torso como bandas de acero. El mundo se inclina, y mi espalda choca con un pecho firme, atrapándome. Me retuerzo, medio salvaje, pero la risa profunda y grave vibrando contra mi columna me calma al instante.

“Tranquila, tigresa,” murmura Luciano, con diversión en su voz.

Me giro en su agarre, respirando con dificultad, y de repente, estamos demasiado cerca. Su aliento pasa por mis labios, cálido y constante, un marcado contraste con mis propias exhalaciones entrecortadas. Los bordes de su boca se levantan en una sonrisa molesta.

Una ardilla pasa rápidamente entre nosotros, sorprendiéndome lo suficiente como para hacer que me eche atrás. La burbuja de intensidad se rompe, reemplazada por la risa profunda y desinhibida de Luciano. Parpadeo sorprendida. Nunca lo había visto reír—realmente reír. Es profunda y sin restricciones, sus rasgos afilados suavizándose, sus ojos arrugándose en las esquinas.

Si tuviera una cámara ahora mismo, capturaría este momento para siempre.

“Tienes una sonrisa increíble,” digo antes de darme cuenta.

Luciano arquea una ceja. “No, no.” Sacude la cabeza, la diversión todavía en su voz. “Fuiste increíble.”

Una sonrisa lenta tira de mis labios. “Casi lo atrapé, de hecho. Incluso pude ver algo.”

“Lo sé,” admite, su voz bajando. “Pero hay tiempo de sobra para averiguar quién es. Lo rastrearemos. Y para que lo sepas, nunca supe que tenías esa lucha

en ti. No con lo difícil que te resultó manejar esas pesas el otro día.”

Estallo en carcajadas. “¡Hey! En mi defensa, levantar pesas y correr son dos cosas muy diferentes.”

“Claramente,” me responde, guiándonos de vuelta por el sendero. “Aunque no te veo correr mucho por la casa.”

“Solía hacerlo,” admito, mi tono cambiando. “Era bastante buena en eso. Tenía... motivación.”

Luciano me mira. “¿Y qué pasó con esa motivación?”

Suelto un suspiro, la esquina de mis labios se levanta en una sonrisa irónica. “Él me rompió el corazón.”

Luciano se detiene en seco. “¿Él?” Su expresión se agudiza. “¿Hablas en serio?”

“Oh, sí.” Me río. “Por favor, no se lo digas a mi padre. Le pondría la cabeza en la pared.”

Una sonrisa lenta y entendida se extiende por los labios de Luciano. “Anotado.”

Para cuando llegamos a la furgoneta, los hombres ya han terminado de empaquetar. Un par de ellos se agrupan alrededor de mí, sonriendo como si acabara de lograr lo imposible.

“Buen trabajo, señorita.”

“De verdad, les debo la vida.”

“¿Cómo pudiste ver quién era?”

Sus voces se entremezclan, su elogio proviniendo de todas partes. Apenas tengo tiempo de procesarlo, pero algo dentro de mí cambia. Me están aceptando. La

realización se asienta cálida en mi pecho.

Al otro lado del claro, Luciano se apoya tranquilamente contra la furgoneta, brazos cruzados, observándome. Nuestros ojos se encuentran, y algo no dicho queda flotando entre nosotros. Levanta una mano y me da un lento pulgar arriba, la esquina de su boca curvándose hacia arriba.

“Bien hecho,” dice sin emitir sonido.

Y así, las mariposas regresan.

El hielo finalmente se ha roto entre nosotros, y estoy viendo todas sus buenas facetas. Mi estómago revolotea, anunciando la llegada de nuevas mariposas que no habían estado allí en años. ¿Esto sella mi atracción por Luciano? Tal vez debería abrirme a cultivar una amistad con él. Después de todo, es una persona genuina y divertida de estar cerca. Debo mantenerlo en mi esquina.

Luciano aplaude para llamar nuestra atención. “Ya basta con la adoración. Pueden conseguir sus autógrafos en la habitación de la señorita Bianca.”

Todos sueltan carcajadas. Mientras se suben a la furgoneta, Luciano y yo montamos en la suya.

“Si sigues queriendo ponerte en forma y también correr, puedo ser de gran ayuda,” ofrece Luciano.

“Oh, gracias.” Aprecio la oferta, y ya he tomado la decisión de aceptarla. “¿Eres entrenador personal?”

“Me gusta referirme a mí mismo como eso de vez en cuando. Tengo un historial impresionante entrenando a gente que se ha convertido en asesinos a sueldo, señores, y mucho más.”

“Hmmm.” Asiento.

El viaje de regreso a casa es tranquilo y sin tensiones. Hablamos brevemente sobre varios temas durante el trayecto. Luciano es en realidad un gran conversador, y espero tener más charlas con él.

Las noticias de mi hazaña llegaron a casa incluso antes de que llegáramos. Little corre hacia mí y me ayuda a bajar de la furgoneta. Me levanta y me da vueltas.

“Lo hiciste bien, Bianca. Si sigues impresionando a todos de esta manera, tendrás la confianza y el apoyo necesario para reemplazar a tu padre.”

“¿De verdad?” Pregunto, mirando hacia arriba mientras me baja.

“¡Sí!” La cara de Little irradia alegría. “Recuerda que lo que sea que necesites, siempre estaré allí para ti.” Little me sonríe y me pellizca las mejillas juguetonamente.

“Gracias, Little.” Lo abrazo. Mirando por encima de su hombro, veo a Luciano. Me saluda con la mano, y yo le devuelvo el saludo. Recuerdo lo cerca que estuvimos en el bosque, sus brazos alrededor de mí, su agarre en mis manos mientras me ayudaba a

subir al camión, y el beso que casi compartimos.

“¡Hey!” Little me sacude ligeramente, y yo vuelvo a la realidad.

“¿Sí? Perdón, me distraje.”

“Sí. Estaba preguntando si finalmente podemos dar ese paseo que queríamos. Ha pasado un tiempo. Extraño estar en el puente de madera sobre el lago.”

Nuestro lugar. Little y yo marcamos varios lugares alrededor de la finca como nuestro lugar cuando crecíamos. Primero, la cocina, porque siempre nos gustaba agarrar bocadillos allí; la casa en el árbol que Hector nos construyó durante un verano; el sendero que lleva a los cuarteles de la familia de Little, y el puente. Es inevitable, pero una maravilla cómo los niños o las personas, en general, pueden crecer juntas y luego la intensidad de su cercanía se reduce a medida que pasan los años.

“¡Sí, deberíamos!” Acepto con energía. Extiendo mi mano para que Little la agarre, pero alguien más lo hace.

“¿Y a dónde vamos, ahijada?” La voz de Hector retumba.

“Hector!” Salto y bajo, antes de rodear su gran torso con mis manos. “¡Te he extrañado!”

Él se ríe mientras me acaricia el cabello. “Y yo también te he extrañado.”

Hector ha estado en una misión durante un par de semanas. Es una misión secreta que ni siquiera Luciano sabía. Fue estrictamente entre él y mi padre.

“Espero que no te vayas otra vez. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste.”

“Creo que ya me enteré de algunas de ellas. La parte donde salvaste las vidas de algunos de nuestros hombres.”

Sonrío felizmente. “Esa es la mejor parte.”

“Estaré disponible para escuchar cada detalle, pero primero necesito ver al Don.” Hector se excusa, pero no antes de sonreírle a Little, dejando al pobre chico con la boca abierta.

“Hector nunca le sonrío a nadie más que a mí. ¿Qué le has hecho?” Teaseo a Little.

“Seguro que viste el terror en mi cara también.” Se coloca las manos sobre el pecho.

Vuelvo a ofrecerle mi mano, él la toma, y caminamos hacia el lago.

“Tengo tantas ganas de estar viva hoy.”

“¿Ese ataque? Fue un adolescente enviado por un candidato político porque los Moretti no están a favor de él,” explica Little.

“Vaya, eso fue rápido.”

“Sí. Siempre solucionamos los problemas bastante rápido.” Little sonríe con fuerza.

No necesita hablar más al respecto porque entiendo lo que significa su sonrisa tensa. Por eso odio esta vida. Cuando el poder se pase a mis manos, jugaré según las reglas, pero haré las cosas de manera diferente. Castigar, no eliminar.

El sonido de los pasos apresurados es lo único que oigo mientras caminamos hacia el lago. Little y yo hemos estado paseando durante un rato, pero hay algo inquietante en el aire. La misión de esa mañana aún no ha salido de mi mente. El tirador, el ataque, todo parecía tan rápido, tan repentino. Es como si algo estuviera por suceder, y no me gusta.

“¿Qué pasa?” pregunta Little, notando mi silencio.

“Nada. Solo pensaba en lo que ocurrió hoy,” respondo con una ligera sonrisa.

Él asiente, entendiendo perfectamente que no quiero hablar más del tema. En cambio, nos quedamos en silencio, escuchando el sonido del agua moviéndose suavemente en el lago, como si estuviera tratando de relajarnos.

Pero la tranquilidad no dura mucho.

Un grito rompe el silencio del lago, seguido por el sonido de los disparos. Mis sentidos se alertan al instante, mi corazón saltando en mi pecho. No hay tiempo para pensar. El instinto me lleva a correr en dirección al sonido.

“¡Bianca, no!” grita Little, pero ya estoy corriendo.

Mi mente se concentra en un solo objetivo: llegar allí antes que cualquiera más. Siento que el viento me golpea la cara mientras mis pies golpean el suelo. Estoy más concentrada que nunca. Cada paso me acerca a algo peligroso, algo que no puedo evitar.

Llegamos al punto de encuentro, pero ya es tarde. Varios hombres están reunidos, y el sonido de las armas me confirma que algo grave ha ocurrido. Varios de los hombres que había visto antes están tirados en el suelo, inmóviles. El caos se desata alrededor. Luciano está allí, en el centro de la acción, su mirada fija en mí, como si esperara que llegara.

“¡Bianca!” Su voz es firme y llena de tensión.

Me detengo frente a él, observando el escenario que me rodea. Mi corazón late con fuerza, y mis ojos se desvían hacia los hombres caídos. ¿Qué ha pasado aquí?

“¿Qué está pasando?” pregunto con voz rasposa.

Luciano se acerca a mí rápidamente, su cuerpo tenso, su respiración agitada. No me responde de inmediato. En cambio, toma mi brazo y me dirige hacia un rincón apartado, lejos del caos. Me sorprende cómo me lleva sin ningún esfuerzo, como si no pesara nada.

“Es peligroso aquí,” dice, mirando alrededor con precaución. “No puedes estar en medio de todo esto.”

“Estoy en medio de esto porque quiero saber qué está pasando,” replicó, luchando por mantener la calma. Pero algo dentro de mí está roto, el miedo se cuela, y la adrenalina me invade.

Luciano me mira, sus ojos oscuros y decididos. “El tirador está cerca. Y tú... tú estás metida en algo más grande de lo que imaginas.”

No puedo evitarlo, el miedo se mezcla con algo más en su voz, algo que no puedo identificar, pero que me hace sentir como si fuera la primera vez que realmente escucho su tono. Algo ha cambiado. Estoy involucrada en algo que va más allá de mí misma, y no puedo salir de él.

“Debes irte, Bianca,” me dice, con una dureza en la voz que me estremece.

“¿Irme? ¿Estás diciendo que me aleje de todo esto? ¡Esto es mi vida también!” le respondo con furia. No puedo dejarlo así. El miedo y la ira se combinan, y no puedo evitarlo.

Luciano da un paso hacia mí, su expresión inexpresiva. “Lo que te está pasando ahora es mucho más grande que tú. Y si te quedas aquí, te arriesgas a perder más de lo que piensas.”

Lo miro intensamente, y por primera vez desde que lo conocí, veo la preocupación genuina en sus ojos. Ese momento de vulnerabilidad en su mirada me hace tambalear, pero no puedo darme el lujo de perder el control ahora.

“Y qué pasa si no te escucho?” le desafío, sabiendo que es una apuesta peligrosa, pero siento que la tensión entre nosotros está a punto de explotar.

“Entonces verás lo que pasa,” responde en voz baja.

Y, de repente, la tensión entre nosotros estalla. No hay espacio para más palabras. Me lanza contra la pared cercana, sus labios cubriendo los míos en un beso salvaje. El contacto es inmediato, feroz, sin ninguna advertencia. La química que hemos tenido desde el principio ahora se convierte en algo mucho más peligroso. El beso se intensifica rápidamente, y mi cuerpo responde sin control.

El mundo desaparece por un momento. Solo existimos él y yo. Las manos de Luciano se mueven con firmeza por mi cuerpo, mientras yo respondo con igual intensidad, atrapada en este torrente de deseo.

Es una locura, lo sé. Pero no puedo detenerme. El deseo arde dentro de mí, y todo lo que quiero es estar más cerca de él. El calor de su cuerpo me envuelve, y la mezcla de la adrenalina y el deseo hace que mis sentidos estén al borde.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos respirando con dificultad. Nuestros cuerpos aún se tocan, y el aire entre nosotros está cargado de tensión.

“Bianca...” Luciano susurra, y puedo ver que está luchando por mantener el control. Pero yo también lo estoy.

La confusión llena mis pensamientos. ¿Qué acaba de pasar entre nosotros? ¿Qué

significa esto ahora?

Pero antes de que pueda hacer más preguntas, el sonido de los hombres se acerca nuevamente, y la realidad vuelve a golpearnos. Nos miramos el uno al otro, el silencio entre nosotros ahora mucho más pesado que antes.

El silencio no dura mucho. Los hombres comienzan a moverse nuevamente, el caos se desata alrededor de nosotros. Luciano me observa, su expresión ahora más tensa que nunca.

“Tenemos que irnos,” dice, y esta vez, su voz suena más firme que antes.

Me toma de la mano y me guía hacia el vehículo, sin dejar de mirar a su alrededor. La situación ha cambiado, la tensión ha aumentado, y aunque puedo sentir que la conexión entre nosotros sigue siendo fuerte, el peligro se cierne a nuestro alrededor. Algo más está pasando aquí, y no puedo evitar sentir que soy parte de algo mucho más grande de lo que puedo comprender.

Mientras montamos en la furgoneta, el silencio entre nosotros se hace pesado. El rostro de Luciano está endurecido, los músculos de su mandíbula tensos, como si estuviera preparado para enfrentar lo que sea que venga a continuación.

Cuando finalmente salimos del área de conflicto, un sentimiento de alivio me invade, pero no dura mucho. La tensión persiste, como una sombra al acecho, esperando el momento adecuado para manifestarse.

“¿Estás bien?” me pregunta Luciano, mirándome de reojo mientras conducimos.

Asiento, pero sé que no lo estoy. No completamente.

“No sé qué pensar de todo esto,” admito en voz baja, más para mí misma que para él. La confusión sigue siendo mi única compañera, y la mezcla de emociones dentro de mí se siente como una tormenta a punto de desbordarse.

“Es un caos. Pero lo manejamos,” dice él, con una tranquilidad que no puedo comprender del todo.

El viaje en silencio continúa, y por un momento, me permito cerrar los ojos, solo para recuperar el aliento. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero cuando llegamos al destino, el peso de todo lo que acaba de suceder sigue sobre mis hombros.

Luciano se detiene frente a la mansión, y en ese instante, todo lo que quiero es escapar, huir de todo esto, de este mundo lleno de peligros, de mentiras y violencia. Pero sé que no puedo. Estoy atrapada en él, como una marioneta sin cuerdas, pero con alguien más sosteniendo el control.

Me giro hacia él, mis palabras atascadas en mi garganta. Quiero decir algo, pero no sé qué.

“Gracias por protegerme,” murmuro finalmente.

Luciano me mira, sus ojos oscuros, impenetrables. No dice nada, pero su mirada me lo dice todo. Hay algo más aquí. Algo que aún no comprendo por completo.

“Ve adentro,” me dice, su voz baja, pero no la ignoro. Siento un nudo en mi estómago al escuchar sus palabras, como si lo que estamos haciendo ahora no fuera suficiente.

“Te veré más tarde,” murmura.

Asiento, y me dirijo hacia la puerta, mi mente aún procesando todo lo que acaba de suceder. ¿Qué significa esto entre nosotros? ¿Es solo un momento de tensión, o es algo más?

Entro en la mansión, dejando que la puerta se cierre tras de mí. Pero el eco de su voz aún resuena en mi cabeza, y sé que esta relación con Luciano, tan cargada de emociones, está lejos de terminar. Algo más está en juego. Y aunque intento negar la atracción, sé que no podré evitarlo mucho más tiempo.

Capítulo 8 - Luciano

"¡Corre! ¡O te mataré!"

La risa en las sombras me tiene acechando detrás de los árboles. Me devano los sesos, buscando un plan para escapar de esta situación.

"Corre, pequeño Luciano, o te atraparé", canta la voz, cada paso resuena con determinación de encontrarme.

Al calcular la distancia de las pisadas desde el otro lado de la habitación, sé que puedo correr varios pasos sin que me atrapen. Me pongo en marcha y me alejo. Mientras corro, me apresuro hacia la hierba alta y espesa. Desgarran mi torso desnudo y mis brazos. La sangre brota de mi carne abierta.

"No seas tan asustadizo, Luciano. Deja que esto sea divertido y valga la pena". La voz suena más cerca de mí que nunca.

"¡No!" Me vuelvo y las manos de Garrett García me alcanzan. Grito ante el impacto de sus manos contra mí y me hundo hacia atrás por un acantilado.

"¡No!"

Mi espalda golpea el suelo y me desmayo. Siento un dolor insoportable cuando la vida se escapa de mi cuerpo.

Me despierto y mi cuerpo está empapado de sudor. Me quedé dormido en el banco ubicado debajo del ciruelo en el huerto inmediatamente después de almorzar.

"¿Estás bien?" pregunta una voz familiar que ha estado en mi espacio desde hace un tiempo.

Bianca me saluda desde el lado del huerto destinado al cultivo de flores. Está vestida con un vestido amarillo que le llega hasta los tobillos. Sus tobillos están rodeados por pequeñas tobilleras doradas y brillantes.

"Hola."

"¿Puedo sentarme?" pregunta, y me giro hacia la izquierda, dejando suficiente espacio para que ella se acomode.

Bianca mira al vacío. Noto que tiene algo de maquillaje. Destaca la suavidad de sus rasgos faciales.

"¿Vas a alguna parte?" pregunto.

Bianca me mira y se ríe ligeramente. "No es que me lo permitan."

"Has sido obediente hasta ahora. Creo que tu padre podrá otorgarte el pase para ir a donde quieras".

Ella se encoge de hombros. "Tal vez. Pero tengo otras cosas que me gustaría

probar. Y no necesito estar al aire libre. Bueno, el huerto es suficiente para exteriores".

"¿En realidad?" Arqueo la ceja. "¿Y qué quieres hacer?"

"El hobby del que te hablé."

"¡Sí! Tu arte, ¿verdad?"

Blanca sonríe. "Sí. Quiero crear diferentes piezas y ver qué puedo crear y compartir".

"Esa es una gran idea". Antes de empezar a hablar, no sabía que Bianca tenía otros intereses. Para ser honesto, no sabía nada sobre ella. Ama el arte y tiene experiencia en el cultivo de plantas. Ella plantó todas las flores y frutos aquí. Bianca quiere obtener un título en arte y ahora acaba de compartir sus planes de comenzar a pintar más hasta que la reconozcan. También quiere incursionar en ser artista digital. Brillante.

"Sí. No lo he compartido con mi padre, pero realmente espero que él lo respalde".

Me froto la cara con la palma de la mano. "¿A quién le importa lo que piensen los demás? Creo que deberías hacer lo que quieras. Apunta al futuro y serás dueño de él".

Ella me lanza una larga mirada. "Gracias."

El silencio se extiende entre nosotros y ella lo rompe acercándose a mí y empujándose con el hombro.

"Entonces, dime."

"¿Decírtelo?" La confusión está visiblemente grabada en mi rostro.

"¿Sí? Tuviste un mal sueño, ¿no?"

Empiezo a negarlo, pero ella coloca sus manos cuidadosamente cuidadas sobre las mías. Sus uñas están pintadas de verde, su color favorito.

"Te estuve observando durante unos minutos, ¿sabes? No quería despertarte. Estaba a punto de darme la vuelta cuando te vi temblar y luego despertarte, sudando profusamente".

"Oh."

"Sí." Ella me mira expectante.

Lanzo un suspiro. "Estoy acostumbrado a tener pesadillas cuando me acuesto por la noche. Son las del día las que me molestan".

"¿Por cuánto tiempo?" pregunta suavemente, acariciando mi pulgar con su dedo.

"¿Semanas? ¿Meses? No estoy muy seguro".

No estoy listo para descargar el peso de mi trauma sobre Bianca y, lo más importante, no estoy listo para abrirme con nadie. De hecho, es posible que nunca llegue a hacerlo. ¿Cómo le digo a Bianca que la persona que ronda mi existencia diaria es la misma que está en contra de su reinado y también la que me crió?

"¿No quieres hablar de eso?"

Sacudo la cabeza. "¿Honestamente? No. Pero el sueño es simplemente que yo corra por mi vida".

Bianca suspira. "Lo siento. Todo está muy tenso en este momento. Padre recibió un mensaje de los Hulks, algo sobre la pérdida de una fracción de su casino por un incendio. Me pregunto quién iluminó el lugar y si serán detenidos".

"Oh, eso." Me alegro que me hayan quitado el tema. "Es cierto. Algunos de nuestros informantes están investigando en busca de detalles. Pero todos sabemos que son los García, ¿verdad?"

En una reunión con algunos de nuestros aliados, discutimos el incidente del incendio. El fuego es cosa de los García. Lo confirmé en la reunión y hasta don Moretti me hizo esperar para discutirlo. La familia González y los matones de Springfield cerrarán todas las operaciones del casino hasta nuevo aviso. No pueden arriesgarse a perder ni un centavo más. Eso es malo para el negocio de los casinos en general.

"Sí. Es triste que todo esto esté sucediendo por mi culpa".

Es mi turno de aferrarme a ella. Le aprieto el hombro para tranquilizarla. "No cargues con todo eso. No es bueno para tu belleza".

"¿De verdad crees que soy hermosa?"

"Sí. Eso fue un cumplido, y lo digo en serio en cada palabra".

El tiempo se detiene y todo lo demás se desvanece en un segundo plano mientras tomo el rostro de Bianca entre mis manos. Paso mi pulgar derecho por su barbilla y lentamente bajo por su cuello. Su respiración se entrecorta y aprovecho el momento para inclinarme para darle un beso. Nuestros labios chocan con mucha más suavidad que la fuerza de nuestros deseos. Lentamente acerco su labio inferior entre mis labios. Pero la ferocidad de la pasión de Bianca supera la mía cuando empuja su lengua dentro de mi boca y rodea mi cuello con su mano. Siento un revuelo en mis pantalones ante el impacto del toque de Bianca.

"Bianca", gemí fuertemente en su boca.

Ella toca mi hombro hasta que fuerzo mis ojos a abrir. Bajo sus finas pestañas, me mira y su mirada está vidriosa de lujuria. "Salgamos de aquí antes de que alguien nos atrape", gruñe, mordiéndose con fuerza el labio inferior para enmascarar su anhelo.

Recupero mis sentidos y me alejo más, mirando a nuestro alrededor para ver si alguien nos ha visto besándonos y tocándonos. Empiezo a castigarme por haber perdido el control y actuar como lo acabo de hacer bajo la atenta mirada de mis colegas en el jardín de mi jefe. Qué absoluta falta de respeto.

"No." Bianca mueve su dedo delante de mis ojos. "No vas a empezar a tener algo de conciencia mientras me tienes toda excitada, mojada y necesitada".

"Pero-"

"Sin peros, señor Luciano." Bianca se pone de pie. "Vamos a subirnos a tu camioneta y conducir hasta tu habitación. Allí mismo, me quitarás este vestido del cuerpo y me harás el dulce amor".

Parpadeo dos veces y su voz envía señales a mi pene en lugar de a mi cerebro. Asiento, agarro mis llaves y camino rápidamente hacia mi camioneta, Bianca me sigue de cerca. Hago un débil esfuerzo por buscar a alguien alrededor, y luego me viene a la cabeza que los muchachos están haciendo un recado para asegurar nuestras unidades de casino.

"No hay nadie alrededor", anuncio mientras Bianca se sube a la camioneta.

Ella asiente y su cabello cae sobre su rostro. Paso mis manos entre sus cabellos y las meto detrás de sus orejas nuevamente, con una sonrisa jugando en mis labios.

"Lo sé", añade. "¿Por qué si no crees que estaría besándote justo en el jardín de Papi? Si no estuvieran afuera, ambos ya estaríamos locos porque alguien nos habría delatado".

Pongo gasolina y empiezo a conducir hacia mi habitación. Está en una cuadra completamente diferente de la zona principal, más cerca de la mansión y un poco lejos de las puertas. El edificio está ubicado justo entre la entrada y el castillo del jefe para que pueda asegurarlo de manera segura.

Los dedos de Bianca se mueven en círculos a lo largo de mis muslos, subiendo calculadoramente por mis piernas. Coloco una mano sobre la de ella y la coloco sobre la tienda formada sobre mi entrepierna. Mi respiración se detiene mientras ella masajea mi longitud suavemente.

"Tranquilo, Luciano." Ella sonríe.

Apenas llegamos a mi habitación cuando nos arrancamos la ropa del cuerpo. Levanto a Bianca del suelo y la meto en la cama. Su cuerpo está desnudo a excepción de sus bragas y sujetador de encaje negro. El sujetador es transparente y las puntas rosadas de sus pezones amenazan con sobresalir del endeble material de encaje. Vuelvo a capturar sus labios en los míos, besando lentamente su cuello. Ella se estremece mientras sigo siguiendo los besos desde su clavícula hasta su pecho, su estómago y la parte interna de sus muslos.

"Simplemente acuéstate ahí. Déjame cuidar de ti". La empujo hacia atrás sobre la cama cuando intenta mirarme.

Sus piernas son largas y tonificadas. Paso mi palma contra ellos, derramando besos en la parte interna de sus muslos y sus pies.

"¡Detente!" Bianca se ríe cuando le hago cosquillas debajo de los pies.

Reclamo sus labios de nuevo y ella me pone encima de ella, con sus manos entrelazadas con fuerza a mi alrededor. Ella tira de mis calzoncillos y los tiro a un lado.

"¿Estás listo?"

"Si tengo que esperar un minuto más, me voy a volver loca".

"Bueno." Me río ligeramente. "Hagamos esto entonces."

Ella me sonríe y, en ese momento, el mundo se paraliza. Su belleza es cautivadora, casi de otro mundo, y siento que mi corazón salta de alegría, el ritmo se acelera al verla. Tiene las mejillas sonrojadas, los labios ligeramente entreabiertos y, cuando la atraigo hacia mis brazos, su cuerpo irradia calor contra el mío, un calor que despierta algo primitivo dentro de mí. La sangre corre por mis venas, cada sentido se intensifica al sentirla tan cerca, su presencia envolviéndome.

Los brazos de Bianca serpentean alrededor de mi cuello, sus dedos se enroscan en mi cabello, tirando de mí hacia abajo hasta que nuestros labios se rozan, suaves al principio, una danza provocativa de calidez y tentación. Un zumbido bajo vibra en su garganta mientras le devuelvo el beso, lento y deliberado, saboreando su sabor, la forma en que su cuerpo se inclina hacia el mío como si ya se estuviera rindiendo.

Pero la ternura no dura. Una necesidad, cruda y eléctrica, chispea entre nosotros y se enciende como una mecha. Nuestros labios chocan, las bocas se abren, las lenguas se encuentran en un acalorado duelo. Ella gime contra mí y el sonido es como gasolina para el fuego. Inclino su cabeza, profundizando el beso, bebiendo cada jadeo, cada respuesta ansiosa que me da. Mis manos encuentran su cintura, mis dedos presionan sus curvas, trazando el cuerpo que ya me está volviendo loca.

Bianca rompe el beso, con la respiración entrecortada y los labios hinchados y brillantes. Su mirada, oscura por el hambre, me inmoviliza antes de tirar de mí hacia abajo de nuevo, su lengua deslizándose dentro de mi boca con urgencia desenfundada. Sus manos se deslizan debajo de mi camisa, sus uñas rozan mi piel, dejando un rastro de calor a su paso. Ella no es tímida. Ella sabe exactamente lo que quiere, y la forma en que sus dedos me exploran, son audaces, exigente, ella me pone los nervios a fuego.

Ella empuja su pecho contra mí, sus senos se amoldan perfectamente a mi torso y mis manos se mueven instintivamente para acunarlos. Su respiración se entrecorta mientras aprieto, sintiendo los picos endurecidos presionando a través del fino encaje de su sujetador. Paso mis pulgares sobre ellos, provocando, dando vueltas, observando la forma en que sus labios se abren en un sonido suave y desesperado.

"Luciano", susurra, casi suplicando.

Esa palabra envía un agudo pulso de deseo a través de mí. La empujo hacia atrás contra el colchón, moviéndome entre sus muslos separados, dejándola sentir el efecto completo de lo que me está haciendo. Sus dedos se aferran a mis hombros, acercándose increíblemente mientras inclino mi cabeza hacia la curva de su cuello. Beso hacia abajo, arrastrando mi lengua a lo largo de la piel sensible hasta llegar a la hinchazón de sus senos.

Bianca se arquea hacia mí mientras le bajo el vestido, exponiendo más de ella hasta que el encaje negro de su sujetador es la única barrera entre nosotros. Paso mis dedos a lo largo del borde de la tela antes de retirarla, mi boca reemplaza mis manos mientras tomo su pezón endurecido entre mis labios. Ella grita, su espalda se levanta de la cama mientras yo chupo suavemente, moviendo mi lengua contra ella, provocándola, hasta que se retuerce debajo de mí.

Sus manos recorren mi cuerpo, frenéticas y buscando. Encuentra la cinturilla de mis pantalones y, con un tirón desesperado, los baja. Gimo contra su piel mientras ella envuelve sus dedos alrededor de mi longitud, su agarre firme, confiado, acariciándome con movimientos lentos y tortuosos.

"Bianca", gruñí contra su pecho, mis caderas se sacudieron con su toque.

Ella sonríe, con un brillo malvado en sus ojos. "Me gusta cuando dices mi nombre así".

Levanto la cabeza y mi boca choca contra la de ella una vez más. Nuestros cuerpos están tan apretados que es imposible saber dónde termina uno y comienza el otro. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, su calor presiona contra mi dolorida longitud y, por un momento, nos quedamos así: respirando con dificultad, los cuerpos temblando, la anticipación espesa entre nosotros.

Y luego inclina sus caderas, guiándome exactamente hacia donde quiere que esté.

"Luciano", murmura, con la voz llena de necesidad.

Avanzo, centímetro a centímetro, hundiéndome en su calor, y el mundo se desvanece hasta convertirse en nada más que Bianca: su aroma, su calidez, la forma en que jadea cuando la lleno por completo.

Un gemido estrangulado retumba desde lo más profundo de mi pecho mientras me hundo completamente en ella, la sensación es casi excesiva: apretada, caliente, insoportable en el mejor de los casos. Bianca se aferra a mí, sus uñas se clavan en mi espalda y sus piernas se cierran alrededor de mi cintura como si tuviera miedo de que pudiera alejarme. Como si alguna vez pudiera hacerlo.

Su aliento es cálido contra mi oído, su voz es una súplica en voz baja. "Muévete, Luciano."

Retrocedo, lenta y deliberadamente, disfrutando de la forma en que ella se estira a mi alrededor, la forma en que su cuerpo tiembla cuando la lleno de nuevo. Su espalda se arquea, sus caderas se elevan para encontrarse con las mías, desesperada por más. Se lo doy, encontrando un ritmo que la hace jadear y gemir, sus manos deslizándose sobre mis hombros, mis brazos, mi pecho, como si quisiera memorizar cada centímetro de mí.

"Dios, te siento..." Sus palabras se disuelven en un gemido entrecortado mientras empujo más profundamente, moviendo mis caderas a la perfección.

Sonríó y agacho la cabeza para presionar mis labios contra la columna de su garganta. "Dime, Bianca. Dime lo bien que se siente".

Ella se estremece debajo de mí, sus manos se enredan en mi cabello mientras inclina su cabeza hacia atrás, exponiendo más parte de su cuello a mi boca. "Qué bien", jadea, su voz se quiebra en un gemido. "Te sientes... perfecto."

Esa palabra suelta algo primitivo dentro de mí. Agarro sus caderas, manteniéndola firme mientras me muevo más rápido, más fuerte, nuestros cuerpos chocan en un ritmo acalorado y desesperado. Ella coincide conmigo, sus muslos se aprietan a mi alrededor y sus uñas recorren mi espalda. Cada vez que me hundo en ella, su cuerpo se aprieta a mi alrededor, arrastrándome más profundamente hacia el tipo de placer que roza el dolor.

"Luciano", jadea, con la cabeza cayendo hacia atrás contra el colchón, los ojos nublados y los labios entreabiertos.

"Eso es, preciosa", gemí, mis dientes rasparon su mandíbula y mis manos la agarraron con más fuerza. "Suéltate".

Ya está tan cerca que puedo sentirlo: la forma en que su cuerpo se tensa, la forma en que su respiración se vuelve corta y desigual. Inclino mis caderas justo, mi mano se desliza entre nosotros y mis dedos encuentran ese punto sensible. En el momento en que lo acaricio, Bianca grita, todo su cuerpo se tensa debajo de mí antes de romperse y su liberación la golpea en oleadas.

El sonido de sus gemidos, la forma en que su cuerpo se aprieta a mi alrededor cuando se deshace, me hace dar vueltas. Con un último empujón profundo, me pierdo en ella y mi liberación se estrella sobre mí como un maremoto. Un gemido gutural sale de mi garganta mientras me entierro dentro de ella, mi cuerpo tiembla por la fuerza.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se mueve. Simplemente respiramos, enredados después, con nuestros corazones latiendo en sincronía. Le doy un beso en el costado del cuello y luego otro en el hombro, sin querer romper la conexión todavía.

Bianca exhala un suspiro tembloroso y sus dedos trazan patrones perezosos por mi espalda. "Guau."

Me río entre dientes y mi frente cae contra la de ella. "Sí."

Ella levanta la barbilla y roza sus labios contra los míos en un beso lento y prolongado. "Deberíamos hacer esto más a menudo".

Sonrío, apartando un mechón de cabello húmedo de su cara. "Oh, lo haremos."

Ella tararea, acurrucándose más cerca, su cuerpo aún cálido y suave debajo del mío. "Bien."

Por un tiempo, nos quedamos ahí tumbados, con su cabeza apoyada en mi pecho y mis dedos recorriendo ociosamente su cabello. El mundo exterior no existe: solo la tranquilidad entre nosotros, el calor compartido de nuestros cuerpos, la promesa tácita que persiste en el aire.

Y por primera vez en mucho tiempo no me siento solo.

CAPÍTULO 9 – Bianca

"¡Señorita Bianca!" Una voz fuerte me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad.

Mi rostro se enrojeció al pensar en los chupetones en el interior de mis muslos. Me tapo la cara con la palma de la mano, respiro hondo y pongo una expresión seria para hablar con María, la jefa de las criadas.

"¿Sí, María? ¿Puedes repetir, por favor?"

"Claro, señorita." María me mira con preocupación. "¿Está usted bien, señorita?"

En defensa, respondo: "Estoy bien, ¿por qué?"

"Hay fiebre del heno rondando. Quiero asegurarme de que no la haya pillado." La criada se acerca un poco más, poniéndome el dorso de la mano en el cuello. "Su temperatura es normal. ¿Y el color de su rostro?"

"Oh, nada. ¿Qué decías, María?"

"¿Le gustaría unos panqueques para el desayuno? El señor Moretti pidió algunos y hice de más, por si acaso."

Asiento con gusto. "Sí, por favor. Y mucha miel de maple también."

Dejo la sala de estar y voy saltando hacia el comedor. La enorme mesa de caoba marrón oscuro se extiende de un extremo al otro de la habitación, con muchas sillas alineadas en cada extremo. Mi padre no era de conformarse con diseños minimalistas. Siempre supo que seguiríamos siendo una familia de dos, pero aún así compró un comedor enorme. Rara vez comemos allí, y solo está sin polvo gracias a las limpiadoras.

"¿Quieres comer aquí?" Una de las criadas más jóvenes pregunta, con la boca abierta.

"¡Sí! Deberías unirte." Le hago una seña. "Y tú también." Señalo a la otra que recuerdo haber hablado de mí en la cocina el otro día.

"Oh, no. No pueden." María las aleja con un gesto de la mano.

Las chicas se alejan rápidamente, con una expresión de decepción en sus rostros.

"Entonces te quedarás tú," le digo a María mientras me sirve el desayuno justo frente a mí.

"Oh." Sin discutir, María se sienta en la silla junto a mí. Sus manos están cruzadas frente a ella mientras como.

"¿Te unes?" Le ofrezco.

María sonríe cálidamente. "Estás feliz hoy. Hace tiempo que no veo tu sonrisa brillar como el sol."

"Supongo que sí." No lo niego, pero no digo nada más.

Una vez más, desearía tener una amiga con quien desahogarme sobre lo que pasó, alguien con quien hablar de mis travesuras en las sábanas de Luciano el día y la noche anteriores. ¿A quién le podría contar que tuve sexo increíble con mi guardaespaldas y que tal vez estoy realmente enamorada?

"Puedes contármelo." Ella asiente con ánimo. "Me aseguraré de que tengas esa experiencia una y otra vez. ¿Fue por la comida? ¿Un programa de televisión?"

Definitivamente no puedo contarle a María.

"Oh, María. Solo estoy agradecida por la vida y sus maravillosos regalos diarios," respondo, conteniendo la risa.

"Eso está bien." María se levanta de su asiento. "Tengo que irme ahora a terminar algunos quehaceres. Espero que disfrutes tu desayuno."

"Sí, lo haré. Que Dios te bendiga, María."

"Y a ti también, señorita. Llama a las chicas si necesitas algo."

Las zapatillas de María hacen un sonido suave sobre la lujosa alfombra árabe que cubre el suelo de la casa de un rincón a otro.

"Me gusta cuando haces eso..."

La voz profunda de Luciano resuena en mi cabeza y me pregunto qué estará haciendo en este momento. ¿Estará tomando una ducha y frotándose esas grandes manos fuertes sobre su pecho y bajando hacia su abdomen? ¿O estará atendiendo a los caballos, con sus antebrazos rasgando la camisa con cada movimiento que hace? ¿O tal vez estará pensando en mí ahora mismo?

"¿Bianca?"

Dejo de lado mis ensoñaciones y veo al hombre de mis sueños justo frente a mí. Sí, sus brazos y su pecho ancho son evidentes a través de su camiseta sin mangas.

"Joder." Silbo.

La expresión seria de Luciano se transforma en una sonrisa amplia. Sus dientes brillan mientras sonríe de manera contagiosa.

"Sabes que no puedes estar haciendo eso con toda esta gente aquí." Sonríe.

Le guiño un ojo. "No soy yo la que anda por ahí con una camiseta sexy."

"Culpable." Levanta los brazos en una falsa rendición.

"¿Por qué estás aquí?" Inclino la cabeza hacia un lado, con un trozo de panqueque colgando de mi tenedor.

"Trámites. Evaluación de propiedades con el jefe también."

"Está bien. ¿Tendremos tiempo para continuar mi entrenamiento personal?"

"Claro. Necesitas descansar, ya que estuviste despierta toda la noche. Continuaremos mañana."

"¿Y el otro entrenamiento especial que ocurre a puertas cerradas?" Le guiño nuevamente.

Luciano levanta la ceja izquierda. "¿Hablas en serio?"

"Por supuesto. Pero debería dormir un poco." Me levanto de la mesa, estirando mi dedo meñique para coger algo de miel de maple.

"Sí. Te revisaré más tarde durante el día."

Me detengo junto a él, nuestros brazos se tocan. "Será mejor que sí."

Con eso, unto la miel de maple en su mejilla y luego me acerco para lamerla. Él huele mi aroma ruidosamente, y su respiración se detiene.

"Bianca," susurra.

"Que tengas un buen día."

Cuando intenta inclinarse hacia mi cuerpo, me escabullo y camino rápidamente hacia mi habitación. Echo un vistazo atrás y él sigue allí, intentando ajustarse los pantalones.

"Está bien, Bianca." Su voz retumba mientras cierro la puerta detrás de mí.

Me dejo caer sobre mi cama. Mis piernas cuelgan del borde y me río como una niña. Una cosa que sé de mí es que, incluso cuando siento que el amor se está infiltrando, no huyo. Lo abrazo, y en este momento, me he enamorado perdidamente de Luciano. Aparece un mensaje en mi teléfono, y lo agarro con entusiasmo, esperando que sea de Luciano.

"¿Qué tal? Ha pasado mucho desde que hablamos."

Es un mensaje de Little. Ha pasado una semana desde nuestra última conversación.

"Lo siento. Ocupado con este asunto del entrenamiento. ¿Y tú?"

"Oh, escuché sobre todo eso. Bastante bien."

Recuerdo nuestra conversación junto al lago sobre la necesidad de que tomemos en serio nuestra amistad. Little obviamente no está en buenos términos con su familia y debería estar abriéndose a alguien. Quiero estar allí para él, como él siempre lo está para mí.

"¿Quieres salir? ¿Hacemos un recorrido?"

"¿Tu padre consentirá eso?"

“Claro. Eres tú.”

Después de una breve conversación con mi padre y Luciano, nos otorgan el permiso para hacer el recorrido, pero Héctor irá conduciendo detrás de nosotros, y dos guardias más estarán al frente. Esta vez, mi padre nos deja llevar su Mustang.

"¡No lo puedo creer!" Little grita de emoción. Da vueltas alrededor del coche, admirando el vehículo amarillo. "Es hermoso."

Estoy de acuerdo. "Lo es."

Espero a que Little suba antes de hacerlo yo, y luego le hago una señal a Héctor con una mano para que sepa que estamos listos para partir.

"Está bien, Sonic. Suave con la velocidad," responde Héctor, acelerando su propio camión.

Héctor me enseñó a conducir cuando tenía solo 14 años. Me quejé de estar aburrida una noche, así que me lanzó las llaves de su coche, y así fue como aprendí. Siempre bromea sobre lo rápido que conduzco.

"¿Cómo estás en realidad, Little? Me preocupa." No dudo en lanzar la pregunta al aire.

El rostro de Little se arruga en falsa confusión. "No te entiendo, B."

Pongo los ojos en blanco. "No tienes que esconder cómo te sientes conmigo. Sé que algo pasa."

Little lo niega, sacude la cabeza y mira hacia otro lado, fuera de la ventana. "Estoy perfectamente bien, Bianca. Puede que haya estado metido en algunas actividades peligrosas últimamente, pero ¿no todos lo estamos?"

"¿Entonces es por el trabajo?"

Little aprieta los labios con fuerza. Lo miro por un momento y parece estar conteniéndose para no decir más de lo que debería. "En su mayoría."

"¿Y tu padre? ¿Tus hermanos?"

"Ya sabes cómo me ven y qué piensan de mí." Reclina el asiento hacia atrás y se relaja.

Suspiré. "Sí." Extiendo mi mano hacia la suya para apretarla, pero él se estremece al tocarla y yo retrocedo.

"Estoy cansado de tener que probarles mi valía y mi fuerza a cada paso. Incluso mamá, que siempre estuvo de mi lado, ha comenzado a insinuar que tengo que madurar."

Entre los Moretti, la jerarquía juega un papel importante a la hora de ganarse el respeto. Todos los hermanos de Little son hombres fuertes y corpulentos que ahora están a cargo de fortalezas en diferentes partes de la ciudad y muchos estados más allá.

Su padre es un general en Luisiana, y su madre se encarga del mantenimiento del transporte. Little, por otro lado, tiene otros intereses en la vida. Solo quiere hacer algo completamente diferente y convertirse en músico, pero su familia no le deja opción. Para empeorar las cosas, la apariencia de Little es lo que le valió su apodo. Hablé con mi padre sobre el interés de Little en la música, pero en palabras de él, "No puedo dictar cómo un hombre elige dirigir su familia."

"No deberías vivir su vida. Tienes derecho a querer algo diferente."

Little se burla. "Ahí vas con tus charlas motivacionales. Tú también te conformas. Si no, ¿por qué no estás en la escuela de arte y por qué te estás sometiendo a la tutela de ese hombre?"

El cambio en el tono de Little me inquieta. "No te entiendo. Yo hago lo que papá quiere para ser lo suficientemente fuerte para heredar su legado. Y cuando lo haga, cambiaré muchas cosas. Chicos como tú irán a la escuela antes de que se vean obligados a unirse a la mafia. Ya sabes cuáles son mis planes, siempre hablamos de eso."

"Noticias de última hora, ya somos adultos, B. Puedes engañarte pensando que eso va a funcionar, pero no lo hará. La vida no es una película, y tú no eres la guionista," Little dice con rabia.

"¡Little!"

"¿Es por eso que andas con Luciano? ¿Crees que es una buena persona que te ayudará a ser mejor?"

Freno el coche de golpe. "¿Qué tiene que ver Luciano con nuestra conversación?"

"Te aseguro que no es más que un espía que está haciendo el mal. Lo único que hace es meterse en tu vida todo el día para lograr sus fines."

"Eso no es cierto, Little. Quiero que te retractes de inmediato."

"¡No! Cada palabra que dije es cierta. Deberías tener cuidado con un hombre que comparte la misma sangre que el enemigo."

"Si sabías todo esto, ¿por qué no me lo dijiste antes?"

Little baja la voz. "Porque la gente pronto lo sabrá. Pregúntale a tu querido Luciano sobre su linaje, ¿lo harás?"

"¿Estás celoso de Luciano?"

Él se ríe amargamente. "Ni en este mundo ni en el próximo."

Me cuesta comprender las acciones de Little. ¿Será la sobre familiaridad la razón por la que decidió hablarme de esta manera tan condescendiente? La rabia explota en mis venas.

"¡Bájate!" Le grito.

Sin discutir, Little se sienta y abandona el coche. Antes de cerrar la puerta, susurra: "Pregúntale sobre Garrett Garcia."

Desestimando sus palabras, arranco el coche y me voy a toda velocidad, dejándolo en medio de la nada. Estoy segura de que Héctor lo recogerá.

CAPÍTULO 10 – Luciano

Ha pasado un mes desde que Bianca y yo empezamos a vernos. Con cada día que pasa, compartir el mismo espacio ha sellado nuestro vínculo aún más. Y lo hemos logrado sin esfuerzo, ya que todos en el Castillo creen que debemos estar siempre juntos porque soy su guardaespaldas personal. Sus movimientos son perfectos, conoce al detalle el suministro de municiones y propone planes alternativos que el equipo suele acatar. Apenas hay reportes de ataques, y nuestro mundo ha recuperado la estabilidad.

La cara de Don Moretti se ilumina cada vez que le llevo buenos informes sobre Bianca. Sus breves sonrisas son la única prueba de que sigue con vida—su salud sigue deteriorándose.

"¡Luciano!" Héctor me llama mientras afilo dos nuevas dagas.

"¡Señor!" Me levanto de inmediato para reconocer su presencia.

"¿Cómo va todo con Bianca?"

Nunca le he dado reportes a Héctor sobre Bianca. Sin embargo, no es extraño que quiera saber sobre el progreso de su ahijada. Después de todo, pronto será su segundo al mando y su aliado más confiable.

"Va muy bien, señor. Me asombran sus habilidades de tiro."

Héctor se masajea las sienes. "No me sorprendería si fuera tú. El Don mismo le enseñó a disparar, y yo perfeccioné sus habilidades. Mucho antes de que llegaras, solíamos hacer competencias de tiro cada dos meses aquí mismo, en el complejo."

"¡Vaya!", exclamo, girando una de las dagas en mi mano. "Pensaba darle esto y enseñarle algunas lecciones de lanzamiento de cuchillos. Sé que ya tiene uno."

"Es una gran idea," comenta Héctor. "El jefe nos ha llamado para reunirnos al mediodía. Mantente ocupado hasta entonces." Dicho esto, se aleja.

Que no haya ataques de los rivales no significa que podamos descansar.

La reunión con Don Moretti es a puerta cerrada entre los tres. Actualmente, estamos diseñando nuestra estrategia final de ataque para hacer que los Garretts dejen de creer que tienen la ventaja. Aunque las alianzas siguen siendo frágiles, el 80% de nuestros aliados aún están de nuestro lado. Esta noche, abriremos el expediente de los Garcías. Un escalofrío recorre mi espalda al recordar ese nombre y todo el terror y tormento que lo acompaña.

Antes de la reunión, tengo una tarea importante por delante. Continúo afilando las hojas de las dagas.

Una sombra se proyecta sobre mí y una voz dice: "¡Boom! Te asusté, ¿verdad?" Bianca me pregunta, su voz es música para mis oídos.

"No, no lo hiciste. Puedo olerte a un kilómetro de distancia."

Bianca hace un puchero. "Te atraparé la próxima vez."

"Me encantaría ver cómo lo intentas." Limpio las hojas y las guardo en sus fundas.

Bianca se sienta a mi lado, pero mantiene sus brazos escondidos detrás de su espalda.

"¿Qué es eso?" Preguntamos al mismo tiempo.

Me río. "Tú primero."

"¿Las dagas?"

Se las entrego. "Son tuyas. Recuerdo esa excusa de cuchillo que estabas usando el otro día. Quería conseguirte algo mejor."

Bianca las observa con admiración sin tomarlas. "Eso es muy considerado de tu parte. Gracias."

"Tómalas." Empujo las fundas hacia ella. "Quiero enseñarte el arte del empalamiento, pero con dos cuchillos."

"¿Qué es eso?"

"Básicamente, cómo lanzar cuchillos," le explico, y su rostro se ilumina.

"Genial. Supongo que esta mañana es un día de regalos para los dos." Su sonrisa es contagiosa.

Intento mirar detrás de su espalda, pero se aleja más, bloqueando mi vista. "¿Tienes algo para mí?"

Asiente. "Sí."

"¿Puedo verlo?" Mi corazón late con fuerza en mi pecho cuando Bianca me entrega un lienzo pintado.

"Bueno, cuando hablamos hace dos semanas, mencionaste que tuviste un caniche de mascota cuando eras niño. Jaz, dijiste. Me contaste cuánto odiabas el nombre, pero amabas al perro."

"Sí." Asiento, conteniendo las lágrimas que amenazan con brotar en las esquinas de mis ojos.

Justo frente a mí está la réplica exacta de Jaz, desde su esponjoso pelaje marrón hasta la placa con su nombre alrededor del cuello. Paso el pulgar sobre la pintura y soy transportado a los recuerdos de cuando vivía en nuestra pequeña casa y jugaba a las atrapadas con Jaz y mi hermana. La vida en aquel entonces tenía sentido y valía la pena.

"¡Vaya!" exclamo al notar lo detallada que es la pintura. Jaz tiene el mismo frisbee azul pálido que le describí a Bianca en su boca. "Muchas gracias. Acabas de desbloquear un recuerdo esencial para mí."

"De nada, Luciano. Me gusta ver el mundo a través de tus ojos, me sirve de inspiración."

Bianca finalmente toma las dagas, y ambos nos quedamos en silencio, admirando nuestros regalos.

Las primeras horas de la mañana pasan rápido, y pronto se acerca el mediodía. Exactamente diez minutos antes de las doce, me encuentro de pie fuera del estudio de Don Moretti, esperando ser llamado. María sale de la habitación con una bandeja de comida apenas tocada en sus manos.

"Te verá ahora, Luciano," anuncia con un tono triste que dice más que sus palabras.

"¿María?"

"El Don no ha estado comiendo. Me temo lo peor."

Le doy una palmada en el hombro. "Tú también deberías descansar un poco."

Golpeo la puerta brevemente antes de empujarla para abrir. Don Moretti está sentado en el mismo lugar de siempre cuando quiere reunirse con sus hombres. Su intento de sonrisa termina en una mueca torcida. Me acerco y me coloco a su lado.

"¿Recuerdas el primer día que te vi? Estabas lavando esas malditas llantas como si tu vida dependiera de ello," dice Don Moretti, rompiendo el silencio.

"Sí, señor."

"Lo que no sabía en ese momento era que toda tu existencia dependía de cuánto sacrificio personal podías soportar para ese hombre despreciable." Don sacude la cabeza. "Esa noche no pude dormir porque aparecías en mis sueños, hijo."

"Y luego volviste por mí."

El rostro del Don se ensombrece con un ceño fruncido. "No inmediatamente. No hasta muchos años después. Es un gran arrepentimiento para mí."

"Lo que importa es que lo hiciste, y siempre estaré agradecido por eso."

"Debería ser yo quien te lo agradezca. Si hubieras detonado esa bomba, no estaríamos vivos hoy."

Don Moretti levanta su mano derecha. La tomo y la estrechamos. Su mano tiembla en la mía.

"Tienes que cuidar de Bianca. Sigues siendo responsable de ella," añade con gravedad.

"Siempre a su servicio, señor. Siempre."

"Ahora siéntate. Héctor llegará para la reunión en cualquier momento."

Obedezco de inmediato, tomando asiento a la izquierda de Don Moretti. Unos

segundos después, Héctor entra y se acomoda en su silla habitual, a la derecha del Don.

"Bienvenido, señor," lo saludo.

"Hola, Luciano." Luego gira hacia el Don y hace una leve inclinación de cabeza.
"Don."

"Es un placer tenerlos aquí. Ambos han demostrado ser altamente eficientes al manejar los asuntos en mi ausencia... o debería decir, durante mi enfermedad," comienza Don Moretti.

"Sí, señor," respondemos al unísono.

"Héctor, ¿qué tienes para mí?"

Héctor toma el mapa enrollado en el centro de la mesa y lo extiende. "De las quince familias, doce han enviado sus votos de lealtad, aceptando a Bianca como su próxima matrona."

"Bien. Esas doce familias siempre han sido leales."

Héctor asiente. "Sí. Aun así, si no lanzamos un ataque contra las tres familias restantes, corremos el riesgo de que se unan a los García."

"Si puedo preguntar, señor, ¿qué les ofrece García a estas familias que nosotros no?"

Héctor duda, mirándose primero a mí y luego al Don.

"Habla, Héctor. Puedo soportarlo," lo presiona el Don.

"Independencia total. Libertad de unirse y generar las mismas ganancias que los García. Y, por último, no tener que pagar tributos en efectivo, favores o bienes."

"¡Maldita sea!" Don Moretti golpea la mesa con el puño.

Héctor y yo bajamos la cabeza en señal de respeto.

"Eso es un golpe de estado. Una rebelión," escupe el Don con furia.

Observo en silencio, absorbiendo las reacciones frente a mí. Evaluando lo que Héctor ha dicho, queda claro que García sabe muy bien cómo hacer promesas que nunca tiene intención de cumplir.

"Estás muy callado, Luciano," me dice Héctor con su mirada severa.

"Una ventaja que tenemos es que García nunca cumplirá esas promesas. Son nada más que palabras vacías. Sin embargo, nuestra mayor desventaja es que estas familias han caído en la trampa y harán cualquier cosa, incluso si eso significa eliminar a otras familias de la mafia del mapa."

El Don se remueve en su asiento. "Aparte de la defensa subterránea que hemos establecido alrededor del principal almacén de García y los hombres listos para hundir la flota de los Hermanos González, ¿qué otras medidas hemos tomado?"

"Hemos trasladado nuestras ganancias a la casa segura, tal como se ordenó. Los casinos ahora operan con seguridad reforzada por todas las familias. Finalmente, hemos abastecido a nuestros hombres con armamento de grado militar. En términos de números, no tienen oportunidad contra nosotros."

"Perfecto. ¿Y el envío de petróleo programado para hoy?"

Héctor interviene. "Está en curso en este momento."

Don Moretti parece absorto en sus pensamientos, y al levantar la mirada, parece que ha tenido una revelación.

"Waterboard. Aplicar el método de waterboard cuando muera."

Mi boca se abre de par en par. El método de waterboard no se ha implementado en muchos años. La última familia mafiosa que lo utilizó sufrió un revés catastrófico. Es una misión suicida, pero si se ejecuta con éxito, la victoria está asegurada. Cualquier otro plan ya no importa.

"Pero—"

"No hay peros, Héctor. Funcionará."

Don Moretti mueve su silla hacia la ventana, su lugar favorito con vista al lago.

"¿Por qué no estás en las plataformas petroleras, Héctor? Deberías estar al mando."

"Sí, Don. Pero me ordenaste quedarme para la reunión."

"Oh." Don Moretti se golpea la frente con los dedos. "He estado olvidando muchas cosas últimamente. ¿De verdad lo hice?"

"Justo cuando estábamos por partir," confirma Héctor.

"El lago está más azul de lo normal hoy, como si el cielo le hubiera dado un beso suave."

Cae en un profundo silencio, aún mirando por la ventana. Héctor y yo también guardamos silencio, dirigiendo nuestra atención al Don.

De repente, el teléfono en su mano suena con fuerza, interrumpiendo la calma en el estudio. Don deja que suene unos segundos antes de responder. Su teléfono está conectado a los altavoces para facilitarle atender llamadas.

Una voz desesperada grita a través de los parlantes.

"¡Ayúdenos, Don! ¡Sus hombres están muriendo en la plataforma! ¡Nos han saboteado! ¡Oh, joder!"

Después de eso, todo lo que se escucha es ruido. Parece que la persona que hablaba ha sido atacada.

Al salir del estado de shock en el que estamos, Héctor se pone de pie de un salto,

horrorizado. Yo lo sigo.

Don Moretti se queda petrificado en su asiento, incapaz de hablar.

Otra llamada entra inmediatamente después, y Don la responde sin dudar.

"La casa segura, jefe. Todas nuestras ganancias han desaparecido. Todos los hombres están muertos."

Hay un protocolo, y Don no debería estar recibiendo estas llamadas directamente.

"¡Mierda!" Héctor lanza un puñetazo contra la pared.

"¿Por qué está recibiendo estas llamadas directamente?" Es lo único que alcanzo a preguntar.

El teléfono se desliza de las manos de Don y cae al suelo. Un segundo después, él mismo se desploma contra la silla.

"¡Llama al 911, ahora!" grita Héctor mientras intentamos reanimarlo.

María y Bianca irrumpen en la habitación junto con los guardias.

El Castillo entero entra en un estado de caos mientras tratamos de buscar ayuda.

Tomo al Don en mis brazos, y Bianca se aferra a mi lado, sosteniendo a su padre.

Ella grita, "¡Papi!" una y otra vez, y con cada llamado, mi corazón se rompe un poco más por ella.

Bianca está destrozada, al igual que las más de 200 personas que viven bajo el mando de Don.

Nuestro mundo ya no está en equilibrio. Todo se está desmoronando.

El caos se apodera del Castillo.

Los guardias corren en todas direcciones, las órdenes se gritan por los pasillos y la desesperación se extiende como un incendio. Bianca se aferra al cuerpo de su padre, sollozando, mientras Héctor y yo tratamos de mantener el control de la situación.

"¡Muévanse, rápido!" ladra Héctor, su voz firme, pero teñida de angustia.

"¡Necesitamos una ambulancia ya!" grita María al teléfono, su voz entrecortada.

Sostengo a Don Moretti contra mi pecho, sintiendo el peso de su cuerpo desvaneciéndose poco a poco. Su respiración es débil, errática, y su piel está fría como el mármol. Bianca está histérica, aferrándose a su camisa con fuerza, como si pudiera impedir que se fuera.

"Papi, por favor... ¡Papi, aguanta!"

Mierda.

Este hombre es el único pilar que mantiene en pie todo lo que hemos construido.

No puede caer ahora. No así.

Las sirenas finalmente rompen el aire tenso, anunciando la llegada de la ambulancia. Dos paramédicos entran apresurados, y con la ayuda de Héctor y María, los escolto hasta el Don.

"¡Déjenlo en el suelo!" ordena uno de los paramédicos, preparando el equipo para estabilizarlo.

Lo recuesto con cuidado, y uno de ellos comienza a revisar sus signos vitales mientras el otro le aplica oxígeno.

"Pulso irregular. Está entrando en shock," murmura el paramédico.

Bianca se niega a soltar su mano.

"Señorita, necesitamos espacio para trabajar," le dice el paramédico con suavidad.

Ella niega con la cabeza, las lágrimas cayendo por sus mejillas.

"Bianca," murmuro, colocándole una mano en el hombro. "Déjalos ayudarlo."

Sus labios tiemblan, pero finalmente cede.

Los paramédicos lo suben a la camilla y lo trasladan rápidamente a la ambulancia. Bianca intenta seguirlos, pero Héctor la detiene con un brazo alrededor de sus hombros.

"Yo iré con él. Luciano, quédate aquí y encárgate de la seguridad," ordena Héctor, su tono firme, aunque su mirada traiciona la preocupación que intenta ocultar.

Solo puedo asentir mientras veo cómo Bianca lucha contra su agarre.

"¡No! ¡Quiero ir con mi padre!"

Héctor le agarra la cara entre las manos. "Lo harás, pero primero deja que los doctores lo estabilicen. No podemos perder la cabeza ahora, Bianca."

Ella se estremece, pero no lucha más.

La ambulancia se marcha con rapidez, llevándose al Don y a Héctor con ella.

María suspira con las manos en el pecho, como si intentara calmar su propio corazón acelerado.

"Luciano," dice con voz ronca. "Debemos reforzar la seguridad del Castillo. Si nos atacaron en los muelles y en la casa segura, no estamos a salvo aquí."

Maldición.

Ella tiene razón.

Bianca sigue temblando, con la mirada perdida en el suelo.

Coloco una mano en su espalda. "Voy a encargarme de esto. Lo prometo."

Sus ojos, aún llenos de lágrimas, se encuentran con los míos. Hay desesperación, miedo... pero también determinación.

"Voy contigo," murmura, limpiándose el rostro con las mangas.

No discuto.

La guerra ha comenzado.

Y esta vez, no pienso perder.

CAPÍTULO 11 - Bianca

"¡Papi!"

Sigo gritando mientras lo llevan a la Unidad de Cuidados Intensivos. Intento seguirlos, pero Héctor me sujeta, impidiéndome entrar. Las puertas se cierran frente a mí.

"Tienes que ser fuerte, Bianca. Necesitas ser fuerte por tu padre y por todos nosotros," susurra Héctor en mi oído, intentando calmarme.

Me guía hasta uno de los asientos y me dejo caer, con las manos entrelazadas sobre mis piernas. Se disculpa para ir al baño.

"Vuelvo enseguida."

"Hey."

Luciano se acerca. Estaba apoyado contra la pared mientras Héctor me hablaba. Se sienta a mi lado en silencio.

Entre lágrimas, consigo preguntar con voz ronca: "¿Qué pasó? ¿Qué provocó esto?"

Luciano entreabre los labios para responder, pero luego decide no hacerlo. "Habaremos mejor cuando hayas descansado, ¿sí?"

No insisto. En su lugar, cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la pared.

Estaba en mi habitación, preparando mi lienzo en el caballete, cuando la alarma de emergencia sonó en toda la casa. Se instaló cuando mi padre enfermó. Tiré el caballete a un lado y corrí fuera de mi cuarto hacia su estudio. No fui la primera en llegar, pero los demás se apartaron para dejarme pasar. Lo vi, su cuerpo inerte, mientras Luciano lo levantaba. Al principio, me congelé, todos los sonidos desapareciendo a mi alrededor. Me recuperé cuando Luciano pasó junto a mí. Me aferré a mi padre como si mi vida dependiera de ello, y por primera vez en mucho tiempo, recé.

Las lágrimas cayeron mientras le suplicaba a Dios que lo dejara vivir.

Mis ojos se abren de golpe cuando la puerta de la UCI se abre de nuevo. Corro hacia el doctor en cuanto sale.

"¿Cómo está Papi?" pregunto rápidamente.

El médico me dedica una sonrisa triste. "Eres su hija, ¿verdad?"

Asiento.

"Por ahora está con soporte vital, pero no puedo asegurarte nada más que eso. Está muy débil, y su presión arterial ha subido mucho más de lo normal." Suspira. "Es un milagro que haya llegado hasta aquí."

Me sorprende lo serena que estoy recibiendo la noticia. "De acuerdo. Pero,

¿puedo al menos verlo?"

"No por ahora, pero te avisaré cuando sea posible." Dicho esto, el doctor regresa a la UCI y cierra la puerta tras él.

Luciano se para detrás de mí, su sombra envolviéndome. "¿Estás bien?"

Niego con la cabeza. "No lo estoy."

Me envuelve en un abrazo cálido y reconfortante. Me relajo contra él y empiezo a llorar.

"Déjalo salir todo."

"No va a lograrlo." Sollozo en sus brazos hasta que Héctor regresa.

Le repito todo lo que el doctor dijo. Veo a Héctor estremecerse y, por primera vez, perder por completo la compostura. Sus ojos están enrojecidos, y vuelve a excusarse mientras yo sigo llorando sin control.

Luciano me guía de nuevo al asiento, y esperamos a que el doctor nos dé permiso para entrar y ver a Papi.

"Sabes, estaba a punto de pintar un retrato de él cuando escuché la alarma de emergencia," le digo a Luciano.

Esa mañana, antes de salir para darle a Luciano el dibujo de su perro, pasé por la oficina de mi padre. Tuvimos una conversación agradable, como todas las mañanas de la última semana. Me fui prometiéndole que le haría un retrato y se lo daría la próxima semana.

"Aún puedes hacerlo, Bianca. Puede usarse en el funeral o colgarse en algún lugar de la casa," sugiere Luciano.

"A él le habría encantado verlo."

Mientras seguimos esperando en la sala, Luciano sostiene una conversación breve pero seria conmigo.

"El Don dijo muchas cosas en nuestra reunión."

Cansada, le pregunto: "¿Qué cosas?"

"Garcia estuvo detrás de los ataques. El jefe también mencionó usar la estrategia de waterboarding contra nuestros enemigos."

"Debería haber estado descansando, no preocupándose por estrategias de ataque."

"No debería haber recibido esa llamada directamente. Lamento que haya sucedido así."

"Está bien, Luciano." Me limpio la nariz con el dorso de la mano.

Luciano está a punto de decir algo más cuando veo a una enfermera acercarse

con un portapapeles en la mano.

"¿Señorita Moretti?"

"Sí, soy yo."

"Puede ver a su padre ahora."

Le hago un gesto a Luciano y sigo a la enfermera por el pasillo hasta una de las habitaciones del hospital. El sonido de las máquinas monitoreando sus signos vitales llena el espacio. Tubos y cables están conectados por todo su cuerpo. Sus labios han perdido color, volviéndose de un blanco pálido, y su cabello grisáceo está desordenado. Se ve más canoso de lo que recordaba. Siempre lleva un sombrero para ocultarlo.

"Hola, Papi." Tomo su mano entre las mías. Está inerte. "Luciano cree que aún estarás bien sin las llamadas. Yo no lo creo." Trago saliva, sintiendo la presión en mi garganta. "Creo que este es el momento para el que te has estado preparando todo este tiempo. Escuché que estabas mirando el lago. Me alegra que hayas podido ver la belleza del mundo una vez más antes de partir."

Tengo tanto que decirle, pero no sé por dónde empezar, así que simplemente hablo.

"El mundo no te merece, y te prometo que haré pagar a Garrett Garcia. Cada uno de ellos, Papi. Te lo prometo. Te amo, mi amor."

Inclino la cabeza y deposito un beso en su frente. Uno por uno, sus aliados más cercanos entran en la habitación para darle su último adiós. Los observo con atención, tratando de descifrar qué sienten realmente. Finalmente, solo quedamos Héctor, Luciano y yo en la habitación.

"¿Cuál es el siguiente paso?" les pregunto.

Héctor es el primero en hablar. "Nos vamos a casa. Aseguramos el fuerte y nos preparamos para la guerra. Organizamos el funeral."

Intervengo antes de que continúe. "Será un funeral pequeño, solo para la familia. De ahora en adelante, nuestro enfoque principal es la guerra."

"Oh." Héctor deja escapar un sonido pensativo. "El Don es demasiado importante para un funeral pequeño."

"Lo sé. Pero primero debemos limpiar nuestra casa y ocuparnos de nuestros problemas. Tal vez en el futuro podamos organizar un funeral adecuado. Hasta entonces, digo que nos concentremos en acabar con nuestros rivales."

Me sorprende la firmeza en mi tono. Héctor asiente, y Luciano también.

Exactamente a las 9:45 p.m., Papi exhala su último aliento.

Mientras la funeraria prepara su cuerpo para el entierro, regreso al Castillo en la camioneta de Luciano.

Las luces del Castillo iluminan el lugar como si fuera pleno día. Los hombres de

mi padre han venido de todas partes para beber en su honor, en respeto a sus últimos días de vida.

Luciano me guía hacia la casa mientras intento saludar a los que encuentro en el camino.

"Ha sido un día largo en el hospital."

"Debe descansar."

"La señorita Bianca los atenderá pronto."

"Se establecerá un momento para hablar."

Estas son todas las respuestas de Luciano mientras bloquea a los hombres que intentan acercarse.

Estoy agradecida por su esfuerzo, porque sé que si intentara decir una sola palabra, rompería en llanto.

"Bienvenida a casa, señorita Bianca. Su habitación está lista, y hay agua caliente preparada para su baño."

"Gracias, María," murmuro.

Luciano abre la puerta de mi habitación y me ayuda a entrar.

"Pronto cambiaremos todas las cerraduras."

"¿Por qué?"

"Precaución de seguridad," responde, cerrando la puerta detrás de nosotros. "Deberías darte un baño y recostarte. Descansa un poco. No tienes que dormir si no quieres."

"No te vayas. Quédate," le pido. "No quiero estar sola esta noche, por favor."

"Claro. Pero tengo que hablar con los hombres en tu nombre. Pueden impacientarse."

"Pero Papi acaba de morir. Lo mínimo que pueden tener es paciencia." Frunzo el ceño, sentándome al borde de la cama.

"Lo sé." Luciano se sienta a mi lado. "Pero no funciona así. También acaban de perder a su líder y necesitan asegurarse de que eres capaz de tomar el mando."

"Vaya. Pierdo a mi padre un minuto, y al siguiente, la gente espera que demuestre que soy digna. Apuesto a que no sería así si fuera un hombre, ¿verdad?"

Luciano asiente con la cabeza.

"Está bien entonces. Me ducharé, me vestiré y los enfrentaré esta noche."

"¿Estás segura? Puedo hablar con ellos esta noche y que tú los enfrentes mañana," sugiere Luciano.

"No. Lo haré."

Me quito la blusa por la cabeza y deslizo los pantalones por mis piernas. Luciano se acerca y desabrocha mi sujetador, luego baja mis bragas con delicadeza.

"Gracias."

Entro al baño contiguo y me sumerjo en el agua caliente. El calor me envuelve como un manto, y por un momento, mis cargas se disipan.

Pero la soledad me pesa mientras muevo la mano sobre la superficie del agua. Imágenes destellan en mi mente—cuando levantamos el cuerpo de Papi para llevarlo a la ambulancia, cuando esperé afuera de la UCI, cuando finalmente murió.

Las lágrimas caen silenciosas en el agua.

Sacudo la cabeza y las limpio.

No quiero sentirme triste esta noche. Puedo lidiar con mi dolor más tarde.

Aun así, no quiero estar sola.

Necesito ser consolada. Necesito a Luciano.

"Ven, Luciano. Ayúdame a bañarme," llamo con voz temblorosa.

Luciano asoma la cabeza por la puerta. "¿Estás segura? Puedo llamar a María o a alguna de las chicas."

"No. No quiero a ellas." Le hago un gesto para que se acerque. "Te quiero a ti."

"Está bien."

Luciano da un paso atrás y desaparece por un momento. Estoy a punto de salir del agua para buscarlo cuando regresa, esta vez vestido solo con sus bóxers.

La tenue luz del baño resalta cada línea de su cuerpo. Mi respiración se entrecorta cuando se desliza la prenda por las caderas y la deja caer al suelo. No aparta sus ojos de mí mientras avanza con pasos decididos.

Toma el frasco de jabón líquido, sus dedos largos y fuertes envolviéndolo con facilidad mientras se arrodilla junto a la bañera. Me hundo más en el agua tibia, pero no logra apagar el fuego que recorre mi piel.

Vierte el jabón en su palma y lo frota entre sus manos antes de deslizarlas sobre mi piel mojada. Su toque es a la vez reverente y posesivo, sus grandes manos recorriendo mis hombros, bajando por mis brazos, siguiendo el contorno de mis pechos.

Un suspiro tembloroso se escapa de mis labios cuando sus pulgares rozan mis pezones, endureciéndolos al instante. El calor entre mis piernas se intensifica, y cuando arrastra la esponja más abajo, atrapo su muñeca y la guío entre mis muslos.

"Únete a mí," susurro, mi voz cargada de deseo.

Luciano no duda.

Se desliza en la bañera conmigo, su cuerpo presionándose contra el mío mientras el agua rebasa los bordes. Su piel es resbaladiza contra la mía, sus músculos tensos mientras me levanta sobre su regazo, mis piernas rodeando su cintura. Su grueso miembro se aprieta contra mi vientre, ardiente y palpitante.

"Joder, Bianca," gruñe, sus manos agarrando mi trasero, masajeando, acercándose más a él. Me muevo contra su dureza, el roce enviando chispazos de placer por todo mi cuerpo.

Deslizo mi mano entre nosotros, envolviendo mis dedos alrededor de su grosor, acariciándolo lentamente. Gime, su cabeza cayendo sobre mi hombro mientras bombeo su longitud, sintiendo cómo se endurece aún más bajo mi toque. Sus manos recorren mi espalda, bajando hasta mis caderas, guiando mis movimientos mientras me froto contra él.

"Me estás volviendo loco," murmura con voz entrecortada, mordiéndome el hombro antes de calmar la marca con su lengua.

Sus dedos se deslizan entre mis muslos, encontrando mi clítoris antes de hundirse dentro de mí. Gimo, mi cabeza cayendo hacia atrás cuando curva los dedos en el ángulo perfecto, arrancándome jadeos entrecortados. Su otra mano atrapa mi pecho, pellizcando mi pezón mientras me penetra con movimientos lentos y precisos.

Tiemblo, el placer acumulándose en ondas intensas.

"Luciano, por favor."

Él retira sus dedos y me levanta con facilidad, girándonos hasta que mi espalda se presiona contra las frías baldosas de la ducha. Abre el grifo, dejando que el agua tibia caiga sobre nuestros cuerpos mientras su boca atrapa la mía, su lengua exigente, devorándome.

"Di que lo quieres," murmura contra mis labios.

"Lo necesito," respiro con desesperación.

Con una embestida lenta pero implacable, se hunde dentro de mí por completo.

Un grito ahogado escapa de mi garganta cuando me estira, su grosor llenándome hasta el límite. Me sostiene por los muslos, levantándose más alto mientras marca un ritmo firme y profundo, cada embestida alcanzando el punto exacto para destrozarme de placer.

Me aferro a su espalda, clavando las uñas en su piel mientras el éxtasis se apodera de mí.

"Sí, oh Dios, sí."

Luciano maldice, su aliento irregular mientras me embiste con fuerza, nuestros cuerpos mojados moviéndose en una sincronía perfecta. Su boca encuentra mi cuello, succionando, mordiendo, dejando marcas de su posesión.

El placer crece hasta volverse insoportable, y cuando su pulgar encuentra mi

clítoris, frotándolo con movimientos precisos, me rompo.

Grito su nombre cuando el orgasmo me consume, mis paredes apretándose a su alrededor, arrastrándolo conmigo.

Con un gruñido gutural, se entierra profundamente en mí, su liberación, llenándome mientras su cuerpo tiembla contra el mío.

Nos quedamos así, entrelazados, el agua cálida arrastrando las evidencias de lo que acabamos de hacer. Sus labios encuentran los míos otra vez, más lentos esta vez, prolongando el momento.

"Déjame cuidarte, Bianca," murmura, besándome la sien.

Me ayuda a lavarme, sus manos gentiles, su toque cargado de una ternura inesperada. Cuando terminamos, me envuelve en una toalla y me seca antes de ayudarme a vestirme con una bata negra.

"Esto servirá," susurro.

Luciano alisa el tejido sobre mi cuerpo, sus dedos demorándose en mi cintura.

"Estás hermosa."

No respondo.

Simplemente camino hacia la ventana y miro el mar de personas reunidas afuera, esperando por mí.

"Hay mucha gente," digo en voz baja.

"Sí," responde Luciano, terminando de vestirse.

Respiro hondo, alejándome de la ventana. No puedo permitirme quebrarme ahora. No frente a ellos.

"¿Estás lista?" pregunta Luciano, su mano descansando sobre el pomo de la puerta.

Trago saliva, preparándome para lo que está por venir.

"Sí, lo estoy."

Él gira la manija y, juntos, salimos.

CAPÍTULO 12 - Luciano

Ver a Bianca encontrar sus palabras anoche fue lo mejor que he presenciado en todo mi tiempo con los Moretti.

El funeral ha sido pospuesto una semana. Seguirá siendo un evento exclusivo para la familia, por razones de seguridad.

Quiero hablar con Bianca sobre sus próximos pasos como matrona de los Moretti, pero al mismo tiempo, quiero que se tome su tiempo. Además, su padrino, que ha estado en el sistema mucho más tiempo que yo, seguramente tendrá más respuestas a sus preguntas de las que yo puedo ofrecerle.

"¿Qué tal, Hank?" Saludo a uno de los chicos de nuestra base en Nueva York. Hank fue de los primeros que conocí aquí antes de su traslado. Sin embargo, su familia aún vive en esta zona.

"¡Luciano, hermano!" Nos chocamos los puños y nos damos un abrazo. "Ha pasado mucho tiempo."

"De verdad que sí. ¿Cómo está la familia?", pregunto.

"Oh, todos están bien. ¿Recuerdas a mi hijo? La última vez que lo viste, tenía esta altura." Hank coloca su mano a la altura de su cintura.

"Por supuesto que recuerdo a Jake. ¿Quién no lo haría?"

"Bueno, se graduó de la secundaria hace tres días. Estaba con mi familia cuando escuché sobre la muerte del Don. Tenía que venir a rendirle mis últimos respetos."

"Se agradece. Felicidades al pequeño." Meto la mano en mi bolsillo y saco algo de dinero. "Esto es para el chico. Muchas felicidades para él."

Hank junta las manos en señal de gratitud. "Muchas gracias, hermano. De verdad, gracias."

"Si necesitas algo, solo llámame."

Hank y yo compartimos habitación el año en que Don Moretti me salvó la vida. Hank estaba acostumbrado a mis pesadillas y noches de insomnio. A veces se quedaba despierto conmigo hasta que ambos terminábamos durmiéndonos de agotamiento. Me ayudó en más formas de las que puedo contar.

"¿Cómo van las pesadillas?"

"Han pasado como tres años desde que te fuiste, Hank. Ya no las tengo, hermano. Duermo como un bebé." Me siento culpable por mentir.

"Me alegra oírlo. Debo volver a casa rápido, o mi esposa me matará."

Los dos estallamos en carcajadas, nos damos la mano y nos despedimos.

Hank me dijo que debía abrirme con alguien sobre mi pasado. Hizo su

investigación y descubrió que hablar de ello o acudir a un terapeuta me ayudaría más. Le prometí que buscaría ayuda, pero en lugar de hacerlo, me sumergí más en el trabajo y pagué el precio con más pesadillas e insomnio.

Mi pasado... Crecí en una comunidad pobre, una que originalmente estaba destinada a la clase media. Pero cuando la economía arrastra a la gente hacia la pobreza, no hay mucho que hacer al respecto.

Mi madre tenía tres trabajos para poder mantenernos. Trabajaba limpiando en un hospital y en un hogar de ancianos. También era mesera en un restaurante de mala muerte a dos calles de nuestra casa. Mi padre nunca estuvo presente. Aparecía y desaparecía a su antojo, y mi madre no tenía el valor para echarlo. Si lo intentaba, él la golpeaba.

Cuando fui un poco mayor, empecé a hacer mandados para algunas familias por un poco de dinero extra para mi hermana Betty y para mí. A mi madre no le gustaba la idea, pero, como dije, no teníamos muchas opciones.

Durante uno de esos días en busca de trabajo, encontramos un perro atrapado en un bache en un callejón y lo rescatamos. Nadie lo reclamó durante días, así que le rogamos a nuestra madre que nos dejara quedárnoslo. Betty insistió en llamarlo Jaz, aunque yo no estaba de acuerdo, pero el perro respondió al nombre y se quedó con él.

Una mañana fatídica, estábamos jugando afuera cuando Jaz corrió a la calle y Betty la siguió sin mirar.

Ni Jaz ni Betty sobrevivieron ese día.

Ese fue el principio del fin de nuestra familia.

Mi madre cayó en una profunda depresión y enfermó. Se debilitó tanto que un día volví de la escuela y la encontré en la cama, inmóvil.

Mi madre también me dejó.

Murió.

"¡Luciano!" La voz de Bianca me saca de mis pensamientos.

Me paso una mano por la cara y me doy cuenta de que está mojada.

Levanto la esquina de mi camisa y me limpio el rostro.

"Hace calor," me quejo, quitándome la camisa y pasándola una y otra vez por mi piel.

"Porque estás bajo el sol, tonto." Se cruza de brazos. "Estabas ahí parado, sin moverte."

"Oh, sí." La miro con preocupación. "¿Estás bien?"

Bianca frunce el ceño. "No tú también. Estoy harta de que me pregunten eso a cada rato. Por supuesto que no estoy bien. Acabo de perder a mi padre, por el amor de Dios."

"Lo siento. Es solo que pareces estar manejándolo demasiado bien. Da la impresión de que intentas enmascarar tu dolor."

"Gracias por preocuparte, Luciano. En serio."

"No tienes que agradecerme. Sabes que siempre puedes contar conmigo. Siempre."

"Sí."

Bianca se queda un momento en silencio, con los brazos aún cruzados.

"¿Las pesadillas? ¿Sigues teniendo problemas con ellas?"

Me quedo callado un instante. "Hmm. Aún las tengo, pero solo estaba perdido en mis pensamientos. Eso es todo."

"Está bien." Mira a su alrededor. "¿Tienes tiempo para hablar?"

"Claro. Ahora mismo no tengo nada que hacer."

"Vamos a caminar, entonces."

Ella toma la delantera, y yo la sigo.

Nos dirigimos hacia el bosque al otro lado del lago. Solo he venido aquí una vez, cuando ayudé a un chico a talar un árbol para hacer un gabinete como regalo de cumpleaños para su madre.

"Solía venir aquí mucho cuando era niña, a pesar de las advertencias de Papi. Un día, vine sola porque estaba enojada con él por haberme comprado el set de muñecas equivocado."

"¿Y qué pasó después?"

"Me quedé hasta que oscureció. Los hombres me encontraron y me llevaron a casa. Esa fue la primera vez que recibí la paliza de mi vida." Se ríe. "Estuve resentida con todos durante días y no hablé con Héctor por semanas."

"¿Y qué culpa tenía Héctor en todo esto?" pregunto, conteniendo la risa que amenaza con escaparse.

"Vio cómo mi padre me golpeaba. Aunque luego me sobornó con unos helados."

Hablando de tíos, los pensamientos en mi cabeza comienzan a arremolinarse de nuevo.

Garrett García apareció en la puerta de mi casa el mismo día en que mi madre murió. Era alto y tenía un parecido impactante con mi padre, aunque apenas tenía recuerdos de cómo lucía. Se presentó como el hermano de mi padre y dijo que venía a reclamarme, porque mis padres le debían una gran suma de dinero.

Siendo solo un niño, no comprendí el significado de sus palabras. Solo estaba feliz de que alguien se hiciera cargo de mí.

Ayudó a enterrar a mi madre, y cuando intenté abrazarlo entre lágrimas, se apartó. Su rostro era aterrador, vacío de emociones.

Garrett García cumplió su palabra y me reclamó como si fuera un objeto.

Se suponía que debía trabajar en su casa el tiempo necesario para pagar la deuda de mis padres. No importaba que fuera su sobrino o que tuviera derechos como ser humano.

En la casa de los García, fui sometido a todo tipo de trabajos forzados. Tenía que hacer todo lo que me ordenaban sin quejarme. Permanecí obediente, porque eso significaba tener comida y un techo sobre mi cabeza.

Cuando llegué a la adolescencia, me hicieron unirme a la mafia de los García. No me dieron opción.

"Es tu derecho de nacimiento," me dijo Garrett la noche de la iniciación.

Me golpearon brutalmente, y tardé semanas en sanar.

"¡Cuidado!"

La voz de Bianca me saca bruscamente de mis pensamientos.

Estuve a punto de chocar contra un árbol gigantesco. Su rama habría impactado directamente en mi cara.

"¡Mierda! Gracias." Me paso una mano por el rostro, tratando de borrar los horrores que acabo de revivir.

Mi mente ha reproducido estos momentos dolorosos tantas veces que ya estoy acostumbrado a ellos.

"Pareces enfermo, como si te estuviera dando fiebre."

"Oh, estoy bien." No es fiebre, Bianca.

"Te estaba preguntando si tenías algún recuerdo divertido con tu familia, como el que te conté."

Finjo pensar en mis recuerdos. Tuve muchos momentos felices con mi madre y mi hermana, pero con mi estado mental actual, no puedo obligarme a recordarlos.

"No que pueda recordar."

"Yo sí sé uno." Bianca sonríe. "Me contaste sobre tu perro y cómo intentaste encontrarle zapatillas de baile porque viste un video de perros haciendo ballet."

"Sí." Suelto una carcajada ante ese recuerdo.

Todo había sido idea de Betty. Quería que Jaz aprendiera ballet para que nos volviéramos famosos gracias a ella.

"¿Y algún recuerdo divertido con tu padre?"

"Oh, él no estaba mucho tiempo en casa. Ni siquiera recuerdo cómo se veía."

La sonrisa de Bianca desaparece, y sus labios se tensan en una fina línea.

"Oh, no. Lo siento mucho."

El silencio se extiende entre nosotros mientras seguimos caminando.

"Deberíamos regresar ya. Se está haciendo tarde," sugiere Bianca.

"Sí. No queremos que nos anden buscando como si fuéramos cachorros perdidos."

Bianca me da un golpe juguetón en el brazo, y tomamos el camino de regreso a casa.

Esa noche, me retiro a mi habitación con una sensación inquietante en el pecho. Algo en la conversación con Bianca ha removido más de lo que quería admitir.

Me tumbo en la cama, cerrando los ojos con la esperanza de que el cansancio me venza. Pero en lugar de descanso, mi mente me arrastra de vuelta a un lugar que creí haber enterrado.

La pesadilla comienza.

Garrett García ha tomado otra forma monstruosa en mi sueño. Su voz es más fuerte, sus pasos más rápidos. Esta vez, me encuentra antes de que pueda caer por el precipicio.

Veo cómo mi yo más joven se retuerce en sus manos, luchando, prefiriendo lanzarme al vacío antes que volver con él.

"No, no quiero ir contigo," grito.

"Tranquilo, querido Luciano. No tienes a dónde ir." Su voz retumba en mi cabeza. "Tienes que limpiar el sótano, lavar la sangre de mis alfombras caras y dormir bajo las escaleras."

Me tapo los oídos, sacudiéndome en un intento desesperado por hacer que su voz desaparezca.

"No, Garrett. No quiero. No soy Phil, ni soy Antonio."

Garrett se ríe con una malicia helada. "Pero sí lo eres, querido Luciano. Eres un García, y así seguirás siendo. Ahora, repite conmigo: Soy un García."

"¡No!" me resisto con todas mis fuerzas.

El sueño cambia de escena, y ahora estoy luchando contra las brasas ardientes que él presiona contra mi piel.

"Listo o no, Luciano, aquí voy." Su voz resuena como una sentencia. "Ahora dilo."

"¡Soy un García!"

El dolor es insoportable.

Mis ojos se abren de golpe, el sudor empapando mi frente.

Las cortinas de la puerta de mi habitación se mueven ligeramente.

Alguien ha estado aquí.

Me levanto de inmediato, pero mi cuerpo se siente débil, agotado. Trato de dar un paso, pero mis piernas no me sostienen.

Caigo de vuelta a la cama, jadeando, con el eco de la risa de Garrett aún resonando en mi cabeza.

CAPÍTULO 13 - Bianca

"Es una acusación muy grave la que estás haciendo."

Estoy en la plataforma petrolera, el sitio del accidente que se cobró la vida de cincuenta hombres de los Moretti. Héctor, Luciano y Little me acompañan en esta visita. El lugar está completamente destruido, y apenas se han recuperado cuerpos. Las familias de las víctimas están siendo compensadas, y planeo visitarlas después del funeral de mañana.

"Hablo en serio, Bianca. ¿Crees que te mentiría con algo así? Ese hombre es el infiltrado que hemos estado buscando."

Mientras inspeccionamos los escombros, Héctor y Luciano caminan delante de nosotros, a varios metros de distancia, mientras Little y yo avanzamos más despacio detrás de ellos. Me abordó después de mi discurso la noche en que murió mi padre. Se disculpó por su comportamiento durante nuestro viaje hace unas semanas y me dijo que tenía información importante sobre el sabotaje en las plataformas y la casa segura.

Little insiste. "Bien. ¿Qué tal si te hago unas preguntas y las respondes?"

Lo miro con curiosidad. "¿Y qué se supone que resolverán esas respuestas?"

"Cuando respondas, unirás las piezas y entenderás lo que quiero decir."

"Está bien. Adelante." Me sacudo el polvo de mis pantalones deportivos.

"Vale. Aparte del Don, Héctor y unos pocos seleccionados, ¿quién más sabía a qué casa segura se trasladaron las ganancias?"

"Hm, no lo sé." Me encojo de hombros. "Ni siquiera conozco la ubicación exacta de la casa segura, solo la dirección."

"Bien. ¿A quién más se lo dijo el Don?"

"A Luciano."

"Exacto." Little cruza los brazos como si acabara de resolver un caso.

"¿Y qué? Algunos de nuestros hombres también trasladaron parte de las ganancias, lo que los convierte en sospechosos también."

Little suspira con frustración. "Si no quieres ver eso, ¿qué hay de este lugar? Solo míralo. Está observando a todos lados. Probablemente tratando de evitar cualquier pista que lo delate."

"No, ahora solo estás sacando conclusiones apresuradas. Yo estoy mirando, tú también, todos lo hacen, incluso la policía," enfatizo.

"De acuerdo, Bianca. Encontraré la prueba sólida que necesitas." Little se rinde con un suspiro.

Miro hacia Luciano. No puede ser el responsable de nuestra caída, no después

de todos los años que ha pasado con nosotros ni después de la forma en que mi padre lo trataba como a un hijo.

Luciano me atrapa mirándolo y me guiña un ojo. Le devuelvo el gesto con un leve saludo.

Little se ríe entre dientes ante nuestra pequeña interacción.

"Consígueme esa evidencia, Little, y te prometo que no dudaré en entregarlo a los perros."

"La tendrás."

Los trabajadores de la plataforma creen que la explosión fue provocada por un generador defectuoso que filtró gas. Normalmente, los Moretti solo se involucran en plataformas cuando hay una licencia firmada por un alto funcionario al que hemos ayudado. Es un negocio secundario, una forma de generar dinero extra para todos los involucrados. Pero ahora, enfrentamos una pérdida trágica de vidas y propiedades.

Las apuestas nunca han sido tan altas, y ahora todos dependen de la misericordia del gobierno y las fuerzas del orden.

Lo que comenzó como un simple acuerdo se ha convertido en una pesadilla, y las consecuencias apenas comienzan.

Nos reunimos donde están estacionados los autos.

"Estaba tratando de encontrar el lugar donde estaba el generador defectuoso antes de la explosión. Esa historia es sospechosa," me explica Luciano. "Además, Héctor supervisó personalmente todas las herramientas. Dijo que los trece generadores estaban contabilizados."

"Entonces, ¿de dónde salió uno extra?" me pregunto.

"Nunca lo sabremos. Alguien definitivamente sabía que era defectuoso y lo colocó a propósito."

"Vamos, niños," llama Héctor, subiendo a uno de los autos.

"Vamos." Luciano abre la puerta del camión para que suba, pero rechaza su oferta.

"Iré con Héctor. Hay asuntos que necesito discutir con él."

"Como quieras. Nos vemos en casa."

Cierra la puerta y se dirige al asiento del conductor.

Si le dolió el rechazo, no lo muestra en su rostro ni en sus palabras.

Un hombre que sabe ocultar sus emociones puede hacer cualquier cosa sin ser descubierto.

Un sentimiento inquietante se revuelve en mi estómago.

Golpeo la puerta de su camión antes de dirigirme al auto de Héctor.

"¿Sí?" Luciano asoma la cabeza por la ventana. "¿Todo bien?"

"Hmm. Solo me preguntaba... Si supieras algo sobre estos ataques, me lo dirías, ¿verdad?"

"Por supuesto. Serías la primera en saberlo."

"Está bien. Vamos a casa. La procesión comenzará pronto."

Durante todo el viaje de regreso, no puedo pensar en otra cosa más que en la acusación de Little.

¿Qué pasa si tenía razón todo este tiempo?

Sabiendo lo que siento por Luciano, no estoy segura de poder castigarle como corresponde.

Estaría demasiado destrozada como para poder actuar.

"La funeraria dijo que solicitaste que se vistiera de blanco en lugar de negro." Héctor rompe el silencio.

"Sí, tío. Me parece que el negro es demasiado común. Y padre siempre prefirió el blanco sobre el negro."

"Realmente eres su heredera. ¿Sabes? El Don solía decirme que se imaginaba a sí mismo siendo enterrado en blanco, pero nunca hizo una solicitud formal para ello."

Sonríó con tristeza. "No, no lo hizo. Al menos esta vez hice algo bien."

Héctor aprieta suavemente mi mano en un gesto de apoyo.

"No te castigues por cosas que están fuera de tu control, niña."

"Gracias, Héctor."

Regresamos a casa una hora antes del inicio de la procesión. La entrada es solo por invitación, y los hombres están encargados de vigilarlo todo.

Voy a mi nueva habitación. Me he mudado a la que está justo al lado de la de Papi. Es similar en diseño y tamaño, aunque él casi nunca la usó. No es como mi antigua habitación, cuyas paredes eran mi refugio.

Me desnudo y me pongo el vestido que María ha dejado sobre la cama. Es de un blanco resplandeciente, tan largo que cubre mis pies. Está hecho de algodón grueso y el cuello drapeado deja espacio para un collar plateado con un colgante de mariposa, uno de los muchos regalos de Papi.

Me miro en el enorme espejo.

He adelgazado en la última semana—mis mejillas ya no son tan redondeadas como antes.

Dejo mi cabello en un moño despeinado a pesar de la insistencia de María en alisarlo y arreglarlo.

El sonido de las teclas del piano retumbando por los altavoces es la señal para bajar al salón.

Hay un pequeño salón en el centro de la mansión. Papi lo construyó para eventos ceremoniales. Siempre le gustaba celebrar a su gente. Durante la boda del viejo Nick, mi padre cedió el salón para la ceremonia, así como para el cumpleaños número ochenta de la abuela de Little.

"Hagamos esto, Papi."

Beso el colgante de mariposa y camino hacia el salón.

Nuestros invitados incluyen al abogado de Papi, sus aliados, la familia inmediata de Héctor, algunos guardias de seguridad y el sacerdote.

Papi nunca habló sobre su familia. De hecho, su nombre fue cambiado hace mucho tiempo, así que nunca intenté rastrearlos. Si hubiera querido que lo hiciera, me lo habría dicho.

Con la mirada fija al frente, camino por el salón y me dirijo a la primera fila de asientos.

Justo frente a mí está el ataúd.

Papi yace dentro con un traje blanco de tres piezas, su cabello gris brillante y peinado hacia atrás. Anillos dorados adornan sus dedos y una larga cadena cuelga de su cuello.

Ignorando el protocolo del evento, me acerco al ataúd.

Mis piernas tiemblan, y por un momento, temo que no me sostendrán.

Pero llego al ataúd blanco pulido, y en lugar de llorar, sonrío y le lanzo un beso.

"¿Bianca?"

Luciano se para a mi lado.

"Te ves bien, como siempre."

"Gracias."

"¿Vamos a nuestros asientos? La ceremonia está por comenzar."

Luciano me guía de regreso a mi asiento, y me apoyo en su figura firme.

Se siente bien tener a alguien en quien apoyarse.

Espero que siempre esté aquí para sostenerme.

La ceremonia transcurre en un borrón.

No recuerdo muchos detalles, pero sí que Luciano me revisaba constantemente,

que Héctor y su esposa me dieron los abrazos más cálidos, y que Little se sentó junto a mí, frotando mi espalda cuando las lágrimas se desbordaban.

"Tengo algo para ti, B."

Little susurra en mi oído mientras el salón comienza a dispersarse.

La gente está pasando a rendir sus últimos respetos a Papi antes de que lo entierren definitivamente.

"Podemos tomarnos unos minutos. Hasta que sea el entierro."

"¿Mi oficina?"

"Sí."

Asiento, y ambos entramos a la casa.

Little me toma de la mano, y subimos las escaleras corriendo hasta el estudio de mi padre, que ahora es mío.

Me entrega un expediente y se gira para salir de la habitación.

"¿A dónde vas?"

Little señala en dirección al salón.

"Habrán muchas bocas hablando, y no quiero que se propaguen rumores sobre ti."

Se detiene por un momento y agrega:

"Sea lo que sea que leas ahí, quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, B."

Mi corazón se encoge en un nudo mientras decido si abrir o no el expediente.

¿Qué verdades se ocultan dentro?

Respiro hondo, me acomodo en la silla de Papi y abro el expediente.

Mis ojos recorren los documentos.

Las palabras flotan ante mi vista mientras las lágrimas se deslizan por mi rostro.

El nombre de Luciano García aparece varias veces, junto con el de su tutor legal: Garrett García.

Mis manos tiemblan.

Estoy atónita, desgarrada entre creer lo que acabo de leer y lo que creo saber sobre Luciano.

Adjunto al expediente hay una grabación de audio de Luciano mencionando los nombres de los miembros de los García.

Cuando su voz pronuncia: "Soy un García. He estado acostado con el diablo todo este tiempo."

El mismísimo diablo entra en la oficina con paso decidido.

"¿Bianca?"

La rabia me hierve en las venas cuando lo escucho decir mi nombre.

Permanezco en el asiento de Papi sin responder.

"Oh, gracias a Dios. Te he estado buscando por todas partes, Bianca. No puedes desaparecer así."

"Oh, sí puedo."

Lo observo con asco mientras se acerca. Luego, sin decir una palabra, le arrojo el expediente con su nombre escrito en negrita.

Luciano atrapa los documentos y su rostro cambia cuando se da cuenta de lo que estoy sosteniendo.

Su nombre.

Su verdad.

Su traición.

No niega nada.

No intenta ocultarlo.

"Así que es cierto. Confirmas que en realidad eres un García."

En lo más profundo de mi ser, esperaba que encontrara una excusa válida, que dijera algo que hiciera que todo esto tuviera sentido.

Pero no lo hace.

"... Nunca haría nada para poner en peligro el legado de Don Moretti."

"Estoy esperando la explicación que tengas para darme, señor García."

Mi tono es frío como el hielo.

Parte de mí quiere creer en Luciano, pero le hice una promesa a Papi: tomar acción.

Y no puedo simplemente olvidar que sus acciones desencadenaron los eventos que llevaron a la muerte de mi padre.

"Vete y no vuelvas."

Incluso a mí me cuesta entender mis propias palabras.

Pero Luciano no se mueve.

Su mirada se encuentra con la mía. Hay algo en sus ojos que me atraviesa el alma, algo entre súplica y resignación.

Entonces, sin decir una sola palabra, se da la vuelta y sale por la puerta.

Siento físicamente cómo un pedazo de mi corazón se arranca de mi pecho con cada paso que da alejándose de mí.

Me doy unos minutos para recomponerme antes de regresar al lugar donde hemos elegido enterrar a Papi.

Está cerca del lago.

Desde su tumba, hay una vista clara y directa hacia el agua.

Miro hacia abajo mientras el ataúd es bajado con la ayuda de un sistema de poleas.

Agarro la pala y echo la primera palada de tierra sobre la caja.

El sonido seco del impacto contra la madera me hace estremecer.

La ceremonia finaliza con bebidas compartidas y música.

Me encuentro conversando con Eddie Russo, el líder del clan Russo, cuando Héctor me da un leve golpe en el brazo.

"He estado buscando a Luciano por todas partes. Necesito que reúna a algunos hombres para mover un camión."

Escaneo el área rápidamente antes de inclinarme hacia Héctor y susurrarle:

"Lo siento, pero Luciano ya no está con nosotros. ¿Sabías que es un García?"

La expresión de Héctor se transforma en una mezcla de ira y sorpresa.

"¿Cómo?"

"Little encontró su expediente. Su tutor legal era Garrett García. Su apellido siempre fue García."

"¡No me jodas!" Héctor aprieta los dientes, su furia palpable.

"Pero ya nos deshicimos de él. No volveremos a verlo."

Héctor asiente lentamente.

"Bien. No dejes que esto se filtre hasta que termine el evento."

Da unas palmadas en mi espalda.

"Buen trabajo, Bianca."

Orgullo.

Eso es lo que siento mientras me giro y veo a Little acercarse corriendo.

Le paso un brazo alrededor del cuello y lo atraigo hacia un abrazo.

"¿Y él?" pregunta en voz baja.

"Se ha ido."

Little me devuelve el abrazo con fuerza.

Bebemos y bailamos bajo la luz de la luna hasta el amanecer.

Mientras me muevo con la música, mi mirada se desliza hasta los cuartos de Luciano.

Y entonces, por un breve segundo, mis ojos me engañan.

Lo veo parado en el porche, las manos en las caderas, con esa maldita sonrisa burlona en el rostro.

Parpadeo.

Y desaparece en la oscuridad.

CAPÍTULO 14 - Luciano

"Gracias, Don."

Saco las manos de los bolsillos y las cruzo frente a mí mientras le doy mi último adiós a Don Moretti.

Allí yace, inmóvil y en silencio, tan distinto al hombre que me encontró aquel día en el almacén.

Tenía mucho que decir sobre mi presencia en un punto de intercambio. Ordenó a sus hombres que no me tocaran. Con esta misma boca, me obligó a confesar por qué estaba allí. Como el niño indefenso que era en aquel entonces, caí de rodillas y le conté que tenía una bomba atada a mi cuerpo. Le expliqué lo cuidadosamente envuelta que estaba y cómo un pequeño detonador podría hacerla estallar.

No ignoró mis palabras.

Me creyó.

Con su boca, ahora sellada para siempre, ordenó a sus hombres que me ayudaran.

Me salvó la vida.

Y, por extensión, salvó la suya.

"Gracias, Don."

Fueron mis palabras de gratitud cuando me liberaron.

Sin embargo, Don no me dejó ir. Sabía que hacerlo significaba enviarme a una sentencia de muerte segura.

En su lugar, dejó que la bomba explotara en el almacén para que los García pensaran que ambos habíamos muerto.

Después me sentó y me preguntó cómo había terminado con los García y por qué me enviaron en una misión suicida, a pesar de ser de su propia sangre.

"Gracias y adiós, Don."

Repito por última vez.

Regreso a mi asiento en la esquina derecha del salón, observando a los asistentes entrar y salir.

No veo a Bianca.

Probablemente se fue mientras yo le rendía homenaje a Don.

El salón no está completamente lleno, pero aun así, necesito saber que está bien.

Dejo mi asiento y salgo en dirección a la casa.

Por el camino, pregunto si alguien la ha visto.

"¿Han visto a la jefa en algún lado?"

Agarro del brazo a una de las sirvientas, que parece estar perdiéndose en el alcohol.

"¿Dónde está Bianca? La madame."

Incapaz de articular bien las palabras, murmura:

"En... bueno... señor."

Sacudo la cabeza y subo las escaleras del porche hacia la mansión.

Los guardias en la entrada no me detienen.

Llamo a la puerta de la habitación que Bianca ha reservado solo para pintar.

"¿Bianca?"

Subo las escaleras hasta el estudio de Don Moretti, ahora la sala de reuniones de Bianca.

Toco la madera con los nudillos antes de empujar la puerta.

"¿Bianca?"

Está sentada donde solía estar Don, su vestido blanco resaltando en la habitación apenas iluminada.

"Oh, gracias a Dios. Te he estado buscando por todas partes, Bianca. No puedes desaparecer así."

"Oh, sí puedo."

Su tono es cortante y molesto.

Me acerco a ella.

"¿Pasó algo? ¿Quién te molestó?"

"Nadie. Nadie más que tú."

"¿Yo?"

Miro a mi alrededor, confundido.

"¿Yo? Bueno, sé que no hemos tenido tiempo para nosotros, pero podemos culpar a lo ocupados que hemos estado."

Me río con ligereza.

"Incluso puedo compensártelo ahora mismo, si quieres."

Extiendo una mano para tocar su hombro, pero ella se aparta de inmediato.

Este es un lado de Bianca que nunca había visto antes.

Me inclino un poco para ver mejor su rostro.

Está amarga.

Su mirada está llena de desprecio.

"Bianca, ¿qué está pasando?"

Bianca saca un expediente de detrás de ella y lo lanza sobre la mesa con un golpe seco.

"Tal vez debería ser yo quien te haga esa pregunta en su lugar, señor Luciano García."

Me estremezco cuando pronuncia mi nombre completo.

Mi cabeza empieza a arder y pierdo toda capacidad de hablar.

En la habitación con aire acondicionado, empiezo a sudar.

"Estoy esperando cualquier explicación que tengas para darme, señor García."

Cuando repite el nombre, entro en pánico.

Doy media vuelta y me dirijo a la puerta.

Bianca me agarra de la camisa y me arrastra de vuelta al estudio.

No me resisto.

"No puedes huir así. ¿Cómo pudiste hacerle esto a mi padre y a mí, Luciano?"

Su mirada se clava en la mía con furia.

"Exijo una respuesta ahora mismo."

No puedo mirarla directamente a los ojos.

No puedo obligarme a hacerlo.

He enterrado cuidadosamente esta parte de mí, una parte que solo aparece en mis pesadillas.

Y ahora que necesito hablar de ella para justificarme, para probar mi inocencia...

No puedo decir una sola palabra.

"Créeme, Bianca. No es lo que piensas. Te lo juro."

"Entonces dime la verdad. ¿Eres, por casualidad, pariente de Garrett García?"

"Sí."

Asiento con la cabeza.

Veo cómo los dedos de Bianca comienzan a temblar.

Está tratando de evitar morderse las uñas, un hábito que siempre muestra cuando está furiosa.

"Y cuando dices Garrett García, ¿te refieres a uno de los jefes de la mafia García? ¿Los responsables de cada una de las desgracias recientes que han caído sobre los Moretti?"

"Sí, Bianca."

Ahora se muerde el labio inferior.

"¿Has estado en contacto con los García en algún momento en los últimos cinco años?"

"Sí, lo he estado."

Esta vez murmuro la respuesta, toda mi confianza desvaneciéndose.

"Mierda."

Bianca lanza el expediente y lo hace volar por la habitación.

"¡He sido una estúpida!"

"¡No!"

"Dame una razón por la que no debería cortarte la cabeza ahora mismo."

"Porque no soy un espía, Bianca. Nunca haría nada que pusiera en peligro el legado de Don Moretti."

La miro directamente a los ojos, esperando que vea la verdad en ellos.

Pero Bianca se da la vuelta.

"No. No quiero escuchar nada de lo que tienes que decir."

Su voz tiembla, pero su decisión es firme.

"Por tu propia seguridad y por el amor que una vez te tuve, te sugiero que salgas de este castillo de inmediato. Si valoras tu vida, no vuelvas a acercarte a los límites de esta propiedad."

A pesar de lo duras que son sus palabras, las entiendo.

Si alguien más se entera de esto, me matarán en cuestión de minutos.

No está equivocada en querer mantenerlo en secreto.

Aun así, desearía que me diera el beneficio de la duda.

"Anunciaré tu traición al amanecer y les haré saber que has sido ejecutado."

Hace una pausa antes de continuar.

"Considéralo un favor por la amistad que me diste."

"Bianca."

"¡Vete y no vuelvas!"

Me alejo del estudio, pero no puedo evitar mirar atrás varias veces.

Espero, deseo, que Bianca me detenga.

Que me diga que todo esto es solo una prueba.

Un juego.

Pero no lo hace.

Hago un desvío rápido a mis habitaciones.

No tengo muchas posesiones de valor, solo la caja de joyas de mi madre, la pintura de Jaz y las llaves de mi camión.

Los hombres están demasiado ocupados asegurando la zona después del funeral como para preguntarme a dónde voy.

Las puertas del castillo se abren de par en par.

Miro hacia atrás una última vez.

Es extraño dejar este lugar después de cinco años, sabiendo que nunca volveré.

"¡Mierda!"

Golpeo el volante repetidamente con el puño.

Bianca no pudo haber encontrado ese expediente por sí sola.

Alguien debió decirle dónde buscar.

Don Moretti tenía archivos con la información de identidad de cada Moretti. Pero eran documentos confidenciales. Nadie tenía acceso a ellos.

Alguien dentro de ese castillo sabía de mi relación con Garrett García.

O peor...

Esa persona es el verdadero infiltrado de los García.

"Espero que Bianca esté a salvo ahí dentro. Gracias a Dios que tiene a Héctor. Él la protegerá."

Confío en que Héctor no dejará que le pase nada.

Pero no puede estar con ella todo el tiempo.

Necesito saber por qué los García han decidido revelar mi identidad en este momento.

Necesito averiguar qué planean contra los Moretti.

Y, sobre todo, necesito vigilar a Bianca.

Como le prometí a su padre.

Saco mi teléfono y marco el número de Ink.

Es el único Moretti en quien puedo confiar ahora mismo, porque su contacto con el resto es mínimo.

"¿Qué pasa, hermano?" Ink contesta con su tono relajado. "Hace tiempo que no hablamos."

"Sí, necesito tu ayuda. Es urgente. ¿Dónde estás?"

"¿No se supone que deberías estar en el funeral de Don Moretti? Hombre, ojalá pudiera estar ahí."

Ink sigue hablando sin parar.

"Estoy celoso de ti. Tuviste el privilegio de ver al Don vivo y muerto."

"Ink, por favor. Necesito tu ayuda."

"Lo que sea, Luciano. Dime qué necesitas."

"Quiero un rastreo 24/7 del teléfono de Bianca."

"Hecho. La seguridad del castillo ya lo tiene registrado. ¿Por qué lo necesitas?"

"Tiene que ser extraoficial. No voy a estar en el castillo por un tiempo."

Hago una pausa antes de agregar:

"Te explicaré los detalles más tarde. Hasta entonces, mantente en contacto."

"Te tengo cubierto, hermano. Cuídate."

Ink no es solo el experto en tecnología de los Moretti.

Vivíamos en el mismo vecindario cuando éramos niños.

Era casi de la misma edad que mi hermana Betty.

No éramos cercanos, y después de que me fui de casa, nunca volvimos a vernos.

Pero nuestras vidas se cruzaron dos años después de que me uní a los Moretti.

Necesitaba un trabajo desesperadamente y tenía talento con la tecnología.

Lo recomendé a Don Moretti, y lo pusieron a trabajar con el equipo de seguridad digital.

El resto es historia.

Ahora no sé por dónde empezar.

Paso la primera semana en un hotel.

Solo como, duermo y vigilo los movimientos de Bianca.
También conduzco por la ciudad, buscando información.
Y trazo mi plan.
El primer paso es volver a casa.
A la casa de Garrett García.
Sé que no me rechazará.
Si lo conozco bien, querrá usarme como ejemplo para sus seguidores.
Un recordatorio de lo que sucede cuando traicionas tu linaje.
Una noche, usando un celular nuevo y desechable, vuelvo a llamar a Ink.
"Necesito que rastrees mis movimientos. No llares ni envíes mensajes. Pero el día que me veas de vuelta en la residencia Moretti, mándame una alerta de inmediato."
Tomo aire antes de terminar mi petición.
"Si no puedes contactarme, asume que estoy muerto."
Ink no hace preguntas.
"Lo tengo. Mantente con vida, hermano."
Cuelgo y me preparo.
Dejo el hotel y conduzco sin rumbo fijo por la ciudad.
Finalmente, me detengo frente al cementerio.
No suelo venir aquí.
Pero esta vez tengo que hacerlo.
En caso de que no salga vivo de esto, necesito despedirme.
Las puertas del cementerio chirrían cuando las empujo.
Camino hasta dos lápidas.
La de mi madre es gris.
La de Betty, negra.
Me arrodillo frente a la de Betty y limpio el polvo con la palma de la mano.
En la piedra se revela su foto favorita, su cabello negro brillando mientras sonrío a la cámara.
Solía llevar el cabello en coletas y siempre fue una niña feliz.
Junto a su tumba hay una más pequeña.

La de Jaz.

Aunque no teníamos dinero, mamá insistió en enterrarlas juntas.

"Betty y Jaz merecen estar en el cielo juntas," decía.

Paso la siguiente hora arrancando maleza y limpiando la suciedad con mi camisa.

Las lápidas relucen después de mi trabajo.

Ojalá hubiera traído flores.

"Espero que estén felices."

Y en el fondo, me pregunto si pronto estaré con ellas.

Después de un momento de calma, regreso a mi camión, enciendo el motor y tomo la carretera hacia el norte.

Conduzco durante una hora.

Hasta que llego al lugar que una vez llamé hogar.

El lugar donde residen mis supuestos parientes.

Me detengo frente a los altos muros de concreto.

Respiro hondo.

Y digo mi nombre en voz alta.

"Luciano García."

Las puertas grises y desgastadas se abren con un chirrido.

Conduzco adentro.

La última vez que estuve aquí, me sacaron a latigazos por negarme a completar una misión suicida.

Ahora regreso por voluntad propia.

Sé lo que me espera.

Golpes.

Humillación.

Castigo.

Pero lo soportaré.

Lo soportaré todo por mi venganza.

Por mi Bianca.

El sonido de los portones cerrándose detrás de mí resuena como una sentencia.

No hay vuelta atrás.

Los recuerdos inundan mi mente.

La última vez que estuve aquí, era un adolescente que se negaba a seguir órdenes.

Me arrastraron por este mismo suelo, mis costillas golpeadas por culatas de rifles, mi piel desgarrada por los látigos que castigaban mi "desobediencia".

Ahora regreso, no como un prisionero, sino como un hombre con un propósito.

Los hombres de Garrett me esperan en la entrada, sus expresiones oscilando entre burla y sorpresa.

Uno de ellos, un tipo de rostro curtido y una cicatriz que le cruza la mejilla, escupe al suelo antes de hablar.

—Miren quién volvió del infierno.

No respondo.

Mantengo la cabeza alta y camino directo hacia la gran casa que domina el centro de la propiedad.

Un lugar que antes me pareció un castillo infranqueable, pero que ahora solo veo como una jaula.

“¿Qué te hace pensar que el viejo te quiere aquí?” pregunta otro hombre, bloqueando mi paso.

Mi mandíbula se tensa.

“Porque Garrett no desperdiciaría la oportunidad de convertirme en un ejemplo.”

Se miran entre sí antes de soltar carcajadas.

Uno de ellos agarra mi brazo y me empuja hacia adelante.

“Vamos, el jefe decidirá qué hacer contigo.”

Subo los escalones de piedra, mi cuerpo alerta ante cualquier movimiento.

La mansión de los García no ha cambiado.

Las mismas paredes oscuras, los mismos cuadros cubiertos de polvo, el mismo aire viciado de poder y violencia.

Garrett me espera en el estudio.

Está sentado en su gran silla de cuero, bebiendo de una copa de cristal.

Cuando me ve, su sonrisa se extiende con una mezcla de satisfacción y desprecio.

“Miren nada más quién se digna a volver.”

No respondo.

Me quedo de pie, esperando.

Garrett se levanta con calma, caminando alrededor de su escritorio.

“Me sorprende que hayas tenido el valor de regresar, sobrino.”

La palabra sobrino me golpea como un insulto.

No soy su familia.

Nunca lo fui.

“Sabía que no me rechazarías” digo, manteniendo la voz firme.

“¿Ah, sí?” Garrett sonríe. “Dime, ¿por qué?”

Miro a los hombres que nos rodean.

Todos esperan mi respuesta.

Si cometo un solo error, estoy muerto.

“Porque necesitas que la gente sepa lo que le pasa a un traidor.”

Garrett suelta una carcajada.

“Tienes razón.”

De pronto, su risa se apaga y su expresión se vuelve sombría.

“Pero antes de matarte, dime una cosa...”

Se acerca, sus ojos fríos clavados en los míos.

“Por qué demonios volviste”

Este es el momento.

La única oportunidad que tengo de sembrar la duda en su mente.

“Porque los Moretti me han traicionado.”

Las palabras salen de mi boca sin titubeos.

Garrett entrecierra los ojos.

“Explicate.”

Tomo aire.

“Le di mi lealtad a Don Moretti, y al final, me usaron. Me dejaron fuera como si nunca hubiera sido parte de ellos.”

Garrett se cruza de brazos, evaluándome.

“¿Y qué esperabas? Nunca fuiste uno de ellos.”

“Por eso estoy aquí.”

Me inclino hacia adelante.

“Quiero vengarme”

El silencio que sigue es tan denso que apenas puedo respirar.

Garrett estudia mi rostro, buscando cualquier señal de mentira.

Finalmente, sonrío.

“Interesante”

Se gira hacia sus hombres.

“Pongan a prueba a Luciano. Si sobrevive, hablaremos.”

No me sorprende.

No esperaba que me recibiera con los brazos abiertos.

Dos hombres me sujetan y me arrastran fuera del estudio.

El primer golpe llega antes de que pueda prepararme.

El puño se estrella contra mi estómago, sacándome el aire.

El siguiente me corta el labio.

La sangre me sabe amarga en la boca.

No me resisto.

No todavía.

Dejo que me golpeen.

Que descarguen su furia en mí.

Porque sé que cada golpe es un paso más cerca de lo que quiero.

Cuando finalmente me sueltan, caigo de rodillas, escupiendo sangre.

Uno de los hombres se ríe.

“Eres un perro más difícil de matar de lo que pensábamos.”

Levanto la cabeza y le sonrío con los dientes manchados de rojo.

“Todavía no han visto nada.”

Garrett observa la escena desde lejos.

Finalmente, asiente con aprobación.

“Bien. Veremos si eres útil.”

Me lanza una toalla ensangrentada.

“Límpiate, muchacho. Si realmente quieres vengarte, tenemos trabajo que hacer.”

Mientras agarro la toalla con manos temblorosas, sé que el primer paso de mi plan está en marcha.

Estoy dentro.

Ahora, todo lo que necesito es esperar el momento perfecto para destruirlos desde dentro.

Por Bianca.

Por Don Moretti.

Por todo lo que me arrebataron.

CAPÍTULO 15 - Bianca

Estoy rodeada de gente, pero me siento sola.

Cada minuto estoy ocupada con trabajo. Si no es algún documento que necesita mi firma, es una controversia que requiere ser resuelta.

De repente, parece que nadie puede continuar con su vida diaria sin necesitar las instrucciones o el permiso de una mujer llamada Bianca Moretti.

La vida es abrumadora.

No importa que tenga asistentes para ciertas tareas. Me despierto cansada y cada noche me arrastro hasta la cama completamente agotada.

A veces voy al estudio de mi padre a revisar sus libros, buscando alguna nota sobre cómo lidiar con el estrés, pero no hay nada.

Héctor me dijo que lo que llevó a Papi al éxito fue su ambición y el deseo de salir de la pobreza.

"Pero yo también soy ambiciosa", argumenté.

Todo lo que Héctor respondió fue: "Nunca has experimentado el sufrimiento que él vivió. Su devoción siempre superará la tuya".

Aunque sé que pronto me acostumbraré a todo esto, lo único que le importa a esta gente es que su jefa—yo—se despierte temprano cada mañana y funcione como una maldita máquina.

Mi teléfono suena y lo tomo sin siquiera mirar la pantalla.

"¿Sí?"

"Jefa."

Esa es la nueva forma en la que Little me llama.

"¿Cómo estás, Little?" pregunto, girándome en la cama.

"Bien. Te llamo por el comerciante. El que pidió usar nuestras instalaciones."

"Oh, lo recuerdo."

"Sí, ¿puedes verlo esta mañana? Tiene un trato de negocios y no podrá venir al mediodía."

"No soy una máquina, Little. Quien necesite verme puede esperar hasta las diez de la mañana", gruño a través del teléfono.

Puedo percibir la sonrisa débil de Little al otro lado de la línea.

"¿A qué hora dormiste anoche?"

Gimo mientras intento cambiar de posición para estar más cómoda en la cama.

Mi espalda duele después de pasar horas inclinada sobre la mesa.

"A las cuatro de la mañana."

"Oh, me siento fatal por despertarte."

"No pasa nada, no dormí mucho de todos modos." Me siento y apoyo la espalda contra el cabecero.

"Quería verte."

"¿De verdad? ¿Qué pasa?" Toda la diversión desaparece de la voz de Little.

Hago una pausa.

¿Cómo reaccionaría Little si le preguntara por Luciano?

¿No parecería débil ante mis hombres?

¿Qué garantía tengo de que Little no hablará más de la cuenta?

Decido rápidamente no preguntarle.

Una parte de mí está segura de que, a pesar de los lazos de Luciano con los García, él sirvió a Papi con absoluta lealtad.

Aun así, es un terreno inestable y no estoy lista para explorarlo, al menos no con Little.

"¿Quieres almorzar conmigo algún día? Solo nosotros dos", le pregunto en su lugar.

"Por supuesto. Me encantaría salir contigo cuando quieras. ¿Qué más te gustaría hacer?"

"Quiero hacer algo que refuerce mi interés en la política."

"Sí, estoy feliz de que hayamos logrado tanto en tan pocas semanas."

"Yo también."

Hay mucho más que podríamos decir, pero ambos hemos aceptado una regla no escrita: nunca mencionar el nombre de Luciano.

"¿Qué te gustaría hacer? Sé que la caridad y el voluntariado ayudan mucho a los políticos. Podemos organizar actividades comunitarias con los jóvenes."

Tomo nota de la idea y la anoto en el diario junto a mí.

"También tengo un plan más grande. Quiero invertir en la comunidad artística. Comenzaré con visitas, donaciones para patrocinar a niños interesados en el arte, y seguiré hasta que pueda establecer mi propia galería."

"¡Wow!" Little exclama por teléfono.

"Es una idea brillante. Sabía que lo habías mencionado antes, pero nunca había

visto el panorama completo."

Y por eso Luciano siempre tendrá un lugar en mi corazón.

Él siempre veía el panorama completo.

"Gracias. También lo discutiré con Héctor para que pueda encontrar fallos y hacer sus propias sugerencias."

Con eso, termino la llamada.

Me acuesto en la cama, me acurruco en una bola e intento dormir.

Mis sueños han sido extraños últimamente.

Si no estoy soñando con los últimos momentos de Papi, lo hago con él tratando de decirme algo.

Aún incapaz de dormir, me rindo y salto de la cama.

Camino hasta los antiguos aposentos de Luciano.

Toco la puerta, pero nadie responde, así que la empujo y entro.

El lugar sigue igual que como lo dejó Luciano.

No tenía muchas cosas aquí, solo una maleta con algo de ropa, algunos zapatos y la cama.

No encuentro la pintura, lo que significa que se la llevó.

El cuarto ha sido reasignado, pero nadie parece querer ocuparlo.

Le diré a María que guarde la maleta y los zapatos en el almacén y que limpie la habitación más tarde.

Paso la mano por la cama antes de acostarme sobre ella.

Los recuerdos de nuestro tiempo juntos en esta habitación me golpean.

Me veo corriendo por la habitación mientras Luciano me persigue para recuperar su teléfono.

Recuerdo nuestro primer momento íntimo aquí, nuestros cuerpos cubiertos de sudor, incapaces de mantener las manos alejadas el uno del otro.

Huelo la cama y aún puedo percibir su aroma tenue.

Siempre olía tan bien.

Cierro los ojos y caigo en el abismo del sueño, aunque solo sea por un rato.

Sueño con el viaje con Little y cómo insistió en que debía preguntar a Luciano sobre Garrett García.

Si le hubiera preguntado, ¿habría sabido la verdad?

¿Por qué Luciano nunca me habló de sus raíces?

¿Era posible que Papi tomara bajo su ala a alguien sin conocer realmente su historia?

Reconsidero mi decisión.

¿Por qué Héctor no hizo nada después de que le informé sobre la expulsión de Luciano y su supuesta ejecución?

Estos pensamientos han infiltrado mis sueños.

Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, tengo un sueño tranquilo y reparador.

Los gritos y el sonido de tambores me despiertan abruptamente de mi profundo sueño.

Me empujo fuera de la cama y agarro mi teléfono para ver la hora.

Me doy cuenta de que ya es tarde en la noche.

Salgo rápidamente de la habitación y sigo el ruido hasta el patio.

Los hombres están reunidos alrededor de una gran fogata.

Camino entre ellos, tratando de entender lo que está pasando.

En el centro, muy cerca del fuego, hay un hombre arrodillado.

"Héctor", lo llamo.

"Bianca", levanta la mano para indicarme que me una a él en medio de la multitud.

Los hombres abren paso, permitiéndome llegar a su lado fácilmente.

"¿Qué está pasando, Héctor?"

"Este es un aliado de Luciano."

Levanto una ceja, confundida.

"¿Qué quieres decir con un aliado de Luciano?"

"La explosión en la plataforma petrolera. Este hombre fue quien colocó el generador defectuoso."

Mis ojos se posan en él.

Su rostro está cubierto de sangre, su ropa está hecha jirones.

Parece sediento, y su labio inferior está hinchado.

Tiembla violentamente, pero mantiene la mirada fija en mí.

Esa mirada... parece la de un hombre inocente.

"¿Y cómo lo sabes?" aparto la vista de sus ojos.

"Hay una grabación completa. Uno de los camiones en la plataforma tenía una caja negra, y su llegada y salida quedaron registradas", explica Héctor.

"Bien. Quiero verla."

Héctor me entrega una tablet, y en la pantalla se reproduce el video.

El rostro del hombre es claramente identificable.

Estoy cansada de seguir mi instinto y que me juegue en contra.

Le devuelvo la tablet a Héctor y camino con determinación hacia el prisionero.

Hago un puño y estrello mis nudillos contra su rostro ya ensangrentado.

El hombre cae al suelo con un golpe seco.

Me agacho para examinar su condición y me doy cuenta de que ha perdido el conocimiento.

No me doy cuenta de que los hombres a mi alrededor han enmudecido hasta que escucho el primer grito.

"¡Sí!"

Primero, un grito, luego una ovación.

De repente, siento brazos a mi alrededor levantándose en el aire.

Me están celebrando.

Una oleada de orgullo me invade.

Y me uno a ellos en el grito de victoria.

Aceptación.

Cuando finalmente me bajan, Héctor me envuelve en un fuerte abrazo.

"Has demostrado ser digna de su lealtad."

Señala a los hombres a nuestro alrededor.

"Míralos. Harán lo que sea por ti. Solo observa."

Los aplausos, las miradas de respeto, los gestos de asentimiento...

Finalmente entiendo lo que se siente tener poder, pero no solo poder heredado.

Poder otorgado por la gente.

Y la felicidad estalla en mi interior.

Aprovecho el momento y me dirijo a ellos con firmeza.

"Buscaban justicia para nuestros hombres, y ahí la tienen. Quieren que nuestros

enemigos paguen por sus crímenes. Como les prometí hace días, estoy aquí por ustedes."

Otra ronda de vítores se escucha.

Levanto la mano, indicando que quiero seguir hablando.

"He estado pensando profundamente en cómo podemos mejorar las condiciones de vida de nuestra comunidad. Quiero servir a mi gente, y a cambio, quiero que tengamos prioridad sobre los demás.

Cuando esto suceda, estaremos seguros bajo el escudo del poder.

Y por esa razón, quiero anunciar mi interés en la política.

Es hora de trabajar para la gente."

"¡Sí!"

"¡Jefa!"

"¡Moretti para el pueblo!"

"¡Cerveza gratis para todos esta noche! La casa invita."

Las celebraciones continúan.

Pero Little me toma del brazo y me arrastra a un lado.

"¿Qué acabas de hacer?"

"Anunciar que quiero entrar en la política por el bien de nuestra comunidad."

Little suelta una carcajada seca.

"No puedes estar hablando en serio."

"Oh, sí puedo."

Me suelto de su agarre.

"¿Cuál es tu problema? A mis hombres no les molesta, ¿o sí?"

Little me observa con una expresión severa.

"No."

"Bien. Y aunque lo hicieran, ya he tomado mi decisión. Y es definitiva."

La incredulidad se refleja en su rostro.

"No puedes hacer esto, B. No te lo permitiré."

Vuelve a sujetarme del brazo, pero lo aparto con fuerza.

"¡Suéltame, Little!"

Hay un brillo extraño en sus ojos que me incomoda.

"Estás borracho. Necesitas dormir", le digo mientras me alejo.

Pero antes de que pueda reaccionar, una lata de cerveza golpea mi cabeza.

Me giro, atónita.

Little.

"¿Pero qué mierda...?"

Antes de que pueda terminar la frase, un grupo de hombres cae sobre él con golpes y patadas.

Trato de detenerlos, pero es una multitud incontrolable.

Cada grito de dolor de Little es ahogado por la euforia del grupo.

Héctor se acerca a mi oído y murmura:

"No puedes permitir que te falte el respeto así."

"Lo van a matar."

Mi voz tiembla, pero me mantengo firme.

Me niego a escuchar a Héctor.

"¡Déjenlo!"

Los hombres se detienen y retroceden.

Me acerco a Little y toco la herida que sangra en su ceja.

Se aparta bruscamente, evitando mi contacto.

Luego, escupe al suelo y se aleja cojeando.

Los hombres se miran entre sí y luego continúan la fiesta como si nada hubiera pasado.

Miro por encima del hombro a Héctor, quien me observa con una sonrisa de satisfacción.

"Te lo dije", murmura.

Corro hacia el estudio, con la sangre hirviendo en mis venas a cada paso que doy.

En cuestión de minutos, he recibido diferentes reacciones que me han dejado completamente confundida sobre cómo liderar.

Primero, me pusieron a prueba.

Y en el momento en que golpeé al traidor, fui aceptada.

Pero cuando decidí ser compasiva y salvar a alguien, me juzgaron.

Entro al estudio y cierro la puerta de un golpe.

Camino hasta el enorme escritorio de mi padre y me apoyo en él, respirando con dificultad.

Levanto la mirada y ahí está.

El retrato que pinté de él cuelga sobre la puerta, observándome con esos ojos severos pero llenos de sabiduría.

"¿Cómo hago esto, padre?"

Mi voz es apenas un susurro.

Me acerco al cuadro, mis dedos temblorosos rozando el marco.

"Quiero hacer las cosas bien, pero también quiero encontrar un equilibrio."

Muerdo mi labio y respiro hondo, tratando de calmar el caos dentro de mí.

"¿Cómo puedo lograr un cambio? ¿Es el cambio realmente tan constante como me enseñaste?"

Me dejo caer en la silla que ahora es mía y me quedo en silencio.

Minutos después, el sonido de un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos.

"Adelante", digo, recomponiéndome.

Héctor entra con expresión seria.

"Tenemos que hablar."

Me cruzo de brazos.

"Si se trata de lo de Little, ya lo manejé."

"No, Bianca. Esto es más importante."

Se acerca y se sienta frente a mí.

"No me gusta lo que pasó esta noche. Pero lo que realmente me preocupa es lo que acabas de anunciar."

Lo miro fijamente.

"¿La política?"

Héctor asiente.

"No es que no crea que puedas hacerlo. Sé que eres inteligente y capaz. Pero esto... esto es un mundo completamente distinto, Bianca. Un mundo donde las reglas del poder son diferentes."

"Eso ya lo sé."

"¿Lo sabes?"

Se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

"Porque desde que tomaste el control, tu poder se ha basado en la lealtad de estos hombres. Pero si entras en política, no solo estarás luchando contra enemigos de otras familias, sino contra todo un sistema. Gente con más influencia, más dinero y menos escrúpulos de los que puedas imaginar."

Suelto un suspiro.

"He pensado en todo eso, Héctor. Y aún así, quiero hacerlo."

"¿Por qué?"

Lo miro fijamente, sin dudar.

"Porque quiero que nuestra gente tenga algo más que miedo y armas. Quiero que tengan seguridad. Quiero que tengan una voz fuera de este mundo de sangre y violencia."

Héctor se queda en silencio, analizando mis palabras.

Finalmente, asiente con la cabeza.

"Si realmente quieres hacer esto, entonces necesitas prepararte. Dejar de actuar con el corazón y empezar a pensar estratégicamente. De lo contrario, te destruirán antes de que siquiera pongas un pie en el tablero."

Aprieto los puños.

"Estoy lista."

Héctor se levanta.

"Entonces hablaremos mañana sobre los siguientes pasos."

Camina hacia la puerta, pero se detiene justo antes de salir.

"Y Bianca... si sigues en esto, prepárate para perder más de lo que jamás imaginaste."

Las palabras quedan suspendidas en el aire mucho después de que él se va.

Sé que tiene razón.

Pero ya estoy demasiado metida en esto como para dar marcha atrás.

Y no lo haría, aunque pudiera.

Miro el retrato de mi padre una última vez.

"No te defraudaré."

Me levanto, me sirvo un vaso de whisky y me lo tomo de un solo trago.

La guerra apenas comienza.

CAPÍTULO 16 - Luciano

"¡Levántate de una maldita vez, saco de porquería!"

La voz que retumba desde los altavoces por encima de mí me saca del letargo. Un destello de luz golpea mi rostro de manera inesperada, cegándome, y levanto una mano para cubrirme los ojos.

"Mierda," musculo, con la visión nublada por manchas negras.

"¡Despierta y resplandece, traidor! Ha llegado tu hora de ser juzgado por el jefe," dice nuevamente la voz.

Murmuro, "Ya era hora."

Las últimas cuatro semanas han sido agotadoras y frustrantes. No he logrado contactar a Garrett en persona, ni acercarme a sus planes o conspiraciones secretas. Me han alimentado bien, pero también me han obligado a realizar trabajos físicos para demostrar mi lealtad. No importaba que cada quien tuviera su rol; me hicieron hacer de todo y, además, limpiar después de los demás.

"Fuera." La puerta se abre de golpe y salgo sin apuro.

La arquitectura de los cuarteles de Garcia es notablemente diferente a la de los Moretti. Aquí, los edificios son altos y cada persona tiene derecho solo a una habitación, mientras que instalaciones como la cocina y los baños son compartidos.

Salgo al patio, un espacio amplio que lleva hasta la casa principal, el mismo edificio cuyos pasillos conocí bien durante años.

"Conoces el camino," dice el guardia.

Asiento en respuesta y sigo la ruta hasta la casa. Es gris, con una iluminación tenue, y hay hombres apostados en cada punto accesible cada pocos metros. Supongo que alguien que causa problemas necesita la defensa más estricta.

La gran puerta de hierro chirría al abrirse, y entro a la recepción. Usualmente, aquí es donde los visitantes son inspeccionados. Sin embargo, los guardias dejan de hablar en cuanto aparezco.

El siguiente espacio es un gran salón vacío, destinado a reuniones y eventos. Cruzo las puertas y llego a un patio central al aire libre. Levanto la cabeza y respiro hondo, y mis ojos chocan con los de mi némesis: Garrett Garcia, en carne y hueso.

"Hola," lo saludo, acercándome a la silla de descanso donde está sentado.

"Luciano." Su voz sigue siendo igual de seca y gélida como la recordaba.

Los años le han favorecido. Sigue luciendo joven, con una piel tersa y una mandíbula esculpida. Sin embargo, la edad se refleja en sus cabellos grises y las arrugas en su frente.

"Señor." No estoy seguro de qué decir o hacer.

Tuve semanas de preparación. Sabía exactamente qué palabras, qué pausas y qué frases debía decir, pero ahora ya no importan. Todo sigue siendo incómodo.

"Veo que mis hombres te han recibido de la mejor manera en la que han sido entrenados."

"Sí, señor."

Mi regreso a los Garcia ha sido como el de un hijo pródigo, sin la parte festiva. Me recibieron con varias rondas de golpes. Apenas estacioné mi camioneta y bajé, me atacaron. Me alimentaron, sí, pero me segregaron y trataron como a un traidor. Reconocí varias caras, pero ninguna me dirigió la palabra como si me conociera. Solo el cocinero me habló, y lo único que dijo fue: "El jefe insistía en que no estabas muerto. Tenía que verlo con mis propios ojos." Luego escupió cerca de mí y se alejó.

"Debes saber que eres bastante afortunado. Las cosas han mejorado por aquí, hijo. Ya no soy el hombre que solía ser."

Mi cuerpo se tensa con la palabra "hijo."

"Hmm," respondo.

"Sí, y lo sabes." Se quita las gafas de sol y entrecierra los ojos al mirarme. "No luces tan mal."

Lucho contra el impulso de responder, pero fallo. "¿Cómo esperabas que me viera?"

Se encoge de hombros.

"¿Cómo creías que luciría un joven al que enviaste a morir?"

Garrett chasquea la lengua y vuelve a colocarse las gafas. "Íbamos a evacuarte. Era parte del plan."

"No lo parecía. Tus hombres me dejaron y se largaron."

"Igual íbamos a regresar por ti."

Me cruzo de brazos sobre el pecho. "¿Cuándo exactamente? ¿Después de que la bomba explotara? ¿O cuando Don Moretti y yo ya fuéramos pedazos?"

Garrett agita la mano, dando por terminada la discusión. Ese es otro rasgo suyo que no ha cambiado: su arrogancia. Me callo.

"Lo que importa es que estás de vuelta. Esto es una jugada perfecta para mis planes de derrocamiento. La pieza ideal acaba de aparecer en el tablero, y esa eres tú."

Frunzo el ceño con confusión. "He estado aquí durante semanas."

"Sí. Y en estas semanas, te he estudiado. Sigues siendo el mismo niño que conocí. Eso me basta."

Mi piel se eriza ante la idea de que Garrett haya estado observando cada uno de mis movimientos.

"También recibí tus cartas diarias pidiendo mi perdón." Se ríe. "Te vi suplicar mientras mis hombres te torturaban. Nunca lloraste, y en ese momento supe que aún me pertenecías."

"¿Estoy perdonado?" Adopto una expresión solemne, la de un hombre desesperado por aceptación.

Garrett se pone de pie. Sus pasos siguen siendo calculados y silenciosos como siempre. Pasa junto a mí y se detiene detrás de mi espalda.

"Siempre me pertenecerás, Luciano. Siempre. Tu padre se aseguró de ello."

Mi estómago se revuelve con asco. Aun así, respondo, "Por favor, perdóneme. Estoy de vuelta para seguir sus órdenes. Haré lo que sea para demostrar mi lealtad. Estar con los Moretti solo fue una cuestión de supervivencia."

"Lo sé. Si no estuvieras perdonado, no estarías respirando el mismo aire que yo ahora."

"Gracias." Me inclino respetuosamente, colocando una mano sobre mi pecho.

"No tan rápido. Descansa un poco. Tenemos una batalla que preparar."

Garrett me da una palmada en el hombro izquierdo, dejando su mano ahí por unos segundos antes de volver a su silla de descanso. Retoma la lectura del libro en sus manos. Garrett siempre ha sido un lector voraz. Sus bibliotecas solían ser mi refugio, pero nunca tuve tiempo para los libros.

La semana siguiente a mi conversación con Garrett transcurre mientras intento descubrir cuál será el siguiente paso en su plan para sabotear a los Moretti. No encuentro información útil, pero tampoco esperaba que fuera fácil. Mi otro objetivo es identificar al infiltrado dentro de los Moretti, la misma persona que cambió mi situación a favor de Bianca.

Me han asignado patrullaje nocturno la mayoría de los días de la semana. Este puesto obstaculiza mi capacidad de espiar, y el único momento que tengo para mí mismo es mientras me baño. Es ahí donde trazo mis planes en silencio y, al mismo tiempo, revivo la pérdida de mi conexión con Bianca. Se siente como una herida abierta cuya venda es arrancada una y otra vez.

Un día fatídico, los otros hermanos Garcia regresan de una misión: Phil y Antonio, que también son mis tíos. Garrett me llama a su habitación.

"Mis hermanos volverán pronto. No quiero que te vean rondando por aquí. No serán tan comprensivos como yo."

Entiendo de inmediato. Garrett es el más calculador, pero Phil no se detiene antes de atacar, y Antonio es simplemente impredecible.

"Pero los hombres les informarán," argumento.

"Hablaré con ellos antes de eso. Como te dije, siempre has sido parte del plan, y es hora de que sepan qué papel juegas."

Suspiro. "¿Cuál es mi papel?"

"Lo sabrás con el tiempo."

Los hermanos llegan y se reúnen con Garrett. Como me advirtió, me mantengo fuera de su vista. Se han encerrado en la habitación de Garrett. Hay una escalera que lleva hasta ese cuarto en particular, así que me oculto debajo de ella. Pasé muchas horas escondido ahí cuando era niño.

"Bienvenido, Phil. ¿Te divertiste en la otra parte de la ciudad?"

"No mucho," responde Phil con fastidio. "¿Podemos simplemente eliminar a esa joven? Se nos acaba el tiempo. Nuestra gente duda con cada minuto que desperdiciamos."

La risa de Garrett resuena a través del suelo de madera. "Paciencia, hermano. Debemos atacar cuando menos lo esperen. Les avisaré cuando llegue el momento adecuado."

Antonio carraspea. "¿Y las alianzas que necesitamos formar?"

"No te preocupes. Eventualmente, aquellos que juran lealtad a los Moretti vendrán suplicando. Todo lo que necesitamos es tomar el control total primero."

"Si tú lo dices."

"Tengo algo que decirles." Puedo imaginar a Garrett acariciándose el mentón. "Ha vuelto."

"¿Él? ¿Te refieres a Luciano?" La voz de Antonio se torna feroz.

"Lo supe desde el momento en que entré aquí."

El sudor perla mi frente, pero me mantengo inmóvil, esperando escuchar más. Me hierva la sangre al darme cuenta de que Garrett ni siquiera tuvo que decir mi nombre para que ellos supieran de quién hablaba.

Me deslizo silenciosamente desde debajo de las escaleras y camino hacia la oficina de Garrett. Sé que no tiene cámaras en esa habitación. La puerta está entreabierta, y me cuelo dentro sin hacer ruido.

Reviso los documentos sobre la mesa, pero no encuentro nada útil. Me siento un momento para reflexionar y llego a la conclusión de que Garrett nunca documentaría sus actividades más turbias. Fue una mala jugada venir aquí con la esperanza de encontrar algo tangible. Además, puede que haya instalado nuevas cámaras recientemente.

Me escabullo de la oficina y regreso a mi cuarto. Mi frustración es evidente cuando golpeo mis nudillos contra la pared una y otra vez. Ahora es más que obvio que no planeé bien mi regreso con los Garcia.

¿Qué pasa si he vuelto directo a esta trampa sin una salida posible?

Sacudo la cabeza con vehemencia. "No. Eso solo significaría que Bianca está condenada."

Me dejo caer sobre la cama y cierro los ojos. Mi mente se inunda de imágenes de la muerte de Bianca, de todos los escenarios en los que podría perderla. Esa noche, mis sueños están plagados de visiones del golpe contra los Moretti. Puedo ver claramente los diferentes métodos que Garrett utilizará. Después de todo, no respeta ninguna ley.

En la oscuridad de mi subconsciente, miro hacia abajo y veo la cabeza de Bianca rodando hasta mis pies. Mientras lloro su muerte, Garrett se alza sobre mí. En ese momento, comprendo que la única solución a todo esto es deshacerme de Garrett. Es el verdadero ambicioso, y sin él, sus hermanos se conformarían con liderar solo su pandilla.

Primero lo primero. A la mañana siguiente, hablaré con más hombres. La gente habla, y antes de que pase mucho tiempo, tendré información útil para pasarle a Héctor... para Bianca.

Tomo mi teléfono de la mesita de noche y deslizo las fotos de Bianca. Tengo muchas guardadas. En una, está cuidando las flores en el jardín; en otra, supervisando nuestras visitas al casino, revisando las cuentas atrasadas.

Sigo pasando las imágenes hasta que llego a mi favorita. Su cabello ondea con el viento, sus manos levantadas en señal de paz, la lengua afuera en una mueca divertida. Hago zoom y noto las arrugas alrededor de sus ojos, el efecto natural de su sonrisa amplia.

Pero algo más llama mi atención.

En el fondo de la foto, está su amigo de la infancia. Su camisa está levantada, como si intentara abanicarse, y en su torso inferior distingo un emblema. Se ve parcialmente, pero me resulta extrañamente familiar.

Rápidamente, agarro un papel y un bolígrafo y dibujo la parte visible del tatuaje. Luego lo observo con atención. Es la cabeza y el pico de un pájaro.

Mi pulso se acelera. Me apresuro a tomar la ropa que me asignaron cuando me pusieron en patrullaje. En la parte trasera de la chaqueta, está estampado el logo de un halcón mirando de lado.

Pongo el dibujo junto a la imagen. Coinciden.

"No puede ser..."

Vuelvo a comparar la foto con el boceto y la insignia de la chaqueta. Todo encaja.

Respiro con fuerza y me apresuro a escribir en el papel.

Bianca necesita saber la verdad cuanto antes.

CAPÍTULO 17 - Bianca

"Me alegra que estés enfocada en este proyecto en este momento. Hará mucho por nuestra juventud." La alcaldesa me estrecha la mano.

"Ojalá pudiera hacer más." Le dedico una sonrisa mientras observo mi galería de arte.

En tres semanas, dejé mis sentimientos de lado, me rodeé de las personas adecuadas y me concentré en mis pasiones. Ahora, he inaugurado una fundación benéfica en honor a mi padre y estoy preparando el lanzamiento de mi galería y escuela de arte, tal como lo planeé.

"Vamos, salgamos ya." Sostengo la puerta para la alcaldesa y la cierro tras ella.

"¿Has pensado en un nombre? Sé que eso debería haber sido nuestro primer paso, pero realmente quería que lo hicieras a tu propio ritmo."

He estado esperando que me hicieran esa pregunta. Pensé en varios nombres, desde "B y Morettis" hasta simplemente "Moretti", pero al final opté por algo que no estuviera ligado a mi identidad.

"Sí, señora. Me decidí por Flora's Art Xperience, con experiencia escrita con una X."

"Brillante. ¿Tienes alguna razón detrás de esa elección?"

Ahora estamos en el garaje, con los guardaespaldas de la alcaldesa y los míos apostados a nuestro alrededor, dándonos el espacio suficiente para hablar.

"Quería algo puro, así que lo nombré en honor a alguien importante en mi crecimiento. Este será un lugar para enseñar y disfrutar el arte en sus distintas y únicas formas. Será una experiencia para todos los involucrados."

Ella asiente mientras hablo. "Me encanta. Estoy deseando que llegue la inauguración a finales de la semana. Estaré presente y podremos anunciar la beca de arte durante el evento."

"Muchas gracias por esto." Esta vez, soy yo quien le estrecha la mano.

"De nada. Espero que podamos lograr muchas cosas juntas."

"Y yo también, señora."

"Siento mucho haberte hecho venir más temprano de lo acordado."

El plan original era ir de compras antes de reunirnos, pero como tenía un vuelo que tomar, nos encontramos antes. Veo a la alcaldesa subir a su coche y alejarse mientras camino hacia la entrada del edificio.

Observo la estructura y exhalo con una sensación de ligereza en el pecho. Estoy orgullosa de este logro y estoy segura de que mi padre también lo estaría.

"Vámonos a casa, Ben," le digo a mi nuevo guardaespaldas, y caminamos hacia el coche.

Escogí a Ben entre muchos candidatos sin una razón en particular. Solo quería a alguien que hablara poco, y él era perfecto para eso. Personalmente, me hubiera gustado tener un par de guardaespaldas personales e incluir a Little, pero ya no nos llevamos bien.

El incidente de aquella noche marcó un punto de inflexión, y desde entonces, me he mantenido como una líder enfocada en los negocios y sin amigos. Enfrento todo de frente y solo hago lo que debo hacer. Dejé de intentar complacer a los demás y me enfoqué en hacer lo correcto, siguiendo los pasos de mi padre, tal como Héctor me enseñó. Desde entonces, nadie me ha faltado el respeto.

La política, por otro lado, ha quedado en pausa por el momento.

"Por ahora, concéntrate en relacionarte con la gente con poder," me aconsejó Héctor.

Seguir su consejo me llevó a conocer a la alcaldesa. Él nos presentó, y ella mostró interés en mí en cuanto le escribí sobre mi talento artístico y mis planes.

"Señora, mencionó que quería hacer unas compras. ¿Sigue interesada?" pregunta mi chofer.

Miro por la ventana. El clima es perfecto para salir de compras. También me dará la oportunidad de reconectar con la realidad.

"Sí. Detente en Biltmore Fashion Park. Allí podré hacer más cosas."

"Sí, señora."

El coche se desliza hasta el estacionamiento, seguido de cerca por el resto de la escolta de seguridad. Ben camina unos pasos detrás de mí mientras entro en el centro comercial. El aire fresco del interior roza mi piel.

No tengo en mente ninguna compra en particular, pero mi estómago se retuerce de hambre, así que decido comer primero.

Escaneo la zona hasta que un restaurante capta mi atención. Es un lugar elegante, iluminado con luces doradas, que emana calidez y exclusividad. Hago una leve inclinación con la cabeza, y Ben avanza, desapareciendo en el interior por un momento antes de regresar para sostener la puerta para mí.

"La mesa 3 está reservada," dice, apartando una silla para que me siente. Le dedico un leve asentimiento en señal de agradecimiento.

Una mesera se acerca con una cálida sonrisa. "¿Qué le gustaría ordenar hoy?"

Ni siquiera miro el menú. "Sorpréndeme. No tengo alergias, así que tráeme tu mejor plato."

Ella duda por un segundo, como si no estuviera segura, pero luego asiente.

"Enseguida. Empezaré con un cóctel de camarones."

Minutos después, colocan frente a mí un plato con camarones frescos. La primera mordida es un estallido de sabores: jugoso, ácido y delicioso. Cierro los ojos para saborearlo.

"Wow," murmuro.

Justo en ese momento, mi teléfono vibra. Una llamada de un número desconocido.

Mi estómago se tensa, pero respondo.

"¿Hola?"

Silencio. Solo se escucha una respiración profunda y controlada.

Aprieto los dedos alrededor del teléfono.

"¿Hola? Luciano, ¿eres tú?"

La llamada se corta.

Mi pulso se acelera. Sé que es él. Siempre está en las sombras, siempre encontrando la forma de llegar a mí sin ser visto.

Pero no tengo tiempo para sus juegos. No ahora.

"Señora," la voz de Ben es baja, urgente. "Hay un archivo que necesita ver."

Frunzo el ceño. "¿Un archivo?"

"Los muchachos afuera dijeron que un empleado lo dejó. No dijo mucho, solo que sabría quién lo envió en cuanto lo viera."

Un frío nudo se instala en mi estómago. "¿Por qué no lo trajeron?"

"Ya se había ido. Pero verificamos sus credenciales, y son legítimas."

Ben regresa momentos después con un sobre de tamaño mediano. Mis manos titubean antes de deslizarse por la superficie del papel.

Entonces lo veo.

JAZ.

El aire abandona mis pulmones.

"Luciano," susurro.

Con dedos temblorosos, abro el sobre. Una carta cae junto con un dibujo, una fotografía impresa y un pequeño trozo de tela.

Tomo la carta primero.

NOTA: TRATAR COMO URGENTE.

Bianca,

Deberías haber sabido de mí, pero estoy demasiado atrapado aquí como para encontrar la salida todavía. Encontré algo, y aunque esto te impactará, debes destruirlo después de leerlo.

Hay un infiltrado en el Castillo. No soy yo. Alguien dentro está filtrando información a nuestros enemigos. Necesitarás la ayuda de Héctor para descubrir quién es.

Pero eso no es todo. Encontré algo más. Mira las fotos y lo entenderás.

Sinceramente, te extraño. Pero hay cosas que deben hacerse.

Siempre serás mi Jaz.

Mis manos tiemblan mientras aprieto la carta.

Una lágrima resbala por mi mejilla antes de que siquiera me dé cuenta de que estoy llorando. Aprieto la mandíbula y cierro los dedos alrededor del papel hasta que se arruga entre mis manos.

Tomo el dibujo primero. Es mío, un boceto de algo que apenas recuerdo haber hecho. Mi pecho se aprieta. Luego, paso a la fotografía. En el momento en que mis ojos aterrizan en ella, mi pulso se dispara.

"No," susurro.

Agarro el pequeño trozo de tela a continuación, deslizando los dedos por sus suaves fibras. Todo mi cuerpo se tensa. Mi mente se llena de reconocimiento y horror.

"No. No, no, no."

Apenas escucho a Ben llamarme por mi nombre. Mi teléfono vibra de nuevo y la pantalla muestra un video en reproducción.

La imagen parpadea, grabada desde la calle frente a mi galería de arte.

Luego—

Una explosión.

Fuego. Humo. Cristales que estallan.

Me aparto de la mesa de un empujón, la silla raspando el suelo. Un sonido ahogado se escapa de mi garganta mientras veo mi galería, mi sueño, el legado de mi padre—reducido a cenizas.

El restaurante se desvanece a mi alrededor. Apenas registro las voces preocupadas de los desconocidos.

Ben está a mi lado en un instante. "Señora, tenemos que irnos."

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra, y arrojo los restos rasgados del archivo a la basura. Mis manos tiemblan mientras dejo que Ben me guíe

hacia afuera, con mis piernas apenas sosteniéndome.

"Llévame a casa," susurro, con la voz áspera. "Necesito ver a Héctor. Ahora."

El auto avanza a toda velocidad por las calles. Aprieto mi teléfono entre los dedos, mi corazón golpeando con tanta fuerza que apenas puedo pensar con claridad.

Marco el número de Héctor.

Contesta en el primer tono. "¿Bianca?"

"Héctor, por favor dime que estás en casa. Necesito hablar contigo—ahora."

Su tono se vuelve más serio. "¿Qué está pasando?"

"Yo—" Mis palabras se cortan de golpe cuando un estruendo ensordecedor resuena en el aire.

El coche da un giro violento hacia un lado.

El cristal se rompe. El metal cruje.

El cinturón de seguridad se clava en mi pecho mientras el vehículo se desvía fuera de la carretera.

Un camión. Un maldito camión acaba de embestirnos.

"¡Ben!" jadeo, intentando levantar la cabeza.

"¡Manténgase agachada, señora!" grita mi chofer, luchando por recuperar el control del auto.

Otro golpe.

El coche gira fuera de control. Mi cuerpo es lanzado hacia los lados. Mi cuello se sacude bruscamente hacia adelante y luego hacia atrás, un dolor agudo estallando en la base de mi cráneo.

Más disparos.

Parpadeo, aturdida, tratando de procesar el caos afuera. A través del parabrisas astillado, veo sombras moviéndose—figuras vestidas de negro. Armadas.

Ben carga su arma junto a mí. "Quédese abajo."

Pero ya es demasiado tarde.

Un disparo impacta en mi hombro.

El dolor explota, abrasador y cegador.

Ahogo un grito, mi visión nublándose.

"¡NO!" Ben ruge.

Patea la puerta y dispara, refugiándose detrás del coche destrozado. Las balas silban por el aire. Más disparos.

Luego—silencio.

Escucho un golpe sordo. Mi estómago se revuelve.

Ben ha caído.

Intento moverme, pero mi cuerpo no responde.

Me arrastro, empujando la puerta con dificultad.

La sangre gotea de mi frente hasta el pavimento. Mis brazos tiemblan. Mi respiración es errática.

Pasos. Botas pesadas.

Dos figuras se alzan sobre mí.

Un arma se amartilla.

La oscuridad me engulle.

Floto. Sin peso. Un dolor sordo y punzante recorre mi cuerpo, pero se siente lejano, como si perteneciera a otra persona.

Hay voces.

Apagadas. Difusas.

Luego—un dolor tan agudo que me arranca de la inconsciencia.

Gimo. Mi cuerpo se estremece, pero algo me mantiene inmóvil.

Correas.

Mis brazos. Mis piernas.

Intento moverme, pero mis extremidades están atadas.

El aire huele a antiséptico y a tierra húmeda. Una tenue luz parpadea sobre mi cabeza.

"Está despierta," murmura una voz.

Una sombra se acerca.

Mi visión sigue borrosa, pero distingo la silueta de un hombre.

No es Héctor. No es Luciano.

Es alguien más.

Alguien peligroso.

Se arrodilla junto a mí, sus dedos rozando mi rostro.

"Bienvenida de vuelta, Bianca."

El mundo se enfoca de golpe—

Y la verdadera pesadilla comienza.

CAPÍTULO 18 - Luciano

Descubrir que Little trabaja con Garrett Garcia es un golpe brutal, tan impactante como difícil de creer. Jamás habría imaginado que él era el traidor. Sabía que ese chico nunca me tuvo aprecio. Lo veía en sus miradas, en sus burlas y en los comentarios sarcásticos que soltaba cuando creía que no lo escuchaba. Pero siempre lo atribuí a la amargura de la juventud, a la envidia de no poder estar con Bianca como antes. Siempre pensé que tenía un enamoramiento infantil con ella.

Obtener el sobre también fue más fácil de lo que esperaba. Solo tuve que contactar a Ink, acordar un encuentro y entregárselo. Me avisó en cuanto se lo dio a los guardias de Bianca.

Desde entonces, no he hecho más que dar vueltas en la cama, esperando su respuesta. También intenté comunicarme con Ink, pero no he logrado contactarlo.

"¿Qué demonios te tiene tan tenso?" Uno de mis compañeros de patrulla me suelta de repente.

"Nada," respondo con sequedad.

"Si lo que necesitas es una mujer en tu cama, solo tienes que juntarte con el resto de los muchachos. Te conseguirán unas chicas muy agradables."

Frunzo el ceño. "Gracias, pero no estoy interesado."

"Podrías conseguirte una tú mismo, ya sabes. Nadie te lo impediría. He notado que ni siquiera lo has intentado."

La idea de buscar a Bianca de pronto me golpea. Si todos los demás tienen la libertad de hacer lo que quieren, quizás solo necesito permiso. Sobre todo, considerando mi situación especial.

"Bien. Haré justo eso. Gracias por el consejo." Le agradezco con sinceridad, esperando que por fin se calle y me deje en paz.

"Entonces dime, soy nuevo aquí y no lo entiendo bien," dice, soltando un eructo que apesta a alcohol. "¿Por qué, siendo un Garcia de sangre, sigues durmiendo en los barracones con nosotros? ¿No deberías estar viviendo como un rey, con sirvientas que te atiendan en la casa principal?"

Cansado de hablar, le suelto, "Creo que deberías ocuparte de tus malditos asuntos."

"Todo aquí es mi asun—"

"Estás borracho." Lo interrumpo.

El reloj marca la hora en que mi turno termina, así que me alejo sin mirar atrás.

Otro compañero de patrulla me grita a la distancia. "Pero tiene razón. Responde la pregunta."

Mi paciencia se está agotando, así que lo ignoro y entro en la casa de Garrett. Me dirijo al patio central, pero él no está allí. Retrocedo y subo las escaleras hasta su estudio. Llamo suavemente a la puerta, pero no hay respuesta. Lo veo como una oportunidad para buscar el nombre de Little en sus archivos.

Pero en cuanto abro la puerta, el sonido me golpea como un latigazo.

Cinturones impactando contra piel. Gemidos de mujeres.

Y la risa histérica de Garrett mientras disfruta infligiendo dolor.

"¡Fuera!" ruge, con el rostro deformado entre placer y rabia.

Salgo apresurado del edificio. Es igual que cuando era niño y presencié lo mismo.

Garrett está enfermo.

Me dirijo a uno de los hombres encargados y le pido permiso para salir. Se aleja unos minutos, luego regresa con algunas preguntas antes de darme el visto bueno. Debe haber llamado a Garrett para preguntarle si podía dejarme salir. Me encojo de hombros, ignorando la humillación que se arrastra por mi piel, y me marchó.

Ver las puertas del Castillo Moretti a lo lejos me llena de nostalgia. Ese lugar representa todo lo que significa hogar.

Por primera vez en años, la seguridad me pide mi identificación.

"¿A quién vienes a ver?" pregunta el guardia. Parece nuevo, probablemente uno de los recién contratados.

Quiero decir Bianca, pero eso sería demasiado. "Héctor."

"Oh. Tengo instrucciones de informarle sobre cualquier visitante." El joven toma la línea de comunicación y le avisa a Héctor que estoy aquí.

Puede que no sea la persona a la que esperaba ver, pero al menos logré entrar.

Cinco minutos después, Héctor llega a la puerta. Como esperaba, su expresión no es de sorpresa, pero su tono deja claro que no soy el hombre al que estaba esperando recibir.

"Héctor, señor." Me inclino levemente.

Héctor gruñe en respuesta. "Cuánto tiempo sin verte, Luciano."

"Sí."

"¿Quieres que te linchen tan desesperadamente? Todo está tenso ahora mismo." Se da la vuelta, listo para regresar adentro.

"Por favor, espera," le ruego.

"Sabes que no debes dejarte ver por aquí, chico. ¿Por qué has venido?" Me guía lejos de la puerta, asegurándose de que nadie nos vea.

"Tienes que escucharme."

"No creo que a nadie le interese escucharnos si te ven aquí," resopla Héctor, con los ojos hundidos de cansancio. "No después de lo que ha pasado."

"¿Pasado?" pregunto, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda.

Héctor gruñe y cruza los brazos, frunciendo el ceño mientras yo solo puedo mirarlo con confusión. Mira alrededor antes de inclinarse hacia mí.

"Bianca fue atacada. Le dispararon dos veces."

Caigo de rodillas, con las manos en la cabeza. "¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Está bien?"

"No puedo decir mucho. Está lejos de recuperarse." Héctor suspira con pesadez.

El solo pensamiento de Bianca muriendo me revuelve el estómago. No puedo imaginar lo que pasó antes del ataque, ni cómo está ahora.

"¿Puedo verla, por favor? ¿Hay información sobre los atacantes?"

No estoy seguro de si fueron los Garcia. No ha habido ningún comentario ni celebración al respecto, lo cual no es propio de ellos.

"¿Fue un asesino a sueldo? ¿Garcia? ¿Quién?"

"Creo que tú deberías ser la persona ideal para responder esa pregunta, considerando que comes y duermes con el enemigo." Héctor me mira con dureza.

No me importa lo que piense de mí en este momento. Lo que me inquieta es por qué no menciona nada sobre atrapar al culpable.

"Por favor, dime si atraparon a alguien."

"Ben era el guardaespaldas de Bianca hasta el ataque. Murió matando al tirador."

"Sabía que no fueron los Garcia. En el campamento no ha habido ni una sola palabra al respecto."

"Oh, entonces ahora admites que vives con el enemigo, ¿verdad?"

El silencio entre nosotros es espeso, hasta que finalmente Héctor habla.

"Antes de que ocurriera todo, fui la última persona en hablar con Bianca por teléfono. Me dijo que tenía que contarme la verdad." Héctor se masajea las sienes.

Me detengo. Recibió mi carta, tal como Ink confirmó. "Sí."

"¿Tienes idea de lo que intentaba decirme? Sé que ustedes dos eran cercanos y probablemente seguían en contacto después de que te fuiste."

"No, señor. No hemos estado hablando, pero sí sé qué quería decirte." Escaneo el área antes de hablar, asegurándome de que nadie nos esté escuchando. "El infiltrado es Little. Busca un tatuaje en su torso, en cuanto lo veas lo reconocerás."

"¡Por el amor de Dios! ¿Little? ¿Estás seguro de eso?" Héctor se ríe con incredulidad. "Ese chico no tiene el valor ni para matar una mosca."

"Tal vez ahí es donde todos lo subestimaron."

Héctor junta las manos y las presiona contra su barbilla. "Esto es una locura. Revisaré el tatuaje. Pero necesitamos más que eso para detener estos ataques. Si tienes razón sobre que no fueron los Garcia, entonces significa que alguien más está detrás de esto."

"Aun así, mi apuesta sigue siendo los Garcia."

"Deberías irte, muchacho. Nadie puede verte aquí. Te lincharían."

Me paso los dedos por el cabello. "¿Puedo verla antes de irme?"

"No sé qué es lo que ustedes dos tienen, pero verla no es lo más inteligente. ¿No estás escuchando, chico?"

"Quiero hablar con ella. Ver cómo está."

Héctor suspira. "Ha estado inconsciente."

Muerdo el interior de mi mejilla. "¿Cuál es el siguiente paso?"

"Esperar a que la jefa se recupere. Ella es nuestra prioridad ahora."

Sacudo la cabeza.

"¿No estás de acuerdo?" Héctor me observa de arriba abajo.

"No. Creo que mientras esperamos su recuperación, también deberíamos actuar. Si no, las cosas se pondrán mucho peor."

"Perdona que te rompa la ilusión, pero no tienes voz en esto. Ya tomamos una decisión, y yo estoy al mando por ahora."

Levanto las manos en señal de rendición. "No es una falta de respeto, Héctor. Solo es una sugerencia que creo que deberías considerar."

"Cuando digo esperar, se espera. Ahora lárgate de aquí."

Me ajusto la capucha y camino con rapidez hasta la estación de autobuses. Lo único en lo que puedo pensar es en Bianca, acostada en esa cama de hospital, débil e indefensa.

No llevé mi camioneta a propósito. No podía arriesgarme a que los hombres de Garrett me siguieran.

El autobús se detiene justo frente a la casa de Ink. Después de todo, le dije a Garrett que iba a visitar a un amigo enfermo.

Golpeo la puerta, y se abre al instante. Ink está sentado en el sofá, bebiendo una cerveza fría.

"¿Cómo te fue?" pregunta.

"No sabía que Bianca estaba herida."

"Pensé que lo sabías. Todos los demás lo saben, aunque intentamos mantenerlo en secreto."

Me dejo caer en el sofá, apoyando mi espalda agotada contra los cojines. "No me lo dijiste."

"No tenía forma de comunicarme. Me pediste que no te contactara. Además, si hubieras pasado por aquí primero, lo habrías sabido."

"No. Necesitaba que los hombres de Garrett creyeran mi historia."

Ink me pasa una botella de cerveza fría. "¿Te importaría compartir?"

Me levanto y camino hacia el porche. Ink me sigue.

"Le dije a Garrett que fui a ver a un amigo enfermo en el hospital Moretti y que me quedaría en casa de otro amigo."

"¿Eso es inteligente, considerando los problemas de confianza?"

No he tenido más opción que contarle a Ink sobre mi relación con Garrett y por qué tuve que dejar a los Moretti.

"Sí. Ellos saben que cualquier amigo mío es un Moretti. Además, actué exactamente como dije que lo haría."

Pero a Garrett no le importa nada de eso. Solo quiere asegurarse de que esté disponible cuando me necesite. Y pienso cumplir con ello.

Miro a la distancia y veo la luna brillar sobre un rostro familiar.

Es Reb.

El tipo que duerme en la litera junto a la mía en los barracones de los Garcia.

Suelto una risa interna. Garrett podrá ser bueno jugando su juego, pero yo soy un mejor observador.

He logrado ganarme la confianza de Reb de manera indirecta, lo que significa que pronto me compartirá información valiosa.

Ink frunce el ceño. "¿Qué es lo gracioso?"

"Solo espera y verás."

Observo la noche con determinación.

"Voy por ti, Bianca."

Ink abre otra cerveza. "¿Crees que sobrevivirá?"

"Bianca es una luchadora."

Bebo un sorbo y miro hacia el horizonte.

"Te sorprenderías."

CAPÍTULO 19 – Bianca

"¿Bianca? No te sueltes el cabello."

"Pero quiero hacerlo," se queja la pequeña niña vestida de blanco.

La observo y luego miro hacia abajo, dándome cuenta de que estoy de pie entre la mujer y la niña, que parece ser su hija. Se están preparando para salir. La niña tiene alrededor de cinco años, pero la edad de la mujer es difícil de adivinar. No logro ver bien su rostro.

Las sigo mientras salen de la habitación, y de repente, están sentadas en la mesa del comedor, de vuelta en el Castillo.

"¿Puedo soltarme el cabello, padre?" pregunta la niña a un hombre sentado en el extremo de la mesa. Es Papi, su cabello negro peinado hacia atrás.

Él se inclina hacia adelante y desliza su mano por el cabello de la niña, deshaciendo el lazo que lo sujetaba con fuerza. Los mechones caen sobre su rostro y su cuello.

"Por supuesto que puedes." Él aparta con suavidad un mechón de su rostro y le acaricia la cabeza con ternura.

"No deberías consentirla tanto, Don," interviene la mujer nuevamente.

Esta vez, intento captar su rostro por completo, pero sigue mirando hacia otro lado. Su mirada descansa cálida sobre la niña y Papi.

"Vamos, Florentina. La mayoría del tiempo lo lleva recogido. La tensión podría causarle dolor de cabeza." Él la ignora, riendo con ganas.

Mi atención se aparta de la pareja y su hija.

De repente, me encuentro de nuevo en una habitación, con tubos conectados a mi cuerpo. Escucho el ajeteo de las enfermeras, que hablan sobre mis signos vitales mientras toman algunas lecturas. Lucho por abrir los ojos para verlas, pero no puedo. Luego, me hundo otra vez en un profundo letargo.

La escena cambia. Ahora, la mujer está frente a un lienzo y una paleta de pintura. Otra mujer está sentada frente a ella. Es María.

La pintura está casi terminada y es hermosa. La niña observa el cuadro con anhelo, olvidando sus muñecas.

"¿Puedo ayudarte, mamá?"

"Sí, pero no hoy, mi amor." Le besa la cabeza con dulzura.

De repente, Papi entra en la habitación con el rostro endurecido por la ira. Pasa junto a ellas sin mirarlas. María se pone de pie de inmediato, pero la mujer le indica que vuelva a sentarse.

La escena se desvanece.

Un ruido estruendoso me arranca de mi ensoñación. Alguna enfermera debió haber dejado caer su equipo. Lucho por abrir los ojos, pero es inútil. Quiero ver. Estoy segura de que mis seres queridos están esperando que despierte.

"¿Dónde estoy?" pregunto, ahora sentada junto a la niña de antes. Esta vez, está junto al lago. Sus pestañas están húmedas de lágrimas. Quiero extender la mano y consolarla. ¿Por qué ha estado llorando?

"¡Bianca!" La voz de la mujer de antes la llama, y ambas giramos la cabeza al mismo tiempo.

"¡Mamá!"

Entrecierro los ojos mientras la niña corre hacia la mujer, quien la envuelve en sus brazos.

"No me gusta cuando ustedes dos pelean," dice la pequeña Bianca.

"No estábamos peleando."

"Pero estabas llorando," la niña insiste, su voz temblorosa por las lágrimas.

"No te preocupes por eso. Vamos a acostarte temprano para que descanses bien antes de tu cuarto cumpleaños mañana."

"¡Sí!" La niña ríe emocionada.

Sonrío, aliviada de verla más animada.

Cuando entramos a la casa, parece que acaba de terminar una fiesta. Los últimos invitados se despiden, y la niña se queda dormida. Observo cómo la mujer la levanta con cuidado y la lleva a la cama. Se queda de pie sobre ella, murmurando palabras mientras se limpia las lágrimas. Luego, le besa la cabeza y deja un cuadro junto a su mesita de noche.

"¡No te vayas!" grito, casi aferrándome al borde de su vestido.

Lleva consigo una bolsa de viaje, su cabello ondeando tras ella mientras se acerca a la puerta. Da una última mirada a la casa vacía, y es entonces cuando veo su rostro con claridad.

Se ve exactamente como yo.

Grito ahogada, sorprendida por la semejanza. La única diferencia es su cabello rojo.

"¡No te vayas!" vuelvo a llamarla. "No te vayas."

Mi voz corta el silencio, y mis ojos se abren de golpe.

Las luces blancas me ciegan, y entrecierro los ojos, tratando de ajustarme.

El pitido constante del monitor de signos vitales confirma que sigo aquí, sigo

viva.

Miro mis manos, desesperada por levantarlas, por tocarme el rostro, por sentir algo real. Pero no puedo moverme.

Mi cama está vacía a mi alrededor.

Nadie está aquí para recibirme, nadie para susurrar mi nombre o sostenerme entre sus brazos.

Papi se ha ido.

Estoy completamente sola en este mundo.

El peso de esa realidad me golpea como una avalancha.

Las lágrimas caen sin control hasta que la fatiga me arrastra de nuevo a la oscuridad del sueño.

"¿A dónde se fue, Papi? Me prometió que abríamos mis regalos juntos esta mañana. ¿Salió a correr? ¡Quiero ir con él!"

Estoy de vuelta en el mundo de la pequeña Bianca. Esta vez, está en el estudio, aun con su pijama puesto. Papi está de pie junto a la ventana, su lugar favorito.

No responde de inmediato. Parece buscar las palabras adecuadas.

La pequeña Bianca se levanta y camina hacia él, tirando de su pantalón. Él la mira hacia abajo y, después de unos segundos, se inclina para levantarla en brazos. Juntos, miran hacia la ventana.

"¿Estás llorando, Papi?"

En lugar de negarlo, él sonríe. "Un poco."

"¿Por qué? ¿El monstruo de la almohada te atrapó?" pregunta Bianca, colocando su pequeña mano sobre la cara de su padre, intentando secar sus lágrimas.

Él ríe suavemente. "Tal vez."

"No llores, Papi. ¿Mamá va a volver?"

"No, mi amor. No va a volver." Niega con la cabeza.

El llanto de la pequeña Bianca resuena por toda la casa.

Despierto de golpe, mirando el techo y las paredes vacías.

Escucho voces afuera de la puerta y, en un instante, cierro los ojos de nuevo, quedándome completamente inmóvil.

"Está tan inmóvil que parece muerta. Tal vez deberíamos terminar con esto ya."

Escucho una voz justo afuera.

Abro los ojos, pero solo lo suficiente para ver mi reflejo en la ventana.

Un sonido de desaprobación se desliza por los labios de otra persona.

¿Están aquí para asesinarme?

Me obligo a mantener los ojos cerrados.

"¿Quieres callarte de una maldita vez y dejarme pensar?"

"Tu pensar no ha servido de mucho para ninguno de los dos. Fuiste tú quien sugirió golpear su auto, y aun así sigue viva." La primera voz suena furiosa.

La reconozco.

Intento recordar de quién es, pero un dolor punzante en la parte trasera de mi cabeza hace que me detenga.

Dejo de intentar identificarla y me concentro en escuchar.

"Pero tú agregaste al tirador, y tampoco funcionó. Creo que es mejor hacerlo nosotros mismos. Está tan bien como muerta."

"Te encanta decir eso. Bájale un poco. No hemos terminado hasta que lo esté."

"Es como si fuera inmortal. No estaba en el edificio cuando lo incendiamos, y ahora esto..."

"Oh, por favor."

Reprimo una exhalación ahogada.

Solo una persona pronuncia por favor de esa forma cuando está irritado.

Little.

"Little," susurro.

Los recuerdos de la galería de arte, el restaurante, la carta, el regreso a casa y, finalmente, el cuerpo sin vida de Ben en el suelo, regresan como una oleada en mi mente.

Intento controlar mi respiración, pero es imposible.

Mis palmas sudan y mi ritmo cardíaco se dispara.

El monitor de signos vitales comienza a pitar con fuerza, alertando a varias enfermeras, quienes entran corriendo a mi habitación.

Nadie más entra después de ellas.

No abro los ojos.

No puedo arriesgarme a que mis posibles asesinos descubran que estoy consciente.

Mientras las enfermeras hacen su trabajo, mi mente se llena de una sola idea.

Debo salir de aquí antes de que Little y Héctor acaben conmigo esta misma

noche.

¡Héctor!

Esa fue la voz que no lograba identificar.

Con los ojos entreabiertos, observo cómo las enfermeras desconectan y vuelven a conectar los tubos a mi cuerpo.

Debo escapar antes de que sea demasiado tarde.

Esta noche.

Antes de que caiga la noche, Little entra en mi habitación del hospital.

Sé que es él porque es una de las dos únicas personas autorizadas para visitarme. Además, Héctor camina con más sigilo. Sus pasos nunca se escuchan, mientras que Little arrastra los pies.

Se sienta junto a mi cama.

No puedo verlo bien, pero sé que luce agotado porque ha suspirado varias veces.

¿Por qué? Quiero preguntar. Pero si lo hiciera, sus manos envolverían mi garganta hasta matarme.

"Necesito que esto funcione, B. No tienes idea de cuánto lo necesito."

¿Cuánto necesitas que muera? Nunca lo sabré.

¿Qué hice para merecer esto?

Todo lo que hice fue quererte y tratarte como a un hermano.

"No se trata de ti. Solo tienes la mala suerte de ser una Moretti."

Entonces sí se trata de mí, ¿no? ¿Qué demonios estás diciendo?

"Siempre me decías que debía ganarme el respeto y dejar de permitir que mi familia me pisoteara."

No de esta manera, Little. No así.

"Esto es mi último recurso. Suelen ser una carga, Bianca. Lo tienes todo fácil y aun así quieres ser quien rompa las reglas. Ojalá hubieras elegido las balas en lugar de esto. Habría sido rápido y fácil. Ahora, sentirás un dolor inmenso antes de morir."

¿Qué carajo?

Espero que siga hablando, pero de repente se queda callado.

Por un segundo, creo que se está preparando para matarme.

Estoy a punto de abrir los ojos cuando escucho un sonido inesperado.

Un sollozo.

¿Ahora tienes el descaro de llorar?

¡Oh, vete al demonio!

El sonido de la silla deslizándose contra el suelo me dice que se ha levantado.

Es casi como si pudiera escuchar mis pensamientos, echándolo de aquí.

Arrastra los pies hasta la puerta y la cierra tras de sí.

Exhalo un suspiro profundo, mi cuerpo relajándose contra la cama.

Estaba tan tensa.

No quiero morir.

Me quedo dormida de nuevo.

"Papi, soñé con mamá hoy. Me peinó, me puso lazos y me compró montones de helado."

"¿Quieres un poco de helado ahora, mi amor?" Papi deja el libro que estaba leyendo y le presta toda su atención.

"No realmente, pero quiero los lazos."

"Si mi amor quiere lazos, tendrá muchos lazos."

Él la levanta en brazos, la lleva al auto y se dirigen al centro comercial.

"Gracias, Papi," dice la pequeña Bianca, luchando por sostener su cono de helado.

"Lo que necesites, recuerda que siempre estaré aquí."

Él sujeta el lazo en su cabello y le pasa un espejo para que se mire.

"Me encanta. Y te amo." La pequeña Bianca envuelve sus bracitos alrededor de su cuello.

La noche cae, y me incorporo de golpe en la cama.

No sé de dónde saco la fuerza, pero arranco los sueros de mi brazo, desconecto los cables del monitor y ajusto bien la bata del hospital alrededor de mi cuerpo.

Instintivamente, llevo la mano a mi cuello.

Tengo un collarín ortopédico por el latigazo cervical.

"Mierda."

Un mareo repentino me golpea, y me apoyo contra la pared.

Respiro hondo antes de dirigirme a la ventana.

Me aferro al marco y salto.

Aterrizo dentro del perímetro del hospital.

Me muevo en las sombras, sin idea de cómo está estructurado este lugar.

No tengo un teléfono para llamar a Luciano y pedirle que me recoja.

Aparte de él, no tengo a nadie más en quien confiar realmente.

Pienso en llamar a María, pero probablemente no sea una buena idea en este momento.

"Odio mi vida en este instante," murmuro.

Las plantas de mis pies pisan la arena áspera y pedregosa, y me estremezco cuando una piedra afilada me corta la piel.

Un ruido de algo cayéndose me hace girar la cabeza.

No veo a nadie, pero la paranoia se apodera de mí.

Entonces choco contra un cuerpo sólido y grande.

Me congelo por completo.

"Por favor, no me mates. Lo siento. Tengo dinero, poder, lo que quieras."

La figura se inclina hacia mí.

En un movimiento instintivo, sujeto su hombro, lo jalo hacia mí y le clavo la rodilla en la entrepierna.

El hombre cae de rodillas con un gruñido, pero logra bloquear mi ataque.

Intento empujarlo a un lado, pero él es fuerte.

Me agarra de la bata y me tira hacia atrás.

Estoy muerta.

Me rindo ante mi destino.

Mi espíritu de lucha se apaga rápidamente.

CAPÍTULO 20 – Luciano

“El objetivo está justo donde lo necesitamos, Luciano”, dice Reb a través del auricular en mi oído.

“¿Estás seguro?”

Reb chasquea la lengua. “Vamos, no me llaman ‘los binoculares’ por nada. Soy el mejor explorador que jamás encontrarás.”

“Está bien, está bien.”

Reb y yo estamos escondidos detrás de un edificio abandonado. Nuestro objetivo está de pie junto a un auto a unos kilómetros de distancia. Miro con mis binoculares y Reb tiene razón. Envolviendo mi dedo alrededor del gatillo, aprieto el disparador. El sonido del disparo se silencia con el supresor del arma.

“¡Sí!” Reb celebra el disparo limpio que acabo de hacer.

No sé cómo sentirme. El objetivo cae al suelo desnudo, otro cuerpo que será desechado.

“Eres increíble.” Reb se inclina y me da una palmada en la espalda.

Matar por órdenes de Garrett se ha convertido en una tarea más. Él se enorgullece de haberme entrenado para ser letal con un arma y, gracias a él, nunca fallo. Si quiero seguir con vida, no puedo permitirme desafiar sus órdenes ni rechazar el siguiente encargo.

“¿Sabes quién era?”

Reb se encoge de hombros. “Probablemente algún tipo que faltó al respeto a Garrett. Ya sabes cómo es.”

“Supongo que sí. ¿Cómo terminaste aquí, de todos modos?” pregunto mientras nos deslizamos dentro del auto de Reb.

“Garrett cubrió mis cuentas después de que salí del ejército”, dice con resignación en su voz. “Ahora solo estoy pagando esa deuda... un trabajo a la vez.”

“Pero solo te dedicas a la vigilancia.”

Reb se ríe. “Soy malo apuntando, así que esto es mejor.”

“¿Por eso me seguiste el otro día?”

Reb enciende el motor. “Eso fue por órdenes de Malik.”

“¿Ah, sí?” Levanto una ceja.

“Sí. Garrett no contestó, y él quería asegurarse de no cargar con el castigo por dejarte ir. Pero cumpliste tu palabra, lo cual es bueno.”

Agradezco esa información, así que aprovecho para hacer otra pregunta. “¿Crees

que algunos Moretti están trabajando con nosotros?”

Reb asiente. “Por supuesto que sí. Hay varios. Uno de ellos viene con frecuencia. No recuerdo su nombre ahora mismo. Cuando lo vea de nuevo, te aviso.”

“Está bien, hombre.” Regresamos a los cuarteles.

Cuando tengas dudas, haz un amigo.

Mentalmente, agrego eso a la larga lista de consejos que le daré a Bianca cuando esta guerra termine. Pero la verdad es que Reb me ha ayudado a lograr más en dos semanas que en los dos meses que llevo aquí. Ahora somos prácticamente inseparables, y Garrett definitivamente lo ha notado.

La gente habla, así que no me sorprende cuando Garrett exige mi presencia antes de que siquiera tenga la oportunidad de darme un baño. Lavarme la suciedad y la culpa es mi ritual, pero tendrá que esperar. Garrett no soporta que lo hagan esperar.

“¿Ahora mismo?”

“¡Sí!”

Salgo de mi habitación y me encuentro con Garrett en la entrada.

“Súbete al auto.”

Obedezco y el olor a cigarrillo inunda mis fosas nasales. Me deslizo más cerca de la puerta, alejándome de Garrett. El resplandor rojo de la colilla de su cigarro me aterra. Garrett solía presionarla contra mi piel hasta que quemaba y dejaba una ampolla.

Garrett García es, sin duda, un tirano.

“Recibí el informe de tu misión de hoy. Tengo otro encargo para ti. Te lo diré en el campo de golf.”

“Está bien.”

El trayecto es silencioso mientras nos dirigimos al campo de golf. Garrett entra en la cochera y salimos del auto. Tomo su bolsa de palos del maletero y caminamos hasta la sección privada. Antonio y Phil ya están allí, jugando.

“¡Hola, muchachos!” Garrett les saluda con una sonrisa.

“Buenas tardes.”

Inclino la cabeza en señal de saludo, pero me ignoran por completo. Dejo la bolsa en el suelo y ellos continúan jugando mientras yo recojo las pelotas de golf. Coloco una frente a Garrett, y él rompe el silencio.

“Veo que has estado haciendo amigos”, comenta mientras golpea la pelota y la manda directo al hoyo.

“Oh, ¿Reb? Somos vecinos de al lado.”

“Había muchos otros chicos con los que creciste aquí, y nunca te hiciste amigo

de ninguno.” Garrett suelta una risa burlona.

“Hm.”

“¿O acaso te interesa Reb?” Phil sonríe con burla, girando el cigarro entre sus dedos.

Sacudo la cabeza. “No, señor.”

Phil es el mayor de los hermanos, aunque Garrett es quien controla todo. Nunca me prestaron atención cuando vivía aquí de adolescente, ni me salvaron de las manos crueles de su hermano. Sé que mi padre solo compartía el mismo padre con ellos y no la madre, pero ¿cuán resentidos podían estar con él? ¿Tanto como para no sentir ni un ápice de compasión por su sobrino?

“Siempre me pregunté por qué Garrett te retenía, ¿sabes?” Antonio interviene. “Al principio pensé que era una obsesión, pero ahora... no lo entiendo.”

Nunca he tenido razones para hablar con Antonio, y él tampoco habla conmigo. Mantengo la boca cerrada, mirando a todos lados menos a él. Si las miradas mataran, Antonio ya estaría seis metros bajo tierra.

“Buen momento, Antonio. Esta noche es la noche en que Luciano demostrará su utilidad para nosotros.” Garrett apunta con el palo de golf hacia los tres. “Me lo agradecerán por haberlo mantenido con vida todos estos años.”

Mi estómago se revuelve. El día ha llegado y, sin embargo, el presentimiento en mi boca sabe a bilis. Estoy seguro de que Garrett me necesita para otro trabajo sucio: matar a alguien más para él.

“¿Cuáles son los detalles? ¿Reb vendrá conmigo?”

Garrett frunce el ceño. “No. ¿Por qué querría involucrar a alguien más en el factor determinante de esta guerra?”

“Sí, solo necesitas a Luciano para sabotear todo de nuevo”, silba Phil con una sonrisa burlona.

“No lo hará”, Garrett sonríe con suficiencia. Saca un pequeño papel de su bolsillo y me lo entrega. En él hay escrita una dirección. “Debes infiltrarte en esta habitación de hospital. Cuenta diez ventanas a la derecha y entra por la décima.”

“¿Qué debo recuperar de ahí?”

“Encontrarás a tres personas en esa habitación, una de ellas probablemente ya esté muerta. Necesito que elimines a todos los que sigan con vida. Como máximo, tres.”

“¿Tres?”

“Sí. La prioridad absoluta es el paciente en la cama, ¿entendido?”

Asiento mientras proceso la información. Me recargo contra el auto mientras ellos siguen con su juego de golf. Puedo soportar matar a una persona al día porque es mi penitencia por estar aquí. Sin embargo, tres al mismo tiempo es demasiado.

“Salgas a las nueve de la noche. No vuelvas hasta que tengas la cabeza.”

Mientras conduzco en el auto pequeño pero insoportable que Garrett me dio, veo un camión grande saliendo por la misma puerta. Me inclino para intentar ver quién lo maneja, pero me pierdo la oportunidad por unos segundos. Me encojo de hombros y sigo mi camino hacia la dirección que Garrett imprimió en la hoja.

“Por última vez... eso espero”, murmuro, estrujando el papel en mi mano.

Aferro las pistolas nuevas que Garrett me entregó. El frío metal se adapta perfectamente a mis manos, como si estuvieran hechas para mí. Paso treinta minutos afuera del hospital, dejando que la tensión crezca antes de finalmente salir del auto. Mis piernas hormiguean por la espera, pero no tengo tiempo para pensar en eso. Tal como Garrett indicó, empiezo a contar las ventanas a la derecha.

De repente, escucho a alguien jadear y me congelo. El sonido se mantiene por un momento, luego desaparece, así que continúo contando. Llego a la quinta ventana, pero antes de que pueda actuar, alguien choca contra mí.

Instintivamente, la sujeto, mi corazón acelerándose mientras me estabilizo. Su cuerpo es blando, vulnerable, un contraste absoluto con el acero frío en mis manos.

“Por favor, no me mates. Lo siento. Tengo dinero, poder, lo que quieras.”

La voz que no he escuchado en semanas me obliga a inclinarme para confirmar quién es. Aspiro el aroma de su cabello... y es inconfundible. Melocotón.

Me pateo justo donde más duele. Es un golpe fuerte, pero no la suelto. Si dejo que Bianca se escape, puede que nunca la vuelva a encontrar.

“No voy a matarte”, gruño por el dolor.

Bianca se desploma en el suelo con derrota, y nuevamente me recuerda lo dramática que puede ser.

“Soy yo, Luciano.”

“¡Luci!” solloza, incapaz de contenerse.

Coloco un dedo sobre sus labios y le susurro: “Baja la voz.”

Bianca se queda en silencio por un momento y pasa su palma por mi rostro, como si necesitara tocarme para creer que realmente estoy aquí. Luego, llora aún más, y la dejo.

“¿Puedes esperar aquí? Tengo asuntos pendientes.”

Se niega de inmediato. “Voy contigo.”

“No quiero que veas lo que voy a hacer.”

“No te voy a juzgar, lo prometo.”

Resignado, la dejo aferrarse a mí mientras llegamos a la décima ventana.

“Esta es la habitación.”

“Es la habitación de la que acabo de escapar.”

Sacudo la cabeza, incrédulo. “¿Tú eras la paciente que estaba en esta habitación?”

“Sí.”

Voces fuertes retumban desde dentro de la habitación y nos agachamos para evitar ser vistos. Las voces siguen por unos segundos y luego cesan.

“Tenemos que huir antes de que salgan. Todavía me están buscando por todo el hospital”, me apremia Bianca, y nos arrastramos lejos.

Señalo el auto nuevo y abro la puerta para que suba. Me acomodo en el asiento del conductor y enciendo el motor. No puedo pronunciar ni una palabra. Estoy atónito.

Garrett García me envió a matar a Bianca.

Exactamente de la misma manera en que me envió a matar a Don Moretti.

Bianca rompe el silencio. “¿Sabías que esos hombres eran Little y—”

“Oh, sé que era Little.”

“Sí... y Héctor.”

El color se desvanece de mi rostro. “¿Héctor? Ahora que lo pienso, Garrett sí mencionó que encontraría a dos hombres ahí. ¡Dios mío! ¡Iban a matarte!”

Bianca tiene los ojos hinchados. Su cuello está rodeado por un collar ortopédico que le impide descansar la cabeza en el asiento. Se abraza a sí misma con fuerza.

“Tus heridas...”

“Creo que me estoy recuperando”, dice Bianca entre lágrimas. “Escuché a una enfermera decir que me estoy sanando rápido.”

“Está bien. Vamos a la casa de un amigo. Se llama Ink. Trabaja para ti.”

“Oh.”

Le doy unas palmaditas en el muslo. “Sí. Conseguiremos un doctor para que te atienda y de ahí pensaremos qué hacer.”

“No, no tenemos que quedarnos con tu amigo. Conozco el lugar perfecto. Pero puede que necesitemos su auto.”

“Sí, hay que deshacernos de este carro. ¿Dónde es ese lugar?”

“Una casa segura.” Rebusca en la guantera del auto y saca un bolígrafo. Escribe una dirección en un papel y me lo entrega. “Aquí.”

“¿Cómo? Nos atraparán en un abrir y cerrar de ojos.”

Bianca se estremece. “No te preocupes, solo llévanos ahí primero.”

En cuanto llegamos a la casa de Ink, él nos está esperando en el porche. Sin decir una palabra, nos hace pasar. Pero en cuanto ve a Bianca, se congela, claramente sorprendido por su presencia.

“Este tipo me dijo que algún día te vería con mis propios ojos... y aquí estás”, dice con asombro.

Bianca suelta una risita, y la tensión en la habitación se disipa un poco.

Doy un paso adelante. “Ink fue quien me ayudó a rastrear tu teléfono.”

Ella frunce el ceño en broma. “Eso no es muy amable de tu parte, ¿sabes?”

Ink lo niega con rapidez. “No le creas a este hombre, mi señora.”

El tiempo apremia, así que voy directo al grano. “Ink, necesitamos tu ayuda. Bianca necesita un médico... alguien discreto. Alguien que pueda atenderla sin dejar rastro. La absoluta discreción es crucial”, explico con seriedad.

Ink asiente sin dudar. “No te preocupes, yo me encargo.”

Salimos de la casa de Ink exactamente a la medianoche. Conduzco hasta la dirección que Bianca anotó en el papel. Es una casa al final del pueblo vecino.

“Entra por el garaje.”

El edificio es un bungalow solitario con un garaje espacioso y vacío. Las puertas se abren automáticamente y estaciono el auto.

“Aquí nos encontrarán.”

“No, no lo harán.”

El garaje se cierra detrás de nosotros, y sigo a Bianca cuando sale.

“¿No nos vamos a quedar en el garaje?” pregunto, mirando a mi alrededor.

“No. El garaje no es nuestro destino final. El escondite está a una hora caminando desde aquí.”

“Oh. Eso tiene más sentido.”

Comenzamos a caminar hacia lo profundo del bosque que se extiende detrás del garaje. No podemos usar linternas brillantes para no llamar la atención, pero Bianca me asegura que nadie sabe de este lugar.

“Es un refugio seguro.”

El aire es frío y la maleza cruje bajo nuestros pasos mientras avanzamos en silencio. Me mantengo alerta, con la mano en mi arma por si algo sucede. Una hora de caminata se siente como una eternidad, pero finalmente, Bianca se detiene. Se inclina y tira de una palanca oculta entre las raíces de un árbol.

El suelo se sacude ligeramente, y de repente, la vegetación frente a nosotros comienza a separarse. Un mecanismo oculto revela un camino estrecho que lleva a una cabaña escondida en medio del bosque.

El sonido del agua corriendo cerca me indica que hay un lago o un arroyo en las cercanías.

“¿Dónde estamos?”

“El búnker de Papi.”

Mis cejas se fruncen. “¿Papi?”

Bianca asiente, sus ojos brillando con un destello de nostalgia. “Era de mi padre. Solo unas pocas personas sabían que existía.”

El lugar parece intacto, como si el tiempo no hubiera pasado por él. La estructura de la cabaña es robusta, construida para resistir el paso de los años.

“Vamos, entremos.”

Me sigue hasta la entrada, y una vez dentro, la temperatura es notablemente más cálida. Cierro la puerta detrás de nosotros y reviso la seguridad del lugar. Las paredes de madera están reforzadas con acero en algunos puntos, y hay estanterías llenas de suministros.

“¿Este sitio tiene electricidad?” pregunto mientras inspecciono la sala principal.

“Sí. Hay un generador en la parte trasera. No podemos mantenerlo encendido todo el tiempo, pero funcionará cuando lo necesitemos.”

Bianca se mueve con familiaridad por la cabaña, sacando una manta de una de las cajas y envolviéndose en ella. A pesar de su actitud calmada, puedo ver el cansancio pesando sobre ella.

“Necesitas descansar.”

“No puedo.” Su voz es un susurro cargado de emociones.

Sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos veo todo lo que ha pasado. Todo lo que le han hecho. Me acerco y me agacho frente a ella, apoyando una mano en su rodilla.

“Lo sé. Pero aquí estás a salvo. Nadie nos encontrará.”

Ella asiente, pero su cuerpo sigue tenso.

“Voy a revisar afuera, asegurarme de que todo esté en orden.”

Bianca aprieta los labios y asiente de nuevo. Me levanto y camino hasta la puerta, echando un último vistazo antes de salir.

El viento sopla entre los árboles, moviendo las hojas con un susurro inquietante. Miro hacia el cielo oscuro y respiro profundamente.

Esta guerra aún no ha terminado. Pero por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo algo que proteger.

CAPÍTULO 21 – Bianca

La dulce melodía de Candy Girl de The Jackson Five me despierta. Miro a mi alrededor y noto viejas fotografías de Papi y yo. Me incorporo y alcanzo el pequeño portarretratos sobre la mesita de noche.

En la imagen, estoy sentada en una silla alta mientras mi padre sonrío a mi lado, con su mano derecha apoyada en mi hombro. Su otro brazo parece estar cortado en la foto. Con cuidado, abro el marco de plástico y la imagen cae sobre mi regazo. Está doblada a la mitad. Aliso las arrugas con los dedos.

Otra mujer está justo a mi lado, con los brazos de mi padre rodeando su cintura. Ambos parecen felices de estar ahí, y el fotógrafo capturó el momento perfecto. Paso el pulgar sobre su rostro antes de volver a colocar la imagen en el marco.

“Oh, ya estás despierta.” Luciano entra a la habitación con una bandeja de tocino y huevos, equilibrándola en su palma.

“Hola.” Me froto la cara, asegurándome de borrar cualquier rastro de lágrimas. “Sí, ya estoy despierta.”

Luciano se sienta en la cama, colocando la bandeja entre los dos. Tiene la barba incipiente en las mejillas, como si llevara días sin afeitarse.

“Te preparé el desayuno.”

“¿Dónde encontraste comida?” Inhalo el aroma del café caliente. Me estimula los sentidos y me ayuda a mantenerme despierta.

“En los armarios. Parece que tu padre usó este búnker unos meses antes de morir. Hay de todo aquí.”

“Hm.” Sé que solo Papi y yo conocíamos este lugar, pero ¿habrá venido aquí cuando estaba enfermo?

Luciano me observa mientras llevo la taza a mis labios. Le sostengo la mirada por un segundo antes de tomar un sorbo. El líquido cálido se desliza por mi lengua, y saboreo el sabor con calma.

“Tal vez vino cuando ya estaba enfermo. No pasé tanto tiempo con él como debería, así que realmente no lo sé.” Pico un poco de huevo con el tenedor.

“Sé que en algún momento prefería salir solo. Antes de que la enfermedad empeorara.”

Mastico en silencio, procesando varios pensamientos a la vez. “Solíamos venir mucho en primavera. Papi les decía a sus hombres que nos íbamos de vacaciones, cuando en realidad veníamos aquí.”

Luciano se recuesta de espaldas, y suavemente le clavo los dedos de los pies en las costillas. “¿En serio? ¿Te gustaba venir?”

“En ese momento, no mucho. Siempre me preguntaba por qué pasábamos una semana aquí antes de viajar a donde realmente queríamos.” Me río. “Pero era relajante.”

“¿Hay algún recuerdo que se te quede grabado?”

Empiezo a reírme. “¡Sí! Hubo una vez que Papi empezó a hacer ejercicios de meditación.” Me pongo de pie y coloco la bandeja sobre la mesita para acercarme a la ventana. “Solía sentarse ahí.”

Luciano se acerca y señalo una roca grande cerca de la casa, rodeada por un arroyo.

“¿Justo en el centro del arroyo?”

Sonrío, avergonzada. “Sí, justo ahí. Una serpiente se deslizó sobre la roca y Papi perdió la cabeza. Lo más loco es que yo estaba aquí, captando el momento.”

Luciano suelta una carcajada, sus hombros vibrando con la risa. “¡Oh, Dios!”

Me uno a él riendo, pero poco a poco el silencio vuelve a instalarnos. Exhalo profundamente, con la voz temblorosa cuando abro la boca para hablar.

“Pude haberlo hecho mejor, ¿verdad? Haber pasado más tiempo con él en lugar de comportarme como una niña malcriada cada vez que tomaba una decisión por mí.”

“Tranquila, Bianca.” Luciano me rodea con su brazo, atrayéndome hacia él.

Entierro la cara en su pecho. “Debería haberlo hecho.”

“Fuiste una buena hija para él. Estoy seguro de que no te habría cambiado por nada.”

Sonrío ampliamente ante sus palabras. “No conoces a Papi. Definitivamente me habría cambiado por un buen coñac en su lecho de muerte.”

“Ese hombre tenía un gusto exquisito.”

“Sí que lo tenía.” Regreso a la cama para terminar mi comida. “Gracias por esto. No había comido en días.”

“Solo estoy agradecido de que estés viva, Bianca. No me lo habría perdonado si algo peor te hubiera pasado.”

“Yo también. Me alegra que estés bien.”

Luciano toma mis manos entre las suyas y las aprieta con suavidad. “Vamos a estar bien.”

“¿Crees que García ya te está buscando?”

“Estoy seguro de que nos están buscando a los dos ahora mismo. Seguramente, Little y Héctor no tienen nada que reportarle.”

Tiemblo al escuchar sus nombres. No puedo conciliar la idea de su traición con la imagen que tengo de ellos en mi cabeza. Esos hombres eran la única familia que

alguna vez consideré, y todo este tiempo han estado planeando asesinarme a sangre fría.

“Ellos también querían matarte. ¿Quieres hablar de eso?”

Para este momento, ya he terminado de comer y mi hambre ha desaparecido. Me recuesto contra el cabecero, abrazando una almohada sobre mi regazo. Luciano está en la misma posición a mi lado.

“No realmente. Pero mereces saber la verdad.”

Respondo con un suspiro profundo. Luciano no sostiene mi mirada. En su lugar, mantiene los ojos fijos en sus manos entrelazadas sobre la almohada. Permanece en silencio un rato, como si estuviera organizando sus pensamientos.

“Tenía una hermana...”

Para cuando Luciano termina de contar su historia, ya no me quedan lágrimas. Mi boca está seca y no puedo hablar por un rato. Ninguno de los dos se mueve ni dice nada. Pienso en su dolor, en su sufrimiento, en cómo ha aprendido a ocultarlo tan bien.

“No puedo imaginar lo difícil que fue para ti. Lo siento mucho, Luciano.”

“No tienes que llorar por mí. Sobreviví, y eso es lo que importa”, dice con voz firme.

Esta vez, soy yo quien le ofrece un hombro en el cual apoyarse. Luciano se inclina suavemente sobre mí, sin dejar caer todo su peso. No llora. Solo permanece allí, tranquilo.

“Sabes, yo tengo una madre.” Rompo el silencio una vez más. “Se fue cuando yo era pequeña. En mi cumpleaños, para ser exactos. No recuerdo el dolor porque la he bloqueado de mi mente.”

Luciano levanta la cabeza y señala el portarretratos. “¿Es ella?”

“Sí.” Lo tomo y se lo paso.

“El parecido es impresionante.” Luciano cambia de posición. “Siempre pensé que estaba muerta, pero me preguntaba por qué no había fotos de ella en el Castillo. Luego dejé de sentir curiosidad, ya que nadie la mencionaba.”

“Sí. Simplemente se fue.”

Luciano señala la foto de mí cuando era niña. “Eras una bebé adorable.”

Sonrío. “Por supuesto que lo era.”

“¿Alguna vez has pensado en buscarla? Debe estar en algún lugar.”

Hay una pregunta que me ha estado rondando la cabeza desde que salí del hospital, y finalmente la formulo.

“¿Ella ha pensado en volver por mí? ¿Alguna vez le pasé por la mente? ¿El odio que sentía por Papi era tan fuerte como para no venir siquiera a su entierro?”

“Solo ella puede responder esas preguntas. Y si quieres respuestas, quizá debas buscarla.”

“No estoy lista.”

Luciano me acerca más a él, rodeándome con sus brazos fuertes. Su aroma me envuelve mientras deja el marco de la foto sobre la mesita de noche.

“No tienes que estarlo ahora mismo.”

“Gracias, Luci.” Rozo mis labios contra su mandíbula áspera, dejando que mi boca se detenga sobre su piel. “Te extrañé. Pensé en ti todos los días.”

Su agarre se aprieta, su respiración cálida contra mi piel. “Yo también te extrañé. Cada parte de ti.”

“Entonces demuéstremelo.” Mi voz apenas es un susurro cuando le tomo el rostro entre mis manos. “Muéstreme cuánto me extrañaste.”

Sus ojos se oscurecen, su mandíbula se tensa mientras me estudia, sus dedos aferrándose a mi cintura.

“Bianca... ¿Estás segura de que quieres esto?”

Deslizo mis manos por su pecho, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mi toque.

“Por supuesto que sí.”

“Si empezamos ahora, no habrá vuelta atrás, B.”

Me inclino, mis labios rozando su oído, mis dientes mordiendo suavemente su lóbulo mientras le susurro: “Y eso es exactamente lo que quiero. Te quiero a ti.”

Luciano gruñe, su autocontrol desmoronándose. Su boca choca contra la mía, hambrienta, demandante. Su lengua se desliza dentro, reclamándome, poseyéndome. Gimo contra sus labios mientras sus manos recorren mi cuerpo, tocando, explorando, como si hubiera estado muriendo de hambre por mí.

“¿Tienes frío, Bianca?” me provoca, su aliento caliente contra mi boca.

“No.” Jadeo, frotándome contra él, sintiendo su dureza presionando contra mi vientre. “Solo quiero que estés dentro de mí.”

Sus ojos se vuelven intensos, llenos de deseo, mientras traza mi labio inferior con el pulgar.

“Joder,” murmura antes de deslizarlo dentro de mi boca.

Envuelvo mis labios alrededor de él, girando mi lengua lentamente, provocándolo. Su gemido es profundo y áspero, sus caderas se sacuden instintivamente contra mí.

“Sigue así y no seré gentil,” advierte con voz ronca.

“Bien,” ronroneo, mordiendo su pulgar ligeramente antes de lamer la marca.

Luciano aparta las almohadas detrás de mí, asegurándose de que mi cuello esté apoyado. Apenas registro el movimiento antes de que sus labios vuelvan a los míos, besándome hasta dejarme sin aliento. Me quita la camiseta con facilidad, su toque reverente pero posesivo mientras cubre mis pechos con sus manos, rodando mis pezones entre sus dedos.

“Los extrañé.” Su voz es ronca cuando baja su boca, succionando uno de mis pezones, su lengua lamiendo y provocando. Me arqueo contra él, mi cuerpo desesperado por más.

Su boca sigue bajando, besando y mordiendo mi estómago. Sus manos se deslizan entre mis piernas, separándolas, sus dedos recorriendo mi centro húmedo.

“Joder, Bianca,” gime, acariciándome. “Estás empapada para mí.”

Gimo cuando desliza dos dedos dentro de mí, curvándolos justo en el lugar correcto, enviando olas de placer a través de mi cuerpo.

“Luciano,” jadeo, agarrando las sábanas mientras me penetra con sus dedos, lento y profundo.

Pero no es suficiente. Necesito más. Lo necesito a él.

Se posiciona entre mis muslos, separándolos aún más, y su boca reemplaza sus dedos. El primer roce de su lengua me hace gritar, mi espalda arqueándose. Me devora como si me hubiera estado ansiando por semanas. Sus dedos vuelven a deslizarse dentro de mí, abriéndome mientras su lengua juega con mi clitoris con una precisión devastadora.

“Joder, Luci—oh, Dios,” gimo, aferrándome a su cabello, atrayéndolo más hacia mí.

Él gruñe contra mi piel, la vibración enviándome directo al abismo. Mi cuerpo se tensa, el placer explotando dentro de mí mientras me deshago en su boca.

Antes de que pueda recuperar el aliento, me mueve con facilidad, haciéndome girar sobre mi costado.

“Tu turno,” murmuro, alcanzando su cinturón, pero él atrapa mi mano.

“No.” Su voz está cargada de deseo contenido. “Sigues estando delicada. Solo déjame cuidar de ti.”

Me acomoda con almohadas, asegurándose de que estoy en la posición correcta antes de acostarse detrás de mí, su pecho cálido contra mi espalda. Uno de sus brazos rodea mi cintura, sujetándome en su lugar mientras levanta mi pierna, alineándose conmigo.

“Así, justo así,” murmura, la punta de su erección rozando mi entrada.

Y luego empuja dentro de mí, lento, profundo, llenándome centímetro a

centímetro.

Gimo, aferrándome a las sábanas, abrumada por la sensación de él dentro de mí.

“Joder, te sientes tan bien,” gruñe, quedándose quieto por un momento, dejándome ajustarme a él.

Empujo mis caderas hacia atrás, necesitando más. “Muévete, Luciano. Por favor.”

Él maldice por lo bajo antes de embestir, cada movimiento profundo y controlado, enviando ráfagas de placer a través de mi cuerpo. Su brazo se aprieta alrededor de mi cintura, anclándome a él mientras me folla lento, deliberado, prolongando la sensación.

Su aliento es cálido contra mi cuello, sus labios rozando mi pulso mientras susurra: “Así, nena. Tómame.”

El placer se enrosca en mi vientre, haciéndome temblar mientras un nuevo orgasmo se construye dentro de mí.

“Luciano—” Mi voz suena temblorosa, necesitada.

“Te tengo, nena,” murmura con voz ronca, acelerando sus embestidas, volviéndose más rudo, más desesperado.

Me aferro a su brazo que me sostiene en su abrazo firme, sintiendo cómo mi cuerpo se rinde completamente a él. Cada empuje profundo me acerca al borde, su dureza llenándome en la manera exacta que necesito.

Y entonces, el clímax me alcanza.

Grito su nombre mientras mi cuerpo se sacude, mis músculos apretándose alrededor de él, arrastrándolo aún más adentro.

Luciano suelta un gruñido gutural, sus caderas golpeando las mías una última vez antes de derramarse dentro de mí, enterrándose con fuerza mientras su orgasmo lo sacude.

Permanecemos así, enredados, sudorosos y sin aliento.

Luciano no se aparta. En cambio, se mueve ligeramente, asegurándose de que mi cuerpo aún esté cómodo contra el suyo. Su aliento cálido roza la piel de mi hombro, dejando suaves besos en la curva de mi cuello.

Sigo sintiéndolo dentro de mí.

Y por cómo su cuerpo se mueve contra el mío, sé que aún no ha terminado.

Esta vez, lo hacemos más lento.

Sin prisas.

Saboreando cada toque, cada beso, cada gemido hasta que ambos caemos juntos

otra vez.

Cuando finalmente el cansancio nos vence, nos quedamos envueltos el uno en el otro.

Horas después, en medio de la noche, me despierto y deposito pequeños besos en su brazo, el cual sigue descansando sobre mí.

Luciano se remueve ligeramente, acercándose aún más sin siquiera abrir los ojos.

Presiona un beso perezoso en la base de mi cuello.

Y entonces, lo susurro.

“Te amo.”

Su abrazo se aprieta, su aliento cálido acariciando mi piel cuando responde con voz ronca pero segura.

“Yo también te amo, Bianca.”

CAPÍTULO 22 – Luciano

"Te amo."

Esas palabras resuenan en mis oídos y calientan mi corazón cada mañana. Sonríó al despertar porque lo único en lo que puedo pensar es en Bianca confesándome su amor. Quiero demostrarle que yo también la amo, que me importa. Pero lo primero es lo primero: necesitamos trazar un plan para recuperar el poder perdido y atraer más aliados a nuestro lado. Puede tomar días, semanas o incluso meses, pero no podemos quedarnos sin hacer nada.

"Sé que estás despierto", dice Bianca desde su lado de la cama.

"¿Cómo lo sabes?" Me giro para mirarla.

"Bueno, has estado moviendo las piernas sin parar y, además, pareces demasiado cómodo en ese lado de la cama."

Me río. "¿Me quedé aferrado a ti toda la noche?"

"Fue mutuo." Bianca besa mi frente antes de levantarse de la cama, su trasero balanceándose de un lado a otro mientras camina hacia el baño, provocando que mi erección vuelva con fuerza.

"Tenemos que empezar a buscar gente que se una a nuestro lado."

"¿Te refieres a formar alianzas?" Me incorporo en la cama, llevándome una mano a la entrepierna.

"Sí, debe haber personas que aún estén de nuestro lado." Se abre el grifo y el sonido del agua ahoga su voz.

Me levanto de la cama y me meto en el pequeño baño, apretado contra Bianca mientras ella se echa agua en la cara.

"Hablaste de una alianza. No estoy seguro de que nos haya servido de mucho la última vez."

Bianca suspira. "Entonces, ¿qué hacemos?"

La abrazo por detrás, dejando pequeños besos en su cuello y bajando por su espalda.

"Sí, necesitamos hombres de nuestro lado. Pero primero, tenemos que trazar un plan."

"De acuerdo. Entonces, un plan sólido antes de reclutar hombres, ¿no?"

"Exacto."

Me mira a través del espejo, y veo el cansancio reflejado en su rostro.

"Relájate. Estoy contigo, amor."

“Bien. ¿Por dónde empezamos? Siento que ha pasado demasiado tiempo y hemos estado escondidos sin hacer nada.”

Empiezo a masajear sus hombros, deshaciendo los nudos de tensión.

“Has estado recuperándote, que es lo que mereces. Creo que deberíamos establecer un calendario para seguir adelante.”

La verdad es que ya tengo un plan y un cronograma en mi cabeza, pero quiero escuchar la opinión de Bianca. No quiero imponer mis ideas sobre ella.

“Creo que primero deberíamos averiguar qué está pasando.”

Hasta ahora, sus sugerencias coinciden con mis pensamientos.

“Puedo llamar a Ink o tal vez a Hank para enterarnos de la situación.”

“¿Hank?” Bianca frunce el ceño.

“No lo conoces, pero opera en otra base.”

“¡Oh! ¿El tipo con el que compartiste habitación cuando te mudaste a los cuarteles de los Moretti?”

“¡Sí!”

Bianca asiente con cautela. “¿Estás seguro de que es una buena opción? Sé que Ink haría cualquier cosa por ti, dado lo que pasó la noche en que nos conocimos.”

Contactar a Ink es el paso más fácil e importante porque la información es clave.

“Sí. Así que primero llamaremos, enviaremos mensajes y nos pondremos en contacto con estos dos.”

“Perfecto.”

“Aún tengo mi teléfono desechable. Ink y yo lo usábamos para comunicarnos mientras trabajábamos contigo y después también.”

Bianca se pone mi camisa y me alcanza ropa cómoda del armario de Don. Caminamos hacia la sala de estar, un espacio acogedor con sofás movibles. Movemos los muebles a un lado para tener más espacio sobre la alfombra.

“Necesitaremos esto.” Bianca saca un juego de marcadores de colores y una hoja grande de papel.

“Gracias.”

Se sienta junto a mí en el suelo y se apoya contra mi costado. Saco el teléfono y marco el número de Ink. Después de unos tonos, su voz resuena a través del altavoz.

“He estado esperando tu llamada, hermano.”

“Lo sé, lo sé. Bianca necesitaba descansar, así que no hemos querido apresurar las cosas.”

“Lo entiendo. Por favor, dale mis saludos a la hermosa jefa. Estoy completamente hechizado, hermano, ella es—” Ink sigue parloteando, y tengo que interrumpirlo. Bianca me da un leve golpe en la mano y murmura: “Mis saludos para él también.”

“La dama está agradecida por tu ayuda hasta ahora.”

“¿Cómo está?”

“Bien. El médico que enviaste le quitó el collarín hace poco. Está mucho mejor ahora.”

“Me alegra escucharlo.”

Ink nos envió a un viejo amigo suyo, que también es médico, para atender a Bianca. El doctor ha venido tres veces a revisarla.

“¿Cómo está la situación allá?” pregunto.

“Complicada. Es un caos total. Nunca había visto algo así. Es peor de lo que imaginas”, responde Ink con tono sombrío.

“Detalles.”

“Dado mi puesto aquí, lo que más escucho son rumores. Héctor está al mando, pero nuestro territorio está siendo devastado de todas las maneras posibles.”

“Estate atento. Necesitamos saber más.”

Ink chasquea la lengua. “Sabes que puedes contar conmigo, hermano. Pero lo que sea que planeen hacer, deben hacerlo rápido. García ha reclutado a cinco bandas más, y ahora están obligadas a pagarle tributos aún más altos. Esto es una locura.”

“Mierda. Ese cabrón se mueve rápido.” Aprieto el puño y golpeo el sofá.

“Ya lo creo.”

Bianca y yo nos miramos con incredulidad mientras la llamada termina.

Si cinco familias mafiosas han cambiado de bando a García, eso significa que Moretti ha perdido casi un 40% de su control.

“Si él está recibiendo todos los tributos, ¿qué significa eso?” pregunta Bianca.

“En la última reunión con tu padre, quedó claro que García les prometió a estas bandas que no habría tributos ni otras cuotas. Le advertí que García solo les estaba vendiendo humo. Ahora es evidente.”

“¿Cómo demonios pudieron caer en esa mentira? Sin tributos, no hay protección, lo que significa que todas sus operaciones se van a la mierda.” Bianca se muerde los nudillos.

“Sí. Su plan final es tomar el control total de todos los negocios. Es pura avaricia.”

“Tenemos que hacer algo, Luci.”

“Sí.”

Mi teléfono vibra con un mensaje: es el contacto de Hank.

“Ink ya me envió la información de Hank.”

“¿Eso no es una violación a la privacidad?”

Levanto una ceja y finjo acomodar unos lentes invisibles. “Tú eres la jefa. Tú le diste permiso.”

“Está bien.” Bianca levanta las manos en señal de rendición. “Adelante.”

Marco el número.

“Hola, Hank. Soy Luciano.”

“¡Hermano! ¿Dónde diablos has estado?” Al otro lado de la línea, escucho una puerta cerrarse. “Necesitamos vernos.”

“Lo sé.”

“La última vez que escuché algo de ti, unos decían que te habían matado por espía. Otros decían que ahora eras un perro de Garrett García.” Hank suena cansado, nada parecido a su actitud habitual. “No sabía qué creer.”

“Estoy bien. Las cosas han cambiado, como ya te habrás enterado.”

“Mierda, esto es un desastre, hermano. No tienes idea. Héctor nos está obligando a algunos a escoltar a García en su viaje a Nueva York para reclutar más líderes a su bando.”

“Héctor...” murmuro, mientras Bianca deja de jugar con el bolígrafo y el papel.

“Sí. En poco tiempo, los Moretti estarán de su lado. Es una locura.”

“No puede suceder,” suelta Bianca de golpe.

Coloco mi mano sobre su boca, pero es demasiado tarde. Hank ya la ha escuchado.

“Espera... ¿Es ella quien creo que es?”

Suspiro. “Sí.”

“¡Todos creen que está muerta!” exclama Hank.

“Nadie puede enterarse de esto, Hank. Sé que puedo confiar en ti. Deja que las cosas se desarrollen como deben. La jefa regresará por su puesto.”

“Está bien, hermano. Pero dile que cuenta con mi apoyo.”

“Gracias,” responde Bianca.

“Pero te digo algo: se avecina una división. Muchos hombres no quieren seguir a

Héctor por las misiones en las que los está metiendo. Hay confusión en nuestro grupo. Si supieran que la jefa sigue viva, podríamos conseguir más aliados.”

Alguien llama a Hank desde el fondo, y escucho la puerta abrirse.

“Te contactaré después.” La llamada se corta.

“¡Ese hijo de puta se está moviendo más rápido de lo que pensé!” Bianca se pone de pie de un salto y comienza a caminar de un lado a otro. “Papi debe estarse revolcando en su tumba.”

“Cálmate, Bianca. Vamos a arreglar esto.”

“¿Hasta cuándo, Luci?” Se planta frente a mí, con las manos en las caderas. “No podemos seguir escondidos aquí mientras todo se va a la mierda.”

“Tampoco podemos tomar decisiones impulsivas y actuar sin pensar. Si lo hacemos, la gente morirá.”

Bianca inhala y exhala profundamente tres veces antes de moverse de nuevo. Luego, toma un marcador y saca una pizarra blanca grande de la despensa.

“Según lo que dijo Hank, Héctor no podrá tomar control total de los Moretti.”

“Supongamos que el 30% de los Moretti aún están de tu lado.”

“¿Y si hay más?” Bianca observa los números que ha escrito y ha puesto 50%.

“Treinta por ciento es más realista,” señalo.

Borra el número y lo vuelve a escribir. “Bien. ¿Y qué pasa con las familias que siguen siendo leales? Sé que la familia González se retiró cuando Papi murió.”

“Sí. No deberíamos confiar en ellos.”

“O tal vez sí. Elias González es un devoto adorador de su propio dinero. Ahora que ve el fracaso de las promesas de Garrett, cambiará de bando.”

Asiento, poniéndome de pie para situarme junto a la pizarra. “¿Cómo lo convencemos?”

“Papi me enseñó que, para atrapar un pez, hay que actuar como uno. Elias ama el dinero, así que le ofreceremos dinero. Sus armas y hombres son nuestra prioridad. Por ahora, puede tener acceso a cualquier flujo de efectivo.”

“Lo único que necesitamos es encontrar la manera correcta de persuadirlo.”

Bianca anota el nombre de González en la pizarra y, justo al lado, escribe Springfield.

“¿Los matones de Springfield?”

“Tienen los números que necesitamos. No me gusta su método de reclutamiento, pero nos servirán.”

Bianca tiene buenas relaciones con estas familias, lo que nos dará una gran ventaja. Si fuera por mí, preferiría contratar mercenarios. Es la opción más fácil, pero no la más inteligente.

“Hay una más... ¿los Callisto?”

Bianca se estremece al oír el nombre. “No ellos. Son turbios. Probablemente los que incendiaron mi galería.”

“¿Tu galería? ¿Ya habías abierto una?”

“Hm. La inauguración debía haber sido hace tres días.”

Levanto a Bianca en brazos y corro por la sala con emoción.

“¡Lo lograste!”

“Bueno, la construí... y ahora está hecha cenizas.”

Me duele verla así. Su desesperanza pesa sobre mí.

“Será más fácil reconstruirla, confía en mí,” intento animarla.

“Ben murió tratando de salvarme. A veces lo sueño. Su rostro, acostado en su propio charco de sangre.”

“Entonces hagámoslo por Ben. Por cada vida que nuestra gente ha perdido.” La bajo con suavidad.

De repente, una idea cruza mi mente.

“¿Por qué no hemos mencionado a Lady Rita? Recuerdo que visitaba a tu padre con frecuencia. Incluso le preparaba quesadillas.”

Bianca chasquea los dedos. “¡D’Alfonso! Me dio su tarjeta personal en el funeral de Papi. Seguro estaba tan borracha que la perdí.”

“No importa. Recuerdo dónde encontrarla. Tu padre pasaba mucho tiempo en su estudio de belleza.”

“Tengo un buen presentimiento sobre ella.”

Nos quedamos parados frente a la pizarra, observando el mapa de aliados que hemos trazado.

“Ahora lo que necesitamos es hacer visitas estratégicas y definir los próximos movimientos,” declara Bianca, dejando caer los brazos a los costados.

“Podemos hacerlo. Tú conoces a las familias mafiosas, sabes cómo acercarte y hablarles. Yo, por otro lado, me encargaré de las estrategias físicas.”

“Podríamos llamarnos los Bonnie y Clyde de los Moretti,” dice Bianca con una sonrisa ladeada, mordiéndose el labio.

Hago un gesto como si lo estuviera considerando seriamente. “Me quedo con ese

título.”

“Por supuesto que sí.”

Me inclino y tomo su mentón con suavidad, rozando mi pulgar sobre su piel. Nuestros ojos se encuentran, la tensión se vuelve espesa entre nosotros. Su respiración se entrecorta cuando acerco mi boca a la suya, atrapando sus labios en un beso lento y deliberado.

Ella se funde en mí, su cuerpo cálido y suave presionándose contra el mío. El beso se profundiza, y el mundo a nuestro alrededor se desvanece, dejando solo el calor que crepita entre nosotros.

Sus manos se deslizan por mi pecho, sus dedos se aferran a mi camisa como si intentara atraerme más. Me dejo llevar, presionándola contra mí, sintiendo la calidez de su cuerpo filtrándose en el mío.

El beso se vuelve más hambriento, más desesperado. Gimo contra su boca cuando se mueve sobre mí, sus caderas rodando suavemente contra mi erección. Aprieto su trasero, jalándola aún más contra mí mientras la acorralo contra la pared.

“Luci...” jadea, sus uñas se clavan en mis brazos. “Llévame a la cama.”

La levanto en brazos, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura mientras la llevo al dormitorio. Nos desplomamos sobre el colchón, y sin perder tiempo, deslizo su ropa fuera de su cuerpo, besando cada centímetro de su piel desnuda mientras avanzo.

Su respiración se vuelve errática, entrecortada de necesidad mientras mi boca desciende lentamente, lamiendo, mordiendo, dejando marcas en su piel.

Se retuerce debajo de mí, arqueando la espalda cuando deslizo mi lengua entre sus piernas, jugando con su hinchado clítoris.

Sus gemidos son una melodía perfecta, sus muslos temblando mientras la devoro, saboreando su esencia.

“Oh, mierda...” solloza, aferrándose a mi cabello, tirando de él mientras mueve las caderas contra mi boca. “Luciano... por favor...”

Me separo, lamiendo mis labios mientras subo por su cuerpo, sujetando sus muñecas sobre su cabeza.

“Sabes tan jodidamente dulce, Bianca. Pero aún no he terminado contigo.”

La giro, colocándola boca abajo, mis manos separándola mientras froto mi erección contra su humedad.

Ella jadea, empujando sus caderas hacia atrás, rogándome sin palabras.

“Dime que lo quieres,” gruño, rozándola tentadoramente.

“Lo quiero,” suplica, con la voz entrecortada. “Te necesito dentro de mí.”

Me hundo en ella en un solo y lento movimiento, enterrándome hasta el fondo.

Bianca grita cuando me hundo en ella de una sola vez, su cuerpo tensándose alrededor de mí. Su calidez me envuelve, apretándome como un maldito puño de seda, tan ajustada y perfecta que tengo que apretar los dientes para no correrme de inmediato.

Afianzo mis manos en sus caderas, sujetándola con fuerza mientras empiezo a moverme dentro de ella, cada embestida profunda, cada golpe llevándola más cerca del borde.

Sus gemidos se convierten en jadeos entrecortados, su espalda arqueándose bajo mis manos mientras la tomo con una fuerza que la hace temblar.

El sonido de nuestra piel chocando reverbera en la habitación, mezclándose con sus pequeños gemidos y mis gruñidos bajos y guturales.

“Eres tan jodidamente estrecha,” gruño, deslizando mis uñas por su espalda antes de volver a tomar sus caderas con fuerza. “Estás hecha para mí, Bianca.”

Ella jadea cuando la levanto contra mi pecho, su espalda pegándose a mi torso mientras mi mano envuelve su garganta, ejerciendo la presión justa para hacerla jadear y estremecerse.

Inclino la cabeza y murmuro contra su oído: “Me perteneces.”

Su cuerpo tiembla, sus manos aferrándose a mis muñecas. “Soy tuya,” susurra entrecortadamente.

“Dilo de nuevo.”

“Soy tuya, Luciano.”

Satisfecho con su respuesta, la empujo nuevamente hacia el colchón, inclinándome sobre su espalda mientras la tomo con un hambre insaciable.

Su piel se estremece cuando deslizo una mano entre sus muslos, frotando su hinchado clítoris con movimientos precisos y despiadados.

“Luciano—” su voz se quiebra en un gemido estrangulado, sus piernas temblando.

“Vas a correrte para mí,” ordeno, sintiendo cómo su cuerpo empieza a tensarse. “Vas a correrte mientras estoy enterrado bien profundo dentro de ti.”

Ella grita mi nombre cuando su orgasmo la arrastra, su cuerpo estremeciéndose, su núcleo apretándose alrededor de mí con una fuerza abrumadora.

Eso es todo lo que necesito.

Con un último y poderoso embate, me hundo en ella hasta el fondo, derramándome con un gruñido grave mientras la sujeto con fuerza contra mí.

Sus jadeos suaves llenan la habitación mientras ambos nos derrumbamos, nuestros cuerpos empapados en sudor, nuestros corazones latiendo al mismo ritmo.

Me mantengo dentro de ella, mi brazo envolviendo su cintura mientras la beso lentamente en el hombro.

Todavía puedo sentirla temblando, los últimos espasmos de su orgasmo recorriendo su cuerpo mientras sus dedos se aferran a las sábanas.

No me muevo. No quiero apartarme de ella.

En cambio, la acuesto de lado, su espalda aún contra mi pecho mientras la envuelvo en mi abrazo.

Ella suspira, sus dedos dibujando patrones sobre mi piel.

Presiono un beso sobre su cuello, inhalando su esencia, anclándome a ella.

Bianca se acurruca más cerca, su aliento tibio contra mi piel mientras murmura: "Te amo."

Y en ese momento, sé, sin ninguna duda, que quemaría el mundo entero por ella.

CAPÍTULO 23 - Bianca

Conseguir que la familia González se una a nuestro lado deja de ser algo sencillo para convertirse en una tarea desafiante. Aunque mi padre nunca creyó en la tradición de llevar a su heredera a reuniones generales, estoy bastante familiarizada con sus reglas y su modus operandi. Sin embargo, la muerte de Papi quemó los privilegios de los que solía disfrutar. Ahora, mi objetivo es complacer y convencer.

Hoy es nuestra tercera visita a los González. Mi cabello está protegido bajo una redecilla, sobre la cual coloco una peluca. Mi disfraz es el de un hombre, así que me pongo la ropa de mi padre.

"Pareciera que estoy negando mi atractivo masculino", frunzo el ceño mientras me aseguro de abrochar bien los botones.

Luciano se ríe desde el armario. Está revisando la ropa de Papi para elegir la combinación perfecta. Las otras dos veces, me vestí como una mujer embarazada, mientras que Luciano optó por túnicas al estilo de un jeque árabe. Parece que ha empezado a cansarse de ese look.

"¿Ya elegiste algo?", le pregunto con impaciencia.

Luciano resopla. "No realmente. Supongo que iré otra vez como jeque, pero esta vez quiero una bufanda sobre la cabeza".

"Estás disfrutando esto".

"Y tú también", responde, caminando hacia mí y dándome un leve toque en la nariz con su dedo.

Pongo los ojos en blanco. "No, no me gustó imitar a una mujer embarazada. Eso es algo serio".

"Te veías increíble".

Observo cómo se viste. Luciano no ha hecho más que ofrecerme amor y cuidado. Me escucha desahogarme, me acompaña en mis pesadillas y me lleva el desayuno cada mañana. A pesar de que él mismo sigue lidiando con sus propios demonios, prioriza mi trauma. Además, no deja de hacer contactos y encontrar alternativas menos arriesgadas para nuestros planes.

"¡Tarán!", gira sobre sí mismo para mostrarme su atuendo.

"Deberías considerar ser modelo. Tu porte es el de un dios".

Luciano se da una palmada en las mejillas y pone una expresión exageradamente coqueta, pestañeando como una muñeca. "Aw, gracias".

"No puedo creer que estés jugando conmigo ahora", me río. "De verdad espero que esto funcione para que podamos seguir adelante con los otros asuntos".

"Sí, así será".

Salimos de la cabaña y nos dirigimos al garaje donde dejamos el auto de Ink. Abro la puerta del garaje, le lanzo las llaves a Luciano y él conduce hasta el casino de los González.

"¿El casino?"

"Sí. Hank dice que Elías estará allí para reabrir el negocio".

"Oh, cierto. Lo cerró hace un tiempo".

"Sí. Estabas medio dormida cuando te expliqué los detalles anoche".

"De acuerdo. Entonces, si lo está reabriendo, significa que ha accedido a pagar los tributos asignados a Garrett, ¿verdad?", me ajusto el cinturón de seguridad.

"Sí, pero una vez que le demos una mejor oferta, no dudará en dejar de pagar".

Apoyo la cabeza contra la ventana, observando cómo pasamos por árboles, autos y personas. Hace seis meses, mi única preocupación era llegar a la playa y disfrutar del entorno. Ahora, ni siquiera me importa si la hierba es verde o si está marchitándose.

"Lo hará. Solo me preocupa que nos tome un tercer encuentro antes de que finalmente nos reciba".

Luciano estaciona frente al casino. Un grupo de hombres se acerca a nosotros, algunos deteniéndose junto a Luciano y otros junto a mí.

"¿Contraseña?"

"Florentina", respondemos al unísono.

Los hombres hacen un gesto en el aire y las puertas internas se abren para dejarnos pasar. Otro grupo nos revisa y nos guía alrededor del edificio, hasta una ubicación no revelada dentro del casino de los González.

La parte trasera del edificio es completamente diferente a la fachada. Las paredes están recién pintadas y decoradas con un gusto estético impecable. Incluso los guardias de seguridad llevan trajes de dos piezas y están mejor equipados.

"Recuerdo haber estado en uno de estos lugares. Me resulta extrañamente familiar. Memorias borrosas".

"Nada del otro mundo. Solo un sitio para que los hombres hagan negocios y despilfarren dinero", Luciano hace una mueca de asco.

"Todos tienen un vicio".

"¿Cuál es el tuyo?", pregunta en voz baja.

Lo miro directamente. "Tú".

El guardia de seguridad nos revisa una vez más antes de apartarse para dejarnos entrar. Apenas entramos, un guardia aún más grande nos agarra de los brazos y nos arrastra con rudeza hasta la sección VIP.

La habitación está vacía, solo estamos nosotros dos. La noche aún es joven, así que los jugadores todavía no han empezado a llegar.

"¿Crees que saben que soy yo?", le pregunto a Luciano.

Antes de que pueda responder, una voz ronca resuena en la sala. "Sí. Sé que eres tú".

Cruzo los brazos en señal de defensa, adoptando una postura segura como me enseñó Papi. "No hablo con gente que no puedo ver. Preséntate y hablemos como hombres de negocios".

La voz ronca suelta una carcajada entrecortada. "¿Hombres de negocios? Tu disfraz no me engaña, Bianca Moretti. Solo un hombre usa la contraseña Florentina, y ese hombre está seis pies bajo tierra".

En la tenue luz de la habitación, mis ojos se posan en un hombre bajo y obeso. Sus ojos están ocultos detrás de unas gruesas gafas y sostiene un cigarro entre los dedos.

"Ya que sabes quién soy, estoy segura de que sabes por qué estoy aquí", digo sin rodeos.

Por dentro, me sorprende la agudeza de mis propias palabras, pero cuando miro a Luciano, solo veo admiración. Eso refuerza mi determinación.

"Por favor, siéntate, Bianca. Eres una matrona y te daré el respeto que mereces", dice Elías, señalando la silla frente a él. "Sé mi invitada. Y me disculpo por lo brusco que Félix debió haber sido contigo. Es solo un perro leal".

"Gracias", acepto la silla que me ofrece, mientras Luciano se mantiene de pie detrás de mí. Sé que su mano está colocada estratégicamente sobre el arma que logró traer consigo, por si acaso.

"No necesitas rodeos, Bianca. Vayamos directo al grano. ¿Cómo manejamos esto?" Elías entrelaza sus dedos adornados con anillos sobre la mesa. "No quiero pagar el 40% de todas mis ganancias como tributo a ningún hombre. Cuando tu padre estaba vivo, el 10% se mantenía en 10%, y venía con beneficios".

"Es cierto. Sé que mi padre fue leal a sus acuerdos con ustedes. Por eso me sorprende que algunas personas estén dando la espalda a lo que todos hemos construido juntos durante tanto tiempo".

"No puedes culparlos. Todos tienen que sobrevivir", dice Elías con voz más fuerte. "Para todos, estás muerta. No pasará mucho tiempo antes de que Héctor le entregue el control de Moretti a García. ¿Dónde quedará entonces la lealtad?"

"De cualquier forma, García gana, así que es mejor mantenerse en su favor".

Elías tamborilea los dedos sobre la mesa. "Exactamente. Sabía que eras inteligente".

Es el momento de presentar mi propuesta a Elías para asegurarnos de tenerlo de nuestro lado.

"Te diré algo, Elías. Hay mucho dinero por hacer si eres paciente. Apóyame y, cuando todo vuelva a su cauce, solo pagarás un 5% de tributo y seguirás teniendo los mismos beneficios de siempre: seguridad, suministros, lo que necesites".

"Eso suena justo. Incluso tentador. Pero quieres algo de mí a cambio. Necesito un trato irresistible", Elías se reclina en su silla de cuero, con una sonrisa maliciosa jugando en sus labios.

"Sí. Necesito a tus hombres y tus armas. Esto es una guerra".

"Correcto. Habrá pérdidas, lo que hace aún más necesario un buen trato".

"¿Qué quieres, señor González?"

Solo debes preguntar qué quiere un hombre cuando estás segura de que lo tienes.

Sé que Elías quiere más casinos, porque ese es su terreno de especialidad. Es un secreto a voces que Papi siempre quiso disolver sus casinos, y González los codiciaba.

"Hmm. Creo que hay un par de cosas que podríamos discu—"

Sabiendo que a Elías le gusta dar rodeos, corto directamente. "Te daré dos casinos. Las ganancias se dividirán, 60% para ti, 40% para mí".

"Hazlo tres".

Medito la oferta por un momento. "Está bien. Tres casinos, pero las ganancias se dividirán por igual, 50-50".

"Trato hecho".

Elías extiende su mano y la estrecho sin dudar. Luego nos acompaña de regreso al auto, se inclina y dice: "Estoy contigo. Repásanos los detalles. Mis hombres están listos".

Lo observamos alejarse de vuelta al edificio antes de empezar a hablar. Suelto un suspiro de alivio al ver que la reunión fue un éxito.

"Tuve que contenerme para no arrancarle la cabeza", exclamo.

Luciano me da una palmada en el muslo antes de encender el motor. "Eso hace dos de nosotros".

"¿Cómo crees que salió todo?"

"Lo hiciste increíble. Necesitamos a sus hombres, sin importar su avaricia. Todo lo perdido se puede recuperar después". Me guiña un ojo, y me pregunto qué quiere decir exactamente con su última frase.

Luciano toma la dirección de regreso a casa, pero lo detengo.

"Llévame con Lady Rita. Estoy tan motivada que quiero cerrar estas reuniones de inmediato".

"Ese es el espíritu", responde, pisando el acelerador y desviándose en otra dirección.

El estudio de belleza de Lady Rita bien podría pasar por una casa. Su ambiente acogedor invita a relajarse. Desde el momento en que entramos, me siento bienvenida y cómoda.

"Podría quedarme aquí para siempre", susurro, hundiéndome más en la silla cubierta de piel sintética. "Despiértame cuando todo termine", bromeo, cerrando los ojos.

Luciano me hace cosquillas, y mis ojos se abren de golpe. Trato de esquivarlo, pero me atrapa, sigue haciéndome cosquillas y me río aún más fuerte.

"Odio interrumpir momentos como este, pero aceptaré el cumplido. De nada", dice una voz femenina.

Me congelo, y mis ojos se posan en la mujer elegante que se encuentra frente a mí. Su voz es suave y tranquilizadora, como un bálsamo sanador.

Nos ponemos de pie al instante para saludar a Lady Rita. Su cabello brillante cae en cascada por su espalda, su rostro está cubierto con un maquillaje costoso, y sus labios están pintados de un rosa apagado. Sus ojos, pequeños pero llenos de luz, reflejan una especie de esperanza. Todo en ella emana positividad.

"Buen día, señora. Es un placer volver a verla", digo, extendiendo la mano para un apretón.

Ella me envuelve en un abrazo, sosteniéndome con firmeza, pero con la delicadeza suficiente para hacerme sentir segura. Me relajo, y entonces me suelta.

"Haré que les traigan un poco de té. Les ayudará a calmar los nervios". Mueve el dedo entre Luciano y yo. "Los dos están demasiado tensos, hay una nube de estrés a su alrededor".

Dos tazas de té después, nos acomodamos para hablar de negocios. Lady Rita espera pacientemente a que comience a hablar, sin apresurarme ni poner palabras en mi boca. Si hubiera sabido lo acogedora que es, habría venido aquí primero.

"Estoy aquí para pedir su ayuda. Lo que sea que pueda ofrecer, estaré dispuesta a aceptarlo. Y lo mismo va en sentido contrario. Lo que quiera a cambio, lo tendrá".

"Dime tus planes, niña".

Frunzo el ceño, confundida. Esa no era una de las primeras preguntas que Luciano y yo habíamos ensayado antes de venir.

"Luciano está a cargo de la estrategia. Sin embargo, el plan implica infiltrarnos en el territorio de García mediante engaños y desatar el caos desde dentro".

"Vaya. Planean una operación al estilo guerrilla, ¿no?"

"Sí, señora", responde Luciano, interviniendo por primera vez.

"Detesto las épocas de guerra con cada fibra de mi ser. Sin embargo, si la batalla se limita a la zona del enemigo, puedo soportarlo", dice Lady Rita.

"¿Eso significa que acepta ayudarnos?"

"Moretti es tu derecho de nacimiento, y Héctor y sus secuaces quieren arrebatártelo porque creen que no eres apta para gobernar. Me pregunto si la situación sería distinta si fueras hombre". Su rostro se endurece por un instante, reflejando desprecio. "Aun así, Héctor se ha convertido en una plaga y debe ser erradicado. Me gusta tu plan, y te apoyaré. ¿Quién más planean incluir?"

"González está con nosotros. Nuestro próximo objetivo es Springfield".

"¿Los matones de Springfield? Hablaré personalmente con ellos".

"Muchísimas gracias, señora. ¿Qué quiere a cambio?"

Lady Rita sonríe ampliamente. "Eres como tu madre. Siempre buscando complacer cuando puedes".

De repente, mi garganta se seca y tomo un sorbo más de té. "¿Mi madre? ¿La conocía?"

"¿Florentina? Por supuesto que sí".

Titubeo, pero la pregunta quema en la punta de mi lengua.

"Adelante, pregunta".

"¿Sabe dónde está?"

Lady Rita suspira. "Estoy segura de que se alegrará de escuchar esto. Lamentablemente, no sé dónde se encuentra, pero ese es otro misterio que podemos resolver después de esto".

"Yo... yo..."

Luciano aprieta suavemente mi brazo, calmando mi ansiedad.

"Deberías intentar contactarla. Te ayudaré cuando estés lista".

"Pero ella me abandonó", mi voz se reduce a un susurro.

"Todos tenemos nuestras razones para hacer lo que hacemos. No juzgues hasta que sepas por qué". Lady Rita toma una respiración profunda. "Don pudo haber sido un gran padre, pero eso no significa que fuera un buen esposo".

"¿Qué quiere decir?"

"Que todos somos humanos y tenemos nuestras fallas".

Sacudo la cabeza, rechazando la idea de que Papi haya sido un mal esposo para mi madre. "¿Y cuál es su precio?"

"Todo lo que hago por ti, lo hago gratis", dice Lady Rita con una sonrisa

radiante.

Cuando salimos del estudio de belleza con varias cajas de té, Lady Rita se queda en la entrada y nos dice: "Cuando necesites un respiro, puedes quedarte aquí para siempre".

CAPÍTULO 24 - Luciano

Aprieto los dientes mientras afilo metódicamente las dagas recién fabricadas en mis manos, las armas de Bianca para la próxima pelea. Dice que he estado tenso últimamente, pero ¿quién no lo estaría? El día del juicio final está a solo cuatro días, y la duda comienza a asomar su fea cabeza. La realidad finalmente nos está alcanzando.

"¡Arréglalo, Ink!", recuerdo haber gritado por teléfono esta mañana. Me llamó por un problema menor con el dispositivo de rastreo, el mismo que debe alertarlo de nuestra llegada al campamento de García.

"¿Y si no estoy presente?", le grité a Hank cuando nos reunimos anoche en nuestro punto de encuentro.

Casi pierdo la paciencia con Bianca esta mañana cuando empezó a quejarse de que no había crema para su café.

"Tómalo con leche y azúcar, B. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos", le dije en su lugar. Tratando de no exagerar, me concentré en otras actividades mientras repasaba nuestros planes una y otra vez.

El patio del museo de Lady Rita es nuestro punto de reunión cada tres días. Sus hombres estarán apostados en la entrada principal. No necesitan involucrarse con lo que ocurra dentro del campamento de García, solo deben encargarse de los guardias de seguridad. Los González, por otro lado, atacarán desde dentro, ya que actualmente están del lado de Garrett. Una vez que demos la señal, cambiarán de bando, ya que tienen acceso a todo. La mayor parte del plan recae en sus manos, pues son muchos. Los Matones de Springfield y la mayoría de los Moretti leales a Bianca se mezclarán con la familia González y llevarán su vestimenta. Los Moretti restantes estarán con Héctor y Little. Según la información, Little ahora es jefe de seguridad de los Moretti, lo que me hierve la sangre.

Mañana es el día en que enviaré una carta a García, informándole a él y a sus hermanos de mi regreso.

"¿Amor?", Bianca me llama desde el porche con un papel en la mano.

Envaino las dagas en sus fundas y camino hacia ella. Bianca se pone de puntillas y me besa en los labios. Dejo que el beso se prolongue. Su aroma llena mis sentidos, y me siento mucho mejor que esta mañana.

"¿Qué es ese papel?", apoyo mi frente contra la suya.

"Es una carta que he decidido escribirle a Florentina", desliza sus dedos por el borde del papel.

"¿Tu madre? ¿Finalmente has decidido verla?"

Bianca sacude la cabeza. "No exactamente. Es un paso que quiero que tomemos juntos".

Siento que viene una negociación. Asiento con la cabeza, esperando a que continúe. Más que estar de acuerdo, sé que aceptaré lo que sugiera, porque Bianca solo quiere lo mejor para mí, y estoy listo para dejarla tomar el control de mi bienestar.

"Sigue".

"Sea lo que sea que nos pase al final de la semana, quiero que quede evidencia de que hicimos todo lo posible por aprovechar nuestra situación".

Me siento en los escalones del porche y la atraigo hacia mí, dejándola apoyarse contra mi cuerpo. "Esto suena serio. ¿Debería empezar a preocuparme?"

Bianca me da un codazo juguetón. "Escribiré esta carta y se la daré a Lady Rita para que la haga llegar a Florentina con una condición".

"Ahí vamos..."

"Si aceptas ir a terapia conmigo. De manera individual". Me mira fijamente. "Tú, por lo que viviste en tu infancia y las pesadillas. Y yo, por el abandono y otra sensación que no sé cómo describir".

"Sí, hagámoslo".

Bianca agita las piernas con emoción. "¡Gracias!"

"Eso si volvemos con vida y enteros", bromeo. "Ahora, escribamos esa carta para tu madre".

La noche ha caído, y Bianca duerme profundamente. Me deslizo fuera de la cama con cuidado, asegurándome de no hacer ningún ruido que pueda despertarla. Agarro un papel, un sobre y un bolígrafo, y empiezo a escribir:

Para Garrett García,

Han pasado semanas, y tu búsqueda de mí debe haber sido interminable. Es impresionante escuchar sobre tus victorias, de boca de todos, cerca y lejos. Entre este caos, te traigo buenas noticias, las mejores que has estado esperando, un logro que ninguno de tus hombres ha conseguido.

En tres días, te llevaré la cabeza del sucesor de tu enemigo jurado. Me llena de satisfacción anunciarte que tus ambiciones te han llevado muy lejos. No es por alimentar tu ego, pero veo mucho de mí en ti, y eso me aterra y me maravilla al mismo tiempo.

Al anochecer, estaré fuera de tus puertas, esperando tu cálida bienvenida.

Atentamente,

Luciano García.

Después de releer lo que he escrito, saco el sello oficial de los García de mi bolsillo y lo estampo cuidadosamente en el sobre donde ahora descansa la carta.

Lanzo una última mirada a Bianca, quien sigue dormida, antes de salir de la habitación. Me aseguro de cerrar las puertas con llave y camino hasta la casa con el

garaje. Deposito la carta en el buzón para que el mensajero asignado la recoja. Luego, regreso a la cabaña para deslizarme nuevamente bajo las sábanas con mi mujer.

Los tres días restantes pasan en absoluta tranquilidad, solo con Bianca.

"Repasemos la lista una vez más".

Decidimos pasar estos últimos días juntos haciendo cosas que nos gustan, probando cosas nuevas y conociéndonos aún más, si es posible. Nos negamos a hablar del elefante en la habitación: la muerte.

"Hemos visto las películas que nunca pude ver de niño. ¿Qué te parece si ahora pintamos ese cuadro juntos?"

Bianca se ha ofrecido a ser mi maestra de arte por un día. Conseguimos los materiales de pintura en su habitación dentro de la cabaña. Nos hemos estado quedando en la habitación principal.

"Está bien. Pero aún no has decidido qué quieres pintar", hace un puchero. "No quiero elegir por ti".

"No me importa que lo elijas tú. Mi pregunta es cómo demonios tenemos de todo en esta pequeña cabaña".

Bianca se mete una galleta en la boca. "Por eso se llama cabaña búnker. Aquí hay de todo, hermano".

La muerdo suavemente en el labio. "No me llames 'hermano'".

Elegimos hacer la sesión de pintura en la habitación de Bianca. Se parece a la habitación principal, pero con más fotos de ella y algunos cuadros.

"¿Dibujaste esto cuando eras niña?", me detengo frente a una pintura de una erupción volcánica. Es un remolino de colores brillantes que emergen de la montaña. Parece tan real como un gráfico en 3D. "Wow".

"No. Mi mamá lo hizo". Toca la base de la pintura, donde se puede leer con claridad la firma "Flora" en cursiva.

Silbo con asombro. "Oh, lo siento. No sabía que podía pintar".

"De ella saqué el talento. Papi decía que la observaba pintar cuando era niña, y poco a poco empecé a hacer mis propios garabatos. Decía que mejoré muchísimo cuando ella se fue, y eso lo sorprendió aún más".

"Wow. Nunca lo mencionaste".

"No veía la necesidad. De hecho, la había enterrado en lo más profundo de mi mente, en un lugar donde nunca vería la luz", Bianca saca los materiales de pintura y empieza a ordenarlos. "Sabes, iba a nombrar la galería de arte en su honor. Flora Art Xperience".

Me dejo caer junto a ella en la cama. "¿Ya no piensas llamarla así?"

Sonríe con tristeza. "Las historias se cuentan solas. Ese lugar merece llamarse Phoenix. Ya sabes, el renacer de las cenizas".

"Tienes razón. Ese nombre le queda mejor".

"Creo que después de pintar, deberíamos practicar más movimientos. Extraño que me entrenes, y aunque hemos seguido entrenando, siento que no es suficiente".

La ansiedad y la duda claramente han estado sembrando su semilla en la mente de Bianca, al igual que en la mía. No quiero mencionarlo para no agregar más a sus miedos.

"Quiero dibujar un fénix".

Bianca es una mejor maestra de lo que esperaba. Me guía en cada paso, transformando cada error en un diseño. Encuentra la belleza en todo y, de alguna manera, ha sacado lo mejor de mí.

Me pregunto si debería esperar al momento que considero perfecto para confesarle mi amor o si debería hacerlo ahora mismo. Después de todo, el reloj avanza rápido, y el tiempo se nos está acabando.

"Bianca", la llamo mientras salimos de la habitación.

"¿Sí?", gira la cabeza hacia mí.

"Quiero que sepas que te amo mucho, Bianca. Te escuché decirlo la semana en que llegamos aquí, y no hay nada que haya querido más que decírtelo de vuelta. Pero quería que fuera especial, planeado. Aun así... te amo".

Bianca me toma de las manos y tira de mí con fuerza. "Lo sé. Y yo te amo cada día, cada minuto y cada segundo también".

Esa noche no practicamos golpes, ni movimientos con cuchillos, ni habilidades de tiro.

En su lugar, descorchamos varias botellas de champán y nos servimos muchas copas. Hicimos diferentes brindis y bailamos con cada canción sin importar el género. Nos movimos por toda la casa en nuestro estado de embriaguez, girando y riendo sin control.

Nos desplomamos sobre la alfombra tejida, riendo mientras cantábamos canciones que ambos conocíamos y recordábamos el momento en que nos conocimos. Las primeras impresiones, los instantes en los que nos dimos cuenta de que estábamos cayendo el uno por el otro.

Incluso horas después, cuando nuestros labios se encontraron en besos apasionados y nuestros cuerpos se entrelazaron con desesperación, la música siguió sonando, mientras nuestros corazones latían en perfecta armonía.

CAPÍTULO 25 - Bianca

El día del terror llega sin importar si estamos preparados o no. No toma en

cuenta que los débiles de corazón quizás ya no tengan el coraje para seguir adelante, ni que los poderosos hayan sucumbido a su miedo. Yo tengo miedo, pero no se compara con la furia que arde en mi interior. Estoy lista para desatar el caos sobre mis enemigos y verlos suplicar misericordia al escuchar mi nombre.

"¿Lista?", pregunta Lady Rita.

"Como nunca antes".

"Bien".

El ataúd construido para mi cuerpo ha estado en el museo de Lady Rita todo este tiempo, y cada día hasta hoy, practiqué quedarme dentro. Al principio fue difícil, pero después de dos semanas, ahora puedo permanecer en él por tres horas sin hiperventilar ni sentir náuseas.

Lady Rita me da una palmada en el hombro y se gira para irse. "Diré una oración por ti".

"Gracias, señora".

Luciano se acerca silenciosamente por detrás, pero sus pisadas lo delatan. "Sé que eres tú".

Hace un puchero. "¿Estás lista, amor?"

"Sí, lo estoy".

Mira la caja con disgusto. "Me revuelve el estómago ser yo quien tenga que encerrarte ahí dentro, ¿sabes?"

"¿Era esto en lo que te encerró?", pregunto con tristeza.

Su expresión se vuelve vacía. "Sí. Con una bomba activada".

"Lo siento mucho".

"Tú no hiciste nada malo, Bianca. Soy yo quien debería disculparse por someterte a una situación tan espantosa. Desearía con todo mi ser que hubiera otra forma de hacerlo".

El plan inicial de Luciano no era encerrarme en una caja. Era exactamente lo contrario. Él iba a meterse en la caja, tal como Garrett lo hizo con él años atrás, cuando quería matar a mi padre. Garrett encerró a su propio sobrino en esa caja durante horas, sin práctica ni advertencia. Le ató una bomba con el temporizador activado y lo dejó para que muriera por sus propios intereses egoístas. Recuerdo claramente cómo mi mandíbula se desencajó cuando Luciano mencionó aquello de pasada.

"¿Qué quieres decir con que te encerró ahí?" Esas fueron mis palabras exactas.

El plan era que otra persona escribiera la carta a Garrett sobre la entrega de su cabeza y atacar desde allí, pero señalé un fallo.

"¿Acaso puso precio por tu cabeza o siquiera mencionó que estabas

desaparecido?"

Luciano negó con la cabeza. "No".

"Entonces, ¿por qué querría tu cabeza? ¿Por qué crees que se molestaría en invitar a sus nuevos hombres a presenciar tu ejecución?"

Esa noche, me dolió ver cómo la realidad golpeaba a Luciano. ¿Cómo puede alguien ser tan inhumano como para no importarle un niño al que crió?

"Dejemos que mi cabeza sea la que esté en juego".

Luciano se negó durante días, pero logré convencerlo. Con estas palabras, accedió: "Tu cabeza vale más para Garrett en este momento que la mía. Probablemente siempre".

La voz de Luciano me arrastra de vuelta al presente con fuerza. "El reloj corre".

"Sí, lo hace. ¿Seguro que Hank no estará allí? No quiero que esté".

"No lo estará. Le recordé que tiene un hijo. Eso lo hizo reflexionar".

"¿Y Ink?"

"No te preocupes. El rastreador ya está insertado. Una vez que estemos dentro del cuadrante de García, Ink alertará a nuestros hombres".

Luciano se agacha junto a la caja de madera y da un golpecito en la pared interior, señalando el rastreador casi invisible.

"Wow".

"Sí".

Observamos a los hombres mientras hacen sus últimos estiramientos y se despiden antes de prepararse para atacar. Levanto la muñeca y miro la hora. Son las 4:45 p.m. Quince minutos antes de la partida.

"Es hora de encerrarme". Tiro suavemente de la mano de Luciano.

Se aferra a mí y no me suelta. Tampoco quiero separarme de su abrazo, así que me quedo quieta. Lágrimas ruedan por mi rostro y caen sobre los brazos desnudos de Luciano.

"Lamento que esto haya llegado a este punto, Bianca. No era así como le prometí a tu padre que te cuidaría".

"Pero aun así, cumpliste tu promesa". Froto sus brazos con ternura.

Doy unos pasos hacia atrás, dejando que las manos de Luciano caigan a sus costados. Me quito las sandalias y entro en la caja. Cuando me coloco en el centro, Luciano se acerca, dejando besos suaves por todo mi rostro y limpiando mis lágrimas.

"Te amo".

"Yo también te amo", respondo mientras me acomodo dentro de la caja.

Me lanza un último beso antes de cerrar la tapa. Mis ojos tardan en acostumbrarse a la oscuridad, pero días de práctica me han preparado para esto. Escucho un fuerte golpe cuando Luciano sella la caja con firmeza.

"Resiste, mi amor", susurra a través de la madera.

Poco después, la caja es levantada del suelo y colocada en la parte trasera de un camión, el mismo que los González prestaron a Luciano para llevarme a la casa de su tío. Apenas escucho los jadeos de esfuerzo mientras me levantan y me dejan caer, o los murmullos de los hombres subiendo a sus propios vehículos y siguiendo lentamente a Luciano.

"Esto tiene que funcionar, Papi", susurro en la oscuridad.

Debo haberme quedado dormida durante el trayecto, porque cuando despierto, siento que todo mi mundo se sacude. La caja se tambalea cuando unas manos fuertes la levantan del camión, el brusco movimiento sacudiendo mis huesos. Un rugido de voces resuena en oleadas, burlándose, gritando, clamando por mi ejecución. El sonido se desliza a través de la madera, envolviéndome como un lazo, apretándome el pecho hasta dejarme sin aire.

La caja se inclina hacia adelante cuando me llevan a través de la entrada. Me imagino cruzando la primera puerta, atravesando los corredores donde los traidores caminan libremente, donde el nombre de mi padre ha sido escupido y arrojado a la basura. La vibración debajo de mí cambia: piedra, ya no asfalto. Mi corazón late con fuerza.

El cuadrángulo. Estamos aquí.

Más voces. Una energía febril y sedienta de sangre flota en el aire. No necesito ver para saber que Héctor y Little están sentados en la mesa principal junto a los hermanos García. Phil, Garrett, Antonio—todos observando, esperando, saboreando el espectáculo como lobos antes de un festín.

Los hombres Moretti que Héctor volvió en mi contra están alineados en los costados, mezclándose con la familia González, los Matones de Springfield y otras familias mafiosas: los Mambas, Russos, Tarantinos, Green Eyes, Santos, Marinos.

Todos han venido a presenciar mi muerte.

"¡Córtenle la cabeza!"

"¡Es hora de un nuevo reinado!"

"¡Sí!"

Las palabras se arrastran bajo mi piel como astillas. Estos hombres, los mismos que prosperaron bajo el mandato de mi padre, que bebieron su vino y besaron su anillo, ahora claman por mi sangre. ¿Olvidaron todo lo que él construyó? ¿O simplemente creen en las mentiras de Garrett?

Papi tenía razón. Un hombre saciado busca más, mientras que un hombre hambriento se conforma con lo que cae en su regazo.

Pero la avaricia convierte en necios incluso a los más astutos. Y esta noche, su codicia les costará todo.

"¡Atención, por favor!"

La voz de Garrett retumba a través de los altavoces, silenciando el caos. La plaza se queda inmóvil, la tensión enroscándose más. Contengo el aliento cuando la caja golpea el suelo con un sonido sordo y frío. Sé que Luciano está detrás de mí, de pie ante todos, el hombre que creen que está a punto de ofrecerles mi cabeza en bandeja de plata.

"Todos sabemos por qué estamos aquí hoy", la voz de Garrett gotea satisfacción. "Este día marca una nueva era. Hoy dejamos atrás el reinado moribundo de los Moretti y abrazamos un nuevo amanecer con la familia García al mando".

Un rugido de aprobación se alza entre la multitud.

"Todos los negocios serán monopolizados y las ganancias, compartidas".

Los aplausos se apagan. Algunos fueron lo suficientemente ingenuos como para creer en las mentiras de Garrett. Que sus tributos serían abolidos. Que tendrían más poder. Pero ahora, están comprendiendo la verdad. Garrett es un mentiroso y un tirano.

Y no le importa su decepción.

"Y todos los tributos se pagarán según lo acordado".

Silencio.

El poder en la sala cambia—algunos lo notan, otros no. Pero yo sí.

Garrett continúa. "Mi sobrino perdido, Luciano, ha venido a demostrar su lealtad". Hace una pausa. "Démosle la bienvenida mientras nos presenta la cabeza de Bianca Moretti".

Me preparo.

La voz de Luciano es firme, inquebrantable. "Tal como prometí en mi carta, les traigo la cabeza de la heredera débil. La que nunca debió ser".

Sus palabras, las mismas que le ayudé a escribir, me atraviesan como cuchillas afiladas. Un peso sofocante y nauseabundo se enrosca en mi pecho. El sudor perlado cubre mi frente, mis manos están húmedas a pesar del aire frío dentro de la caja. Mi cuerpo duele de permanecer encogido, mis pulmones luchan por expandirse por completo.

Esto tiene que terminar ahora.

La voz de Garrett se endurece. "Entonces muéstranosla, y sabremos cuál será tu destino".

La respuesta de Luciano es tranquila, controlada. "Sí, tío".

Tío.

Esa es la señal.

Un instante de silencio.

Y entonces—

Un estruendoso crujido cuando el hacha de Luciano atraviesa la madera.

Astillas explotan a mi alrededor, la luz inunda la oscuridad, y me alzo de las sombras como un fénix renaciendo de sus cenizas.

Un silencio atónito cae sobre la plaza, el cambio de poder es tan palpable que puedo saborearlo. Mis dagas están en mis manos antes de que nadie pueda reaccionar.

"¡Por Don Moretti!"

Mi grito rasga el silencio, y entonces—

El caos estalla.

Luciano ya está a mi espalda, su arma levantada, derribando a la primera oleada de atacantes antes de que siquiera comprendan lo que está pasando.

Los disparos retumban en el cuadrángulo, una sinfonía ensordecedora de venganza y rebelión. Los Matones de Springfield aseguran las salidas, asegurándose de que nadie escape. Afuera, los D'Alfonso están ejecutando a cada soldado de los García.

Giro, con una daga en cada mano, y entierro una en la garganta de un hombre que se lanza contra mí. La sangre salpica mis brazos, pero no me detengo. No puedo.

Un movimiento a mi derecha—alguien levanta un tablón de madera, apuntando a la cabeza de Luciano.

Mi daga se clava en su pecho antes de que pueda pensarlo. Se tambalea, jadeando, antes de desplomarse sobre la pila de cuerpos debajo de él.

Los hombres de García se dispersan, algunos corren hacia las salidas, otros cargan contra nosotros en un frenesí desesperado. Pero están superados. Aplastados.

La voz de Luciano corta el caos. "Es hora de ir a por la mesa principal, Bianca".

Asiento, mi pulso martillando en mi garganta. La mesa principal—el corazón de esta traición.

Los hermanos de Garrett están luchando por mantener su posición, pero están perdiendo. Los Moretti leales a mí ya los han rodeado, derribándolos uno por uno. Sus armas baratas no son rivales para nuestro arsenal.

Luciano avanza hacia sus tíos. Yo corro hacia Héctor y Little.

Un dolor agudo explota en mi brazo.

Una cuchilla—profunda, rasgando mi carne.

Ahogo un grito y giro bruscamente. El bastardo que me apuñaló apenas tiene un segundo para esbozar una sonrisa antes de que mi pistola esté contra su sien. Aprieto el gatillo sin dudar. Su cuerpo cae sin vida.

Arranco la cuchilla de mi brazo y presiono mi chal contra la herida para detener la hemorragia. No hay tiempo para el dolor. No ahora.

Mis ojos se clavan en Héctor y Little.

Héctor permanece inmóvil, resignado. Little da un paso atrás, sus ojos abiertos de par en par con miedo... y algo más. ¿Arrepentimiento?

No me importa.

Pagaron para que me mataran.

Intentaron terminar el trabajo ellos mismos.

Y cuando eso falló, enviaron a Garrett tras de mí.

Uno de los hombres de González grita desde un lado. "No hay tiempo para dudar, Bianca. Hazlo".

Little tartamudea. "Por favor, B. Esta no eres tú".

Presiono el cañón de mi pistola contra su frente.

Deberías haberlo pensado antes de traicionar a mi padre.

Un rugido ensordecedor atraviesa el campo de batalla.

"¡Victoria!"

El caos afuera se detiene y levanto la mirada. Los Matones de Springfield avanzan, arrastrando a los hermanos García al centro del cuadrángulo.

Garrett no está por ninguna parte.

Los hombres de Luciano tienen a Héctor y a Little inmovilizados. Oigo a los Moretti debatiendo su castigo. La manera Moretti.

Luciano se gira hacia mí, su voz firme. "Entonces iré contigo. Puede que lleve la sangre de los García, pero soy un Moretti de corazón, alma y esencia".

Los Moretti vitorean.

Miro hacia el asiento de Garrett, su ausencia es un agujero negro en mi visión.

"¿Y ellos?", señalo a sus tíos.

La sonrisa de Luciano es lenta y letal. "Confía en mí".

Nos giramos para irnos.

"¡Te desheredo!" El rugido de Garrett atraviesa el cuadrángulo. "¡No eres ningún sobrino mío! ¡Por eso dejé morir a tu patético padre!"

Luciano no duda.

Bang. Bang. Bang. Bang.

Garrett García ya no existe.

Luciano recupera mi mano entre la suya.

Y juntos, salimos de entre las ruinas de nuestros enemigos.

EPÍLOGO - Bianca

"¡Vamos a llegar tarde!" Grito, luchando por sujetar el collar de perlas alrededor de mi cuello, las que mi esposo me regaló en nuestra noche de bodas. Mis dedos tiemblan ligeramente, la emoción me recorre.

Desde algún lugar de abajo, su voz se eleva, tranquila y firme. "He estado listo, esperándote".

Me miro por última vez en el espejo, aliso la tela de mi vestido, luego agarro mi bolso y bajo las escaleras. En el momento en que llego abajo, lo encuentro allí parado, mirándome. Su corte de pelo descolorido enmarca perfectamente su rostro esculpido, la chaqueta azul marino esculpe sus anchos hombros, haciendo que sus ojos brillen bajo la cálida iluminación.

"Guau." La palabra apenas se me escapa.

"Te ves impresionante" dice exactamente en el mismo momento, su voz llena de admiración.

Me acerco, atraída hacia él como siempre lo estoy. Envuelve un brazo alrededor de mi cintura, acercándose a él. El calor de su cuerpo se filtra en el mío, y cuando levanto la barbilla para besarlo, él toma el control, profundizándolo, lento y consumiendo, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Incluso después de todo, después de todo este tiempo, todavía no puedo tener suficiente de él.

"¿Vamos a lanzar el Fénix?" murmura, rozando sus labios sobre los míos una última vez antes de alejarse.

Él extiende su mano y yo la tomo, entrelazando los dedos como siempre debieron hacerlo. Al salir del porche, pasamos por el mismo lugar donde, hace más de un año, Little y Héctor se habían arrodillado. Sus momentos finales suenan en mi mente: Little, amargado y envidioso hasta el final, y Héctor, todavía aferrado a la creencia de que él debería haber sido el heredero.

Luciano, siempre perspicaz, me aprieta la mano. "No te detengas en eso, cariño".

Exhalo lentamente. "No dejaré que se arruine hoy".

Aun así, los fantasmas persisten y sus ecos susurran bajo la superficie.

Luciano abre la puerta del auto y entro, dejando que los asientos de cuero me abracen. Mientras se sienta a mi lado, miro hacia la finca, a los muros que han visto demasiada sangre, demasiadas traiciones.

"Una vez terminada la nueva casa, este lugar será sólo otra base más." Me tranquiliza mientras arranca el motor. "Y puedes borrar todos los malos recuerdos".

"¿Estás seguro de que todavía no quieres liderar a los García?" Pregunto, mi

mirada se dirige a él. "Ha pasado más de un año desde que perdieron a sus líderes y me juraron lealtad".

Luciano se ríe y sacude la cabeza. "Estoy seguro, cariño. Tú me conoces". Lleva mi mano a sus labios y me da un beso en los nudillos. "Veré si Reb está interesado".

El auto se detiene frente a un edificio familiar, uno que ahora lleva un nuevo nombre, un nuevo legado.

Luciano se vuelve hacia mí y una lenta sonrisa se dibuja en sus labios. "Vamos a abrir esta galería, cariño".

Miro el elegante cartel encima de la entrada, el nombre brilla como una promesa.

"Nuestro Fénix".

Acerca de Sara Sterling

¡Hola, compañeros aventureros!

Soy tu intrépida capitán del romance y la fantasía, navegando por los mares de la narración con estilo. Imagíneme como tu guía confiable a través de mundos donde el amor reina y la risa es la salsa secreta de la vida. Ya sea creando romances emocionantes o cuentos que te hagan cosquillas, estoy aquí para llevarte a un viaje de puro deleite literario. Así que abróchense los cinturones y prepárense para una montaña rusa a través de los reinos de la pasión y la hilaridad. Juntos, exploraremos territorios inexplorados del corazón y nos embarcaremos en escapadas que te dejarán con ganas de más. Bienvenidos a bordo, amigos míos, inaveguemos hacia el ocaso de la imaginación!

Si disfrutó este libro, me gustaría invitarlo a anticipar los próximos lanzamientos de la serie.

[Ruthless Mafia Kings'](#)

Tus comentarios honestos son valiosos para mí. Por favor haga clic [AQUÍ](#) para compartir tu opinión.

¡Gracias!